

Elio Antonio de Nebrija

Gramática de la lengua castellana

<http://www.antoniodenebrija.org/>

Índice

- **Libro primero. en que trata de la ortographia.**
 - Capítulo primero. en que parte la gramática en partes.
 - Capítulo segundo. de la primera invención de las letras. y de dónde vinieron primero a nuestra España.
 - Capítulo tercero. de cómo las letras fueron halladas para representar las bozes.
 - Capítulo cuarto. de las letras y pronunciaciones de la lengua latina.
 - Capítulo quinto. de las letras y pronunciaciones de la lengua castellana.
 - Capítulo sexto. del remedio que se puede tener para escribir pura mente el castellano.
 - Capítulo séptimo. del parentesco y venzidad que las letras entre sí tienen.
 - Capítulo octavo. de la orden de las vocales cuando se cogen en diphthongo.
 - Capítulo noveno. de la orden de las consonantes entre sí.
 - Capítulo décimo. en que pone reglas generales del orthographía del castellano.
- **Libro segundo. en que trata de la prosodia y sílaba.**
 - Capítulo primero. de los acidentés de la sílaba.
 - Capítulo segundo. de los acentos que tiene la lengua castellana.
 - Capítulo tercero. en que pone reglas particulares del acento del verbo.
 - Capítulo cuarto. en que pone reglas particulares de las otras partes de la oración.
 - Capítulo quinto. de los pies que miden los versos.
 - Capítulo sexto. de los consonantes y cuál y qué cosa es consonante en la copla.
 - Capítulo séptimo. de la sinalepha y apretamiento de la vocales.
 - Capítulo octavo. de los géneros de los versos que están en el uso de la lengua castellana: y primero de los versos jámbicos.
 - Capítulo nono. de los versos adónicos.
 - Capítulo décimo. de las coplas del castellano. y cómo se componen de los versos.
- **Libro tercero. que es de la etimología y dición.**
 - Capítulo primero. de las diez partes de la oración que tiene la lengua castellana.
 - Capítulo segundo. del nombre.
 - Capítulo tercero. de las especies del nombre.
 - Capítulo cuarto. de los nombres denominativos.
 - Capítulo quinto. de los nombres verbales.
 - Capítulo sexto. de la figura. género. número. declinación y casos del nombre.
 - Capítulo séptimo. de los nombres que no tienen plural o singular.
 - Capítulo octavo. del pronombre.
 - Capítulo noveno. del artículo.
 - Capítulo décimo. del verbo.
 - Capítulo undécimo. de los circunloquios del verbo.
 - Capítulo duodécimo. del gerundio del castellano.
 - Capítulo décimo tercero. del participio.
 - Capítulo décimo cuarto. del nombre participial infinito.
 - Capítulo décimo quinto. de la preposición.
 - Capítulo décimo sexto. del adverbio.
 - Capítulo décimo séptimo. de la conjunción.
- **Libro cuarto. que es de sintaxi e orden de las diez partes de la oración.**
 - Capítulo primero. de los preceptos naturales de la gramática.
 - Capítulo segundo. de la orden de las partes de la oración.
 - Capítulo tercero. de la construcción de los verbos después de sí.

- Capítulo cuarto. de la construcción de los nombres después de sí.
- Capítulo quinto. del barbarismo y solecismo.
- Capítulo sexto. del metaplasmo.
- Capítulo séptimo. de las otras figuras.
- **Libro quinto. de las introducciones de la lengua castellana para los que de estraña lengua querrán deprender.**
 - Prólogo al libro quinto.
 - Capítulo primero. de las letras. sílabas y diciones.
 - Capítulo segundo. de la declinación del nombre.
 - Capítulo tercero. de la declinación del pronombre.
 - Capítulo cuarto. de la conjugación del verbo.
 - Capítulo quinto. de la formación del verbo. reglas generales.
 - Capítulo sexto. de la formación del indicativo.
 - Capítulo séptimo. del imperativo.
 - Capítulo octavo. del optativo.
 - Capítulo noveno. del subjuntivo.
 - Capítulo décimo. del infinitivo.
 - Capítulo undécimo. del gerundio. participio y nombre participial infinito.
- **Deo gracias**

Prólogo

Ala mui alta y assí esclarecida princesa doña Isabel. la tercera deste nombre. Reina y Señora natural de España y las islas de nuestro mar. Comiença la Gramática que nueva mente hizo el maestro Antonio de Lebrixa sobre la lengua castellana. y pone primero el prólogo. Lee lo en buen ora.

Cuando bien comigo pienso mui esclarecida Reina: y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas: que para nuestra recordación e memoria quedaron escriptas: una cosa hallo y saco por conclusión mui cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio: y de tal manera lo siguió: que junta mente començaron. crecieron. y florecieron. y después junta fue la caída de entrambos. y dejadas agora las cosas mui antiguas de que apenas tenemos una imagen y sombra de la verdad: cuales son las de los assirios. indos. sicionios. e egipcios: en los cuales se podría mui bien provar lo que digo: vengo a las más frescas: y aquellas especial mente de que tenemos maior certidumbre: y primero a las de los judíos. Cosa es que mui ligera mente se puede averiguar que la lengua ebraica tuvo su niñez: en la qual apenas pudo hablar. y llamo io agora su primera niñez todo aquel tiempo que los judíos estuvieron en tierra de Egipto. Porque es cosa verdadera o mui cerca de la verdad: que los patriarcas hablarían en aquella lengua que traxo Abraham de tierra de los caldeos: hasta que decendieron en Egipto: y que allí perderían algo de aquella: y mezclarían algo de la egipcia. Mas después que salieron de Egipto: y començaron a hazer por sí mesmos cuerpo de gente: poco a poco apartarían su lengua cogida quanto io pienso de la caldea y de la egipcia: y de la que ellos ternían comunicada entre sí: por ser apartados en religión de los bárbaros en cuiá tierra moravan. Assí que començó a florecer la lengua ebraica en el tiempo de Moisés: el qual después de enseñado en la filosofía y letras de los sabios de Egipto: y mereció hablar con Dios y comunicar las cosas de su pueblo: fue el primero que osó escriuir las antigüedades de los iudíos: y dar comienço a la lengua ebraica. La qual de allí en adelante sin ninguna contención nunca estuvo tan empinada quanto en la edad de Salomón: el qual se interpreta pacífico: porque en su tiempo con la monarchía floreció la paz criadora de todas las buenas artes y onestas. Mas después que se començó a desmembrar el Reino de los judíos: junta mente se començó a perder la lengua: hasta que vino al estado en que agora la vemos tan perdida: que de cuantos judíos oi bien: ninguno sabe dar más razón de la lengua de su lei: que de cómo perdieron su reino: y del unguido que en vano esperan. Tuvo esso mesmo la lengua griega su niñez: y començó a mostrar sus fuerças poco antes de la guerra de Troia: al tiempo que florecieron en la música y poesía Orfeo. Lino. Muséo. Amphión. y poco después de

Troia destruída Omero y Esiodo. y assí creció aquella lengua hasta la monarchía del gran Alexandre: en cuió tiempo fue aquella muchedumbre de poetas. oradores y filósofos: que pusieron el colmo no sola mente a la lengua: mas aun a todas las otras artes y ciencias. Mas después que se començaron a desatar los reinos y repúblicas de Grecia: y los romanos se hizieron señores della: luego junta mente començó a desvanecerse la lengua griega: y a esforçarse la latina. De la cual otro tanto podemos dezir: que fue su niñez con el nacimiento y población de Roma: y començó a florecer quasi quinientos años después que fue edificada: al tiempo que Livio Andrónico publicó primera mente su obra en versos latinos. y así creció hasta la monarchía de Augusto César. debaxo del cual como dize el apóstol vino el cumplimiento del tiempo: en que embió Dios a su unigénito hijo: y nació el Salvador del mundo. En aquella paz de que avían hablado los profetas: y fue significada en Salomón. de la cual en su nacimiento los ángeles cantan Gloria en las alturas a Dios: y en la tierra paz a los ombres de buena voluntad. Entonces fue aquella multitud de poetas y oradores que embiaron a nuestros siglos la copia y deleites de la lengua latina: Tulio. César. Lucrecio. Virgilio. Oracio. Ouidio. Liuió. y todos los otros que después se siguieron hasta los tiempos de Antonino Pío. De allí començando a declinar el imperio de los romanos: junta mente començó a caducar la lengua latina: hasta que vino al estado en que la recebimos de nuestros padres: cierto tal que cotejada con la de aquellos tiempos: poco más tiene que hazer con ella que con la aráviga. Lo que diximos de la lengua ebraica. griega y latina: podemos mui más clara mente mostrar en la castellana: que tuvo su niñez en el tiempo de los juezes y reies de Castilla y de León: y començó a mostrar sus fuerças en tiempo del mui esclarecido y digno de toda la eternidad el rei don Alonso el sabio. Por cuió mandado se escriuieron las Siete Partidas. la General Istoria. y fueron trasladados muchos libros de latín y arávigo en nuestra lengua castellana. La cual se estendió después hasta Aragón y Navarra y de allí a Italia siguiendo la compañía de los infantes que enbiamos a imperar en aquellos reinos. y assí creció hasta la monarchía y paz de que gozamos primera mente por la bondad y prouidencia diuina: después por la industria. trabajo y diligencia de vuestra real Majestad. En la fortuna y buena dicha de la cual los miembros y pedaços de España que estauan por muchas partes derramados: se reduxeron y aiuntaron en un cuerpo y unidad de reino. La forma y travazón del cual assí está ordenada que muchos siglos. iniuria y tiempos no la podrán romper ni desatar. Assí que después de repurgada la cristiana religión: por la cual somos amigos de Dios o reconciliados con él. Después de los enemigos de nuestra fe vencidos por guerra y fuerça de armas: de donde los nuestros recebían tantos daños: y temían mucho maiores: después de la justicia y essecución de las leies: que nos aiuntan y hazen bivar igual mente en esta gran compañía que llamamos reino y república de Castilla: no queda ia otra cosa sino que florezcan las artes de la paz. Entre las primeras es aquella que nos enseña la lengua: la cual nos aparta de todos los otros animales: y es propria del ombre: y en orden la primera después de la contemplación: que es oficio proprio del entendimiento. Esta hasta nuestra edad anduvo suelta y fuera de regla: y a esta causa a recebido en pocos siglos muchas mudanças. porque si la queremos cotejar con la de oi a quinientos años: hallaremos tanta diferencia y diversidad: cuanta puede ser maior entre dos lenguas. y porque mi pensamiento y gana siempre fue engrandecer las cosas de nuestra nación: y dar a los ombres de mi lengua obras en que mejor puedan emplear su ocio: que agora lo gastan leyendo novelas o istorias enbueeltas en mil mentiras y errores: acordé ante todas las otras cosas reducir en artificio este nuestro lenguaje castellano: para que lo que agora y de aquí adelante en él se escriuiere pueda quedar en un tenor: y estenderse en toda la duración de los tiempos que están por venir. Como vemos que se a hecho en la lengua griega y latina: las cuales por aver estado debaxo de arte: aunque sobre ellas an passado muchos siglos: todavía quedan en una uniformidad. Porque si otro tanto en nuestra lengua no se haze como en aquellas: en vano vuestros cronistas y estoriadores escriuen y encomiendan a inmortalidad la memoria de vuestros loables hechos: y nos otros tentamos de passar en castellano las cosas peregrinas y estrañas: pues que aqueste no puede ser sino negocio de pocos años. I será necessaria una de dos cosas: o que la memoria de vuestras hazañas perezca con la lengua: o que ande peregrinando por las naciones estranjeras: pues que no tiene propria casa en que pueda morar. En la çama de la cual io quise echar la primera piedra. y hazer en nuestra lengua lo que Zenódoto en la griega y Crates en la latina. Los cuales aunque fueron vencidos de los que después de ellos escriuieron: a lo menos fue aquella su gloria y será nuestra: que fuemos los primeros inuentores de obra tan necessaria. lo cual hezimos en el tiempo más oportuno que nunca fue hasta aquí. por estar ia nuestra lengua tanto en la cumbre que más se puede temer el decendimiento della: que esperar la subida. y seguirse a otro no menor provecho que aqueste a los ombres de nuestra lengua: que querrán estudiar la gramática del latín. Porque después que sintieren bien el arte del castellano: lo cual no será mui difícil porque es sobre la lengua que ia ellos sienten: cuando passaren al latín no avrá cosa tan oscura: que no

se les haga mui ligera: maior mente entreveniendó aquel Arte de la Gramática que me mandó hacer vuestra Alteza contraponiendo línea por línea el romance al latín. Por la qual forma de enseñar no sería maravilla saber la gramática latina no digo io en pocos meses: mas aun en pocos días. y mucho mejor que hasta aquí se dependía en muchos años. El tercero provecho deste mi trabajo puede ser aquel: que quando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a vuestra real Majestad: y me preguntó que para qué podía aprovechar: el mui reverendo padre obispo de Ávila me arrebató la respuesta: y respondiendo por mí dixo. Que después que vuestra Alteza metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas: y con el vencimiento aquellos ternían necesidad de recibir las leies: quel vencedor pone al vencido y con ellas nuestra lengua: entonces por esta mi Arte podrían venir en el conocimiento della como agora nos otros dependemos el Arte de la Gramática latina para aprender el latín. y cierto assí es que no sola mente los enemigos de nuestra fe que tienen ia necesidad de saber el lenguaje castellano: mas los vizcaínos. navarros. franceses. italianos. y todos los otros que tienen algún trato y conversación en España y necesidad de nuestra lengua: si no vienen desde niños a la aprender por uso: podrán la más aína saber por esta mi obra. La qual con aquella vergüença. acatamiento y temor quise dedicar a vuestra real Majestad: que Marco Varrón intituló a Marco Tulio sus Orígenes de la Lengua Latina. que Grilo intituló a Publio Virgilio poeta sus Libros del Acento: que Dámaso papa a Sant Jerónimo: que Paulo Orosio a Sant Agustín sus Libros de Istorias. que otros muchos autores los cuales endereçaron sus trabajos y velas a personas mui más enseñadas en aquello de que escriuían. No para enseñarles alguna cosa que ellos no supiesen: mas por testificar el ánimo y voluntad que cerca dellos tenían: y porque del autoridad de aquellos se consiguiesse algún favor a sus obras. y assí después que io deliberé con gran peligro de aquella opinión que muchos de mí tienen: sacar la novedad desta mi obra de la sombra y tinieblas escolásticas a la luz de vuestra Corte: a ninguno más justa mente pude consagrar este mi trabajo: que a aquella: en cuiá mano y poder no menos está el momento de la lengua: que el arbitrio de todas nuestras cosas.

Salamanca, en el año de 1492

Libro primero. en que trata de la orthographia.

Capítulo primero. en que parte la gramática en partes

Los que boluieron de griego en latín este nombre gramática: llamaron la arte de letras: y a los professores y maestros della dixeron grammáticos: que en nuestra lengua podemos dezir letrados. Esta según Quintiliano en dos partes se gasta. La primera los griegos llamaron methódica: que nos otros podemos bolver en doctrinal: por que contiene los preceptos y reglas del arte. La qual aun que sea cogida del uso de aquellos que tienen autoridad para lo poder hazer: defiende que el mesmo uso no se pueda por ignorancia corromper. La segunda los griegos llamaron istórica: la qual nos otros podemos bolver en declaradora: por que expone y declara los poetas y otros autores por cuiá semeiança avemos de hablar. Aquella que diximos doctrinal en quatro consideraciones se parte. La primera los griegos llamaron orthographía: que nos otros podemos nombrar en lengua romana sciencia de bien y derecha mente escriuir. A ésta esso mesmo pertenece conocer el número y fuerça delas letras y por qué figuras se an de representar las palabras y partes dela oración. La segunda los griegos llaman prosodia. nos otros podemos la interpretar acento: o más verdadera mente quasi canto. Esta es arte para alçar y abaxar cada una delas sílabas delas diciones o partes dela oración. A esta se reduce esso mesmo el arte de contar. pesar y medir los pies delos versos y coplas. La tercera los griegos llamaron etimología. Tulio interpretola anotación. nos otros podemos la nombrar verdad de palabras. Esta considera la significación y accidentes de cada una de las partes dela oración: que como diremos enel castellano son diez. La quarta los griegos llamaron syntaxis: los latinos costrucción: nos otros podemos la llamar orden. a esta pertenece ordenar entre sí las palabras y partes dela oracion. Assi que será el primero libro de nuestra obra de orthographía y letra. El segundo de prosodia y sílaba. El tercero de etimología y dición. El cuarto de sintaxi. aiuntamiento y orden delas partes de la oración.

Capítulo segundo. de la primera invención de las letras. y de dónde vinieron primero a nuestra España

Entre todas las cosas que por experiencia los ombres hallaron: o por reuelacion divina nos fueron demostradas para polir e adornar la vida umana: ninguna otra fue tan necessaria: ni que maiores provechos nos acarreasse: que la invención delas letras. Las cuales assi como por un consentimiento e callada conspiración de todas las naciones fueron recebidas: assi la invención de aquellas todos los que escriuieron delas antiguedades dan a los assirios: sacando Gelio: el cual haze inventor de las letras a Mercurio en Egipto: e en aquella mesma tierra Anticlides a Menon quinze años antes que Foroneo reinasse en Argos el cual tiempo concurre conel año ciento e veinte después dela repromission hecha al patriarca Abraham. Entre los que dan la invencion delas letras a los assirios: ai mucha diversidad. Epigenes el autor mas grave de los griegos e con el Critodemo e Beroso hazen inventores delas letras a los babilonios: e segund el tiempo que ellos escriben mucho antes del nacimiento de Abraham. Los nuestros en favor de nuestra religión dan esta onra a los judios. como quiera que la maior antiguedad de letras entre ellos es en la edad de moisen: en el cual tiempo ia las letras florecían en egipto: no por figuras de animales: como de primero: mas por lineas e traços. Todos los otros autores dan la invencion de las letras a los fenices los cuales no menos fueron inventores de otras muchas cosas. como de cuadrar piedras. de hazer torres. de fundir metales. de formar vasos de vidro. de navegar al tino delas estrellas. de teñir el carmeso con la flor e sangre de las purpuras. de trabucos e hondas: no como dixo Juan de Mena los mallorqueses. Assi que los judios las pudieron recibir de aquestos: por ser tan vezinos e comarcanos: que deslindavan e partian termino con ellos. O de los egipcios despues que Jacob decendio con sus hijos en Egipto: a causa de aquella hambre que leemos enel libro dela generacion del cielo e dela tierra. Lo cual se me haze mas provable por lo que entre los griegos escribe Erodoto padre delas istorias: e entre los latinos Pomponio Mela: que los egipcios usan de sus letras al reves: como agora vemos que los judios lo hazen. e si verdad es lo que escriben Epigenes. Critodemo e Beroso: la inventora de las letras fue Babilonia: considerando el tiempo que ellos escriben: pudo las traer Abraham: quando por mandado de dios salio de tierra delos caldeos: que propria mente son babilonios: e vino en tierra de Canaan. O despues quando Jacob bolvio en mesopotamia: e sirvio a Laban su suegro. Mas assi como no es cosa mui cierta quien fue el primero inventor delas letras: assi entre todos los autores es cosa mui constante que de Fenicia las traxo a Grecia Cadmo hijo de Agenor: quando por la forçosa condicion que su padre le puso de buscar a Europa su ermana la cual Jupiter avia robado: vino a Boecia donde pablo la ciudad de Thebas. Pues ia ninguno dubda que de Grecia las traxo a Italia Nicostrata que los latinos llamaron Carmenta: la cual siguiendo el voluntario destierro de su hijo Evandro vino de Arcadia en aquel lugar: donde agora Roma esta fundada: e pablo una ciudad enel monte Palatino: donde despues fue el palacio delos reies e emperadores romanos. Muchos podrian venir en esta duda: quién traxo primero las letras a nuestra España: o de donde las pudieron recibir los ombres de nuestra nacion. E aun que es cosa mui semejante ala verdad: que las pudo traer de Thebas las de Boecia Baccho hijo de Jupiter e Semele hija de Cadmo: quando vino a España: quasi dozientos años ante dela guerra de Troia: donde perdio un amigo e compañero suio Lisias: de cuió nombre se llamo Lisitania: e despues Lusitania: todo aquel trecho de tierra que esta entre Duero e Guadiana. e pablo a Nebrissa: que por otro nombre se llamo Veneria: puesta segun cuenta Plinio en el tercero libro de la Natural Istoria entre los esteros e albinas de Guadalquivir: la cual llamo Nebrissa delas nebrides: que eran pellejas de gamas de que usavan en sus sacrificios: los cuales el instituo alli segun escribe Silio Italico enel tercero libro dela Segunda Guerra Punica. Assi que si queremos creer alas istorias de aquellos que tienen autoridad: ninguno me puede dar en España cosa mas antigua que la poblacion de mi tierra e naturaleza. por que la venida delos griegos dela isla Zacinto: e la población de Sagunto que agora es Monviedro: o fue eneste mesmo tiempo o poco despues: segun escriuen Bocco e Plinio en el libro xvi dela Natural Istoria. Pudo las esso mesmo traer poco antes dela guerra de troia Ercules el thebano: quando vino contra Geriones rei de Lusitania; el cual los poetas fingieron que tenia tres cabeças. O poco despues de Troia tomada Ulisses: de cuió nombre se llamo Olissipo: la que agora es Lisboa. O Astur compañero i regidor del carro de Menon hijo del Alva: el cual tan bien despues de Troia destruida vino en españa: e dio nombre alas asturias. O enel mesmo tiempo Teucro hijo de Telamon: el cual vino en aquella parte de España: donde agora es Carthagena: e se passo despues a reinar en Galizia. O los moradores del monte Parnasso: los quales poblaron a Cazlona nombre sacado del nombre de su fuente Castalia. O los

mesmos fenices inventores delas letras: los cuales poblaron la ciudad de Calez: no Ercules ni Espan como cuenta la General Istoria. O despues los cartagineses: cuia possession por muchos tiempos fue España. Mas io creeria que de ninguna otra nacion las recibimos primero: que delos romanos: quando se hizieron señores della: quasi dozientos años antes del nacimiento de nuestro salvador. por que si alguno delos que arriba diximos: traxera las letras a españa: oi se hallarian algunos momos alo menos de oro e de plata: o piedras cauadas de letras griegas e punicas: como agora las vemos de letras romanas: en que se contienen las memorias de muchos varones illustres: que la regieron e gobernaron desde aquel tiempo: hasta quinientos e setenta años despues del nacimiento de nuestro salvador: cuando la ocuparon los godos. los cuales no sola mente acabaron de corromper el latin e lengua romana: que ia con las muchas guerras avia comenzado a desfallecer: mas aun torcieron las figuras e traços de las letras antiguas: introduziendo e mezclando las suias cuales las vemos escriptas en los libros que se escribieron en aquellos ciento et veinte años: que españa estuvo debaxo de los Reies godos: la cual forma de letras duro despues en tiempo de los juezes e Reies de castilla e de leon: hasta que despues poco a poco se començaron a concertar nuestras letras con las romanas e antiguas: lo cual en nuestros dias e por nuestra industria en gran parte se a hecho. e esto abasta para la invención delas letras: e de dónde pudieron venir a nuestra España.

Capítulo tercero, de cómo las letras fueron halladas para representar las voces

La causa de la invención de las letras primeramente fue para nuestra memoria, y después para que por ellas pudiésemos hablar con los ausentes y los que están por venir. Lo cual parece que hubo origen de aquello, que ante que las letras fuesen halladas, por imágenes representaban las cosas de que querían hacer memoria: como por la figura de la mano diestra significaban la liberalidad, por una culebra enroscada significaban el año. Mas porque este negocio era infinito y muy confuso, el primer inventor de letras, quien quiera que fue, miró cuántas eran todas las diversidades de las voces en su lengua, y tantas figuras de voces hizo, por las cuales, puestas en cierta orden, representó las palabras que quiso. De manera que no es otra cosa la letra, sino figura por la cual se representa la voz; ni la voz es otra cosa sino el aire que respiramos, espesado en los pulmones, y herido después en el áspera arteria que llaman gargavero, y de allí comenzado a determinarse por la campanilla, lengua, paladar, dientes y beços. Así que las letras representan las voces, y las voces significan, como dice Aristóteles, los pensamientos que tenemos en el ánima. Mas, aunque las voces sean al hombre connaturales, algunas lenguas tienen ciertas voces que los hombres de otra nación, ni aun por tormento no pueden pronunciar. Y por esto dice Quintiliano que así como los trepadores doblegan y tuercen los miembros en ciertas formas desde la tierna edad, para después hacer aquellas maravillas, que nosotros los que estamos ya duros no podemos hacer, así los niños mientras que son tiernos se han de acostumbrar a todas las pronunciaciones de letras, de que en algún tiempo han de usar. Como esto que en nuestra lengua común escribimos con doblada 'l', así es voz propia de nuestra nación, que ni judíos, ni moros, ni griegos, ni latinos, la pueden pronunciar, y menos tienen figura de letra para la poder escribir. Eso mismo, esto que nosotros escribimos con 'x', así es pronunciaci3n propia de moros, de cuya conversaci3n nosotros la recibimos, que ni judíos, ni griegos, ni latinos, la conocen por suya. Tambien aquello que los judíos escriben por la décima nona letra de su abc, así es voz propia de su lenguaje, que ni griegos, ni latinos, ni otra lengua de cuantas yo he oído, la pronuncia ni puede escribir por sus letras. Y así de otras muchas pronunciaciones que de tal manera son propias de cada lengua, que por ningún trabajo ni diligencia hombre de otra nación las puede expresamente proferir, si desde la tierna edad no se acostumbra a las pronunciar.

Capítulo cuarto, de las letras y pronunciaciones de la lengua latina

Dice nuestro Quintiliano en el primero libro de sus Oratorias Instituciones, que el que quiere reducir en artificio algún lenguaje, primero es menester que sepa si de aquellas letras que están en el uso sobran algunas, y si por el contrario, faltan otras. Y porque las letras de que nosotros usamos fueron tomadas del latín, veamos primero cuántas son las letras que están en el uso de la lengua latina, y si de aquellas sobran o faltan algunas, para que de allí más ligeramente vengamos a lo que es propio de nuestra consideraci3n. Y primeramente decimos así: que de veintitres figuras de letras que están en el uso del

latín: a, b, c, d, e, f, g, h, i, k, l, m, n, o, p, q, r, s, t, u, x, y, z; las tres c, k, q, tienen un sonido, y por consiguiente las dos de ellas son ociosas, y presupongo que sean la k, q; y que la x no es necesaria, porque no es otra cosa sino breviatura de cs; y que la y griega y la z solamente son para las dicciones griegas; y que la h no es letra, sino señal de espíritu y soplo. También por el contrario decimos que faltan dos vocales, como más largamente lo disputé en otro lugar: una que suena entre e, i; otra que suena entre i, u. Las cuales, porque en el latín no tenían figuras, ni desde la niñez nosotros acostumbramos a las pronunciar, ahora en ninguna manera las podemos formar ni sentir; y mucho menos hacer diferencia entre i jota y la y sutil, siendo tanta cuanta puede ser mayor entre dos vocales. Faltan eso mismo dos consonantes, las cuales representamos por i, u, cuando no suenan por sí, mas hiriendo las vocales; y entonces dejan de ser i, u, y son otras cuanto a la fuerza, mas no cuanto a la figura. Porque no puede ser mayor distancia entre dos letras que sonar por sí, o sonar con otras; y así como dijimos que la c, k, q, son una letra, porque tienen una fuerza, así por el contrario decimos ahora que la i, u, son cuatro, pues que tienen cada dos fuerzas; porque la diversidad de las letras no está en la diversidad de las figuras, mas en la diversidad de la pronunciación. Y porque, como dice Plinio en el libro séptimo de la Historia Natural, los latinos sienten en su lengua la fuerza de todas las letras griegas, veamos cuántas son las diversidades de las voces que están en el uso del latín. Y decimos que son por todas, veintiséis; ocho vocales: a, e, i, o, u, y griega, con las otras dos, cuyas figuras dijimos que faltaban en el latín; dieciocho consonantes: b, c, d, f, g, l, m, n, p, r, s, t, z, la i, u, cuando usamos de ellas como de consonantes, y en las dicciones griegas tres consonantes que se soplan: ch, ph, th. Así que por todas son las veintiséis pronunciaciones que dijimos: a, b, c, ch, d, e, f, g, i, i consonante, l, m, n, o, p, ph, r, s, t, th, u, u consonante, y griega, z, y las dos vocales de que arriba dijimos. Llamáronse aquellas ocho vocales, porque por sí mismas tienen voz sin se mezclar con otras letras; llamáronse las otras consonantes, porque no pueden sonar sin herir las vocales. Estas se parten en doce mudas: b, c, ch, d, f, g, p, ph, t, th, i, u consonantes; y en seis semivocales: l, m, n, r, s, z. Mudadas se dicen aquellas, porque en comparación de las vocales casi no tienen sonido alguno; las otras, semivocales, porque en comparación de las mudadas tienen mucho de sonoridad. Lo cual acontece por la diversidad de los lugares donde se forman las voces: porque las vocales suenan por sí, no hiriendo alguno de los instrumentos con que se forman las consonantes, mas solamente colando el espíritu por lo angosto de la garganta, y formando la diversidad de ellas en la figura de la boca; de las mudadas, la c, ch, g, apretando o hiriendo la campanilla más o menos: porque la c suena limpia de aspiración; la ch, espesa y más floja; la g, en media manera, porque comparada a la c es gruesa, comparada a la ch es sutil. La t, th, d, suenan expidiendo la voz, puesta la parte delantera de la lengua entre los dientes, apretándola o aflojándola más o menos; porque la t suena limpia de aspiración; la th, floja y espesa; la d, en medio, porque comparada a la th es sutil, comparada a la t es floja. La p, ph, b, suenan expidiendo la voz, después de los becos apretados más o menos; porque la p suena limpia de aspiración; la ph, espesa; la b, en medio, porque comparada a la ph es sutil, comparada a la p es gruesa. La m suena en aquel mismo lugar, mas, por sonar hacia dentro, suena oscuro, mayormente, como dice Plinio, en fin de las dicciones; la f, con la v consonante, puestos los dientes de arriba sobre el bezo de bajo, y soplando por las helgaduras de ellos; la f más de fuera, la v más adentro un poco. Las medio vocales todas suenan arrimando la lengua al paladar, donde ellas pueden sonar mucho, en tanto grado que algunos pusieron la r en el número de las vocales; y por esta razón podríamos poner la i consonante entre las semivocales. De donde se convence el manifiesto error de los que así pronuncian la ch como la c, cuando se siguen a, o, u, y cómo la pronuncian falsamente en el castellano, cuando se siguen e, i; la th como la t; la ph como la f; la t, cuando se sigue i, y después de la i otra vocal, así como la c; y por el contrario, los que en otra manera pronuncian la c, g, cuando se siguen a, o, u, que cuando se siguen e, i; y los que así pronuncian la i griega como la latina, como más copiosamente lo probamos en otro lugar.

Capítulo quinto, de las letras y pronunciaciones de la lengua castellana

Lo que dijimos en el capítulo pasado de las letras latinas, podemos decir en nuestra lengua: que de veintitrés figuras de letras que tenemos prestadas del latín para escribir el castellano, solamente nos sirven por sí mismas estas doce: a, b, d, e, f, m, o, p, r, s, t, z; por sí mismas y por otras estas seis: c, g, i, l, n, u; por otras y no por sí mismas estas cinco: h, q, k, x, y. Para mayor declaración de lo cual habemos aquí de presuponer lo que todos los que escriben de ortografía presuponen: que así tenemos de escribir como pronunciamos, y pronunciar como escribimos, porque en otra manera en vano fueron halladas las

letras. Lo segundo, que no es otra cosa la letra sino figura por la cual se representa la voz y pronunciación. Lo tercero, que la diversidad de las letras no está en la diversidad de la figura, sino en la diversidad de la pronunciación. Así que contadas y reconocidas las voces que hay en nuestra lengua, hallaremos otras veintiséis, mas no todas aquellas mismas que dijimos del latín, a las cuales de necesidad han de responder otras veintiséis figuras, si bien y distintamente las queremos por escritura representar. Lo cual, por manifiesta y suficiente inducción, se prueba en la manera siguiente: de las doce letras que dijimos que nos sirven por sí mismas, no hay duda sino que representan las voces que nosotros les damos; y que la k, q, no tengan oficio alguno pruébase por lo que dijimos en el capítulo pasado: que la c, k, q, tienen un oficio, y por consiguiente las dos de ellas eran ociosas. Porque de la k ninguno duda sino que es muerta, en cuyo lugar, como dice Quintiliano, sucedió la c, la cual igualmente traspasa su fuerza a todas las vocales que se siguen. De la q no nos aprovechamos sino por voluntad, porque todo lo que ahora escribimos con q, podríamos escribir con c, mayormente si a la c no le diésemos tantos oficios cuantos ahora le damos. La y griega tampoco yo no veo de qué sirve, pues que no tiene otra fuerza ni sonido que la i latina, salvo si queremos usar de ella en los lugares donde podría venir en duda si la i es vocal o consonante, como escribiendo: raya, ayo, yunta, si pusiésemos i latina diría otra cosa muy diversa: raia, aio, iunta. Así que de veintitrés figuras de letras quedan solas ocho, por las cuales ahora representamos catorce pronunciaciones multiplicándoles los oficios en esta manera: La c tiene tres oficios: uno propio, cuando después de ella se siguen a, o, u, como en las primeras letras de estas dicciones: cabra, corazón, cuero; tiene también dos oficios prestados: uno, cuando debajo de ella acostumbramos poner una señal que llaman cerilla, como en las primeras letras de estas dicciones: çarça, çebada; la cual pronunciación es propia de judíos y moros, de los cuales, cuanto yo pienso, las recibió nuestra lengua, porque ni los griegos ni latinos que bien pronuncian, la sienten ni conocen por suya; de manera que, pues la c, puesta debajo aquella señal, muda la substancia de la pronunciación, ya no es c, sino otra letra, como la tienen distinta los judíos y moros, de los cuales nosotros la recibimos cuanto a la fuerza, mas no cuanto a la figura que entre ellos tiene. El otro oficio que la c tiene prestado es cuando después de ella ponemos h, cual pronunciación suena en las primeras letras de estas dicciones: chapín, chico; la cual así es propia de nuestra lengua que ni judíos, ni moros, ni griegos, ni latinos la conocen por suya; nosotros escribimosla con ch, las cuales letras, como dijimos en el capítulo pasado, tienen otro son muy diverso del que nosotros les damos. La g tiene dos oficios, uno propio cual suena cuando después de ella se siguen a, o, u; otro prestado, cuando después de ella se siguen e, i, como en las primeras letras de estas dicciones: gallo, gente, girón, gota, gula; la cual, cuando suena con e, i, así es propia de nuestra lengua que ni judíos, ni griegos, ni latinos la sienten ni pueden conocer por suya, salvo el morisco, de la cual lengua yo pienso que nosotros la recibimos. La h no sirve por sí en nuestra lengua, mas usamos de ella para tal sonido cual pronunciamos en las primeras letras de estas dicciones: hago, hecho; la cual letra, aunque en el latín no tenga fuerza de letra, es cierto que como nosotros la pronunciamos, hiriendo en la garganta, se puede contar en el número de las letras, como los judíos y moros, de los cuales nosotros la recibimos, cuanto yo pienso, la tienen por letra. La i tiene dos oficios: uno propio, cuando usamos de ella como de vocal, como en las primeras letras de estas dicciones: ira, igual; otro común con la g, porque cuando usamos de ella como de consonante, ponémosla siguiéndose a, o, u, y ponemos la g, si se siguen e, i; la cual pronunciación, como dijimos de la g, es propia nuestra y del morisco, de donde nosotros la pudimos recibir. La l tiene dos oficios: uno propio, cuando la ponemos sencilla, como en las primeras letras de estas dicciones: lado, luna; otro ajeno, cuando la ponemos doblada y le damos tal pronunciación, cual suena en las primeras letras de estas dicciones: llave, lleno; la cual voz, ni judíos, ni moros, ni griegos, ni latinos conocen por suya; escribimosla nosotros mucho contra toda razón de ortografía, porque ninguna lengua puede sufrir que dos letras de una especie puedan juntas herir la vocal, ni puede la l doblada apretar tanto aquella pronunciación para que por ella podamos representar el sonido que nosotros le damos. La n eso mismo tiene dos oficios: uno propio, cuando la ponemos sencilla, cual suena en las primeras letras de estas dicciones: nave, nombre; otro ajeno, cuando la ponemos doblada o con una tilde encima, como suena en las primeras letras de estas dicciones: ñudo, ñublado, o en las siguientes de estas: año, señor; lo cual no podemos hacer más que lo que decíamos de la l doblada, ni el título sobre la n puede hacer lo que nosotros queremos, salvo si lo ponemos por letra, y entonces hacémosle injuria en no la poner en orden con las otras letras del abc. La u, como dijimos de la i, tiene dos oficios: uno propio, cuando suena por sí como vocal, así como en las primeras letras de estas dicciones: uno, uso; otro prestado, cuando hiere la vocal, cual pronunciación suena en las primeras letras de estas dicciones: valle, vengo; los gramáticos antiguos, en lugar de ella ponían el digama eólico, que tiene semejanza de nuestra f, y aun en el son no

está mucho lejos de ella; mas después que la f sucedió en lugar de la ph griega, tomaron prestada la u, y usaron de ella en lugar del digama eólico. La x, ya dijimos que son tiene en el latín, y que no es otra cosa sino breviatura de cs; nosotros dámosle tal pronunciación, cual suena en las primeras letras de estas dicciones: xenabe, xabón, o en las últimas de aquestas: relox, balax; mucho contra su naturaleza, porque esta pronunciación, como dijimos, es propia de la lengua arábica, de donde parece que vino a nuestro lenguaje. Así que, de lo que habemos dicho, se sigue y concluye lo que queríamos probar: que el castellano tiene veintiséis diversas pronunciaciones; y que de veintitrés letras que tomó prestadas del latín, no nos sirven limpiamente sino las doce, para las doce pronunciaciones que trajeron consigo del latín, y que todas las otras se escriben contra toda razón de ortografía.

Capítulo sexto, del remedio que se puede tener para escribir puramente el castellano

Vengamos ahora al remedio que se puede tener para escribir las pronunciaciones que ahora representamos por ajeno oficio de letras. La c, como dijimos, tiene tres oficios, y por el contrario la c, k, q, tienen un oficio; y si ahora repartiésemos estas tres letras por aquellas tres pronunciaciones, todo el negocio en aquesta parte sería hecho. Mas, porque en aquello que es como ley consentida por todos, es cosa dura hacer novedad, podíamos tener esta templanza: que la c valiese por aquella voz que dijimos ser suya propia, llamándola, como se nombran las otras letras, por el nombre del son que tiene; y que la ç, puesta debajo aquella señal que llaman çerilla, valiese por otra, para representar el segundo oficio de la c, llamándola por el nombre de su voz; y lo que ahora se escribe con ch, se escribiese con una nueva figura, la cual se llamase del nombre de su fuerza; y mientras que para ello no entreviene el autoridad de vuestra Alteza, o el común consentimiento de los que tienen poder para hacer uso, sea la ch, con una tilde encima; porque si dejásemos la ch sin señal, vendríamos en aquel error: que con unas mismas letras pronunciaríamos diversas cosas en el castellano y en el latín.

La g tiene dos oficios: uno propio, y otro prestado. Eso mismo la i tiene otros dos: uno, cuando es vocal, y otro, cuando es consonante, el cual concurre con la g, cuando después de ella se siguen e, i. Así que, dejando la g, i, en sus propias fuerzas, con una figura que añadamos para representar lo que ahora escribimos con g, i, cuando les damos ajeno oficio, queda hecho todo lo que buscamos, dándoles todavía a las letras el son de su pronunciación. Ésta podría ser la y griega, sino que está en uso de ser siempre vocal; mas sea la j luenga, porque no seamos autores de tanta novedad, y entonces quedará sin oficio la y griega.

La l tiene dos oficios: uno propio, que trajo consigo del latín; otro prestado, cuando la ponemos doblada. Y por no hacer mudanza sino donde mucho es menester, dejaremos esta doblada ll para representar lo que por ellas ahora representamos, con dos condiciones: que quitando el pie a la segunda, las tengamos entrambas en lugar de una, y que le pongamos tal nombre cual son le damos.

La n tiene dos fuerzas: una que trajo consigo del latín, y otra que le damos ajena, doblándola, y poniendo encima la tilde; mas dejando la n sencilla en su fuerza, para representar aquel son que le queremos dar prestado ponemos una tilde encima, o haremos lo que en esta pronunciación hacen los griegos y latinos, escribiéndola con gn; como quiera que la n con la g se hagan adúlteras y falsas, según escribe Nigidio, varón en sus tiempos, después de Tulio, el más grave de todos y más enseñado.

La u tiene dos fuerzas: una de vocal, y otra de vau consonante; también tiene entre nosotros dos figuras: una de que usamos en el comienzo de las dicciones, y otra de que usamos en el medio de ellas; y, pues que aquella de que usamos en los comienzos, siempre allí es consonante, usemos de ella como de consonante; en todos los otros lugares, quedando la otra siempre vocal.

La h entre nosotros tiene tres oficios: uno propio, que trae consigo en las dicciones latinas, mas no le damos su fuerza, como en estas: humano, humilde, donde la escribimos sin causa, pues que de ninguna cosa sirve; otro, cuando se sigue u después de ella, para demostrar que aquella u no es consonante sino

vocal, como en estas dicciones: huésped, huerto, huevo; lo cual ya no es menester, si las dos fuerzas que tiene la u distinguimos por estas dos figuras: u, v; el tercero oficio es cuando le damos fuerza de letra haciéndola sonar, como en las primeras letras de estas dicciones: hago, hijo; y entonces ya no sirve por sí, salvo por otra letra, y llamarla hemos "he", como los judíos y moros, de los cuales recibimos esta pronunciación.

La x, aunque en el griego y latín, de donde recibimos esta figura, vale tanto como cs, porque en nuestra lengua de ninguna cosa nos puede servir, quedando en su figura con una tilde, dámosle aquel son que arriba dijimos nuestra lengua haber tomado del arábigo, llamándola del nombre de su fuerza. Así que será nuestro abc de estas veintiséis letras: a, b, c, ç, ch, d, e, f, g, h, i, j, l, ll, m, n, o, p, r, s, t, v, u, x, z; por las cuales distintamente podemos representar las veintiséis pronunciaciones de que arriba habemos disputado.

Capítulo séptimo, del parentesco y vecindad que las letras entre sí tienen

Tienen entre sí las letras tanta vecindad y parentesco que ninguno se debe maravillar, como dice Quintiliano, por que las unas pasan y se corrompen en las otras; lo cual principalmente acontece por interpretación o por derivación. Por interpretación se corrompen unas letras en otras, como volviendo de griego en latín este nombre "sicos", decimos "ficus", y de latín en romance, "ficus", "higo", mudando la s en f, y la o en u, y la f en h, y la c en g, y la u en o. Por derivación pasa una letra en otra, cuando en la misma lengua una dicción se saca de otra, como de miedo, medroso, mudando la ie en e; de rabo, raposa, mudando la b en p; de donde manifiestamente demostraremos que no es otra cosa la lengua castellana sino latín corrompido. Así que pasa la au en o, como en el mismo latín, de caupo, copo, por el tabernero; y de latín en romance, como de maurus, moro; de taurus, toro. Corrópese también la a en e, como en el latín, de facio, feci, por hacer; y de latín en romance, de factum, hecho; de tractus, trecho; de fraxinus, fresno. Corrópese la b en f o ph, como de griego en latín, triambos, triumphus, por el triunfo; y de latín en romance, como de scobina, escofina. Corrópese eso mismo en u vocal, como en el mismo latín, de faveo, fautor, por favorecedor; y de latín en romance, como de debitor, deudor. Corrópese en v consonante, como de bibo, bevo; de debeo, devo. Pasa la c en g, como de latín en romance, de dico, digo; de facio, hago; corrópese en z, como de latín en romance, de recens, reziente; de racemus, razimo. La d corrópese en l, como en el latín, de sedeo, sella, por la silla; y de latín en romance, como de cauda, cola; de odor, olor; corrópese en t, como de duro, turo; de coriandrum, culandro. La e corrópese en i, como de peto, pido; de metior, mido; corrópese en ie, como de metus, miedo; de caecus, ciego. La f corrópese en h, como nosotros la pronunciamos, dándole fuerza de letra, como de filius, hijo; de fames, hambre; corrópese en v consonante, como de rafanus, rávano; de cofinus, cuévano; corrópese en b, como de griego en latín, de amfo, ambo, por ambos; y de latín en romance, de trifolium, trébol; de fremo, bramo. La g corrópese en c, como de Gades, Calez; de gammarus, camarón. La gn pasan en aquel son que nosotros escribimos con n doblada, o con ñ tilde, como de signum, seña; de lignum, leña. La h, como no tiene en latín sino fuerza de espíritu y soplo, no se corrompe en alguna letra de latín en romance. La i corrópese en e, como de pica, pega; de bibo, bevo; corrópese en ie, como de rigo, riego; de frico, friego; y, por el contrario, la ie en e, como de viento, ventana; corrópese en i consonante, como de iesus, Jesús; y, por el contrario, la i consonante en i vocal, como de jugum, iugo. La l doblada, o con la c, f, p, delante de sí, o con la e, i, después de sí, corrópese en aquella voz, la cual decíamos que se escribe en el castellano con doblada l, como de villa, villa; de clavis, llave; de flamma, llama; de planus, llano; de talea, talla; de milia, milla. La m pasa en nuestra lengua tomando consigo b, como de lumen, lumbre; de estamen, estambre; y, por el contrario, la m echa de sí la b, como de plumbum, plomo; de lambo, lamo; y en el mismo castellano, de estambre, estameña; de hombre, hombrecillo. La n doblada pasa en aquella voz que dijimos que se había de escribir con gn, como de annus, año; de pannus, paño. La o corrópese en u, como de locus, lugar; de coagululum, cuajo; corrópese eso mismo en ue diptongo, como de porta, puerta; de torqueo, tuerzo; y, por el contrario, la ue en o, como de puerta, portero; de tuerzo, torcedura. La p corrópese en b, como de lupus, lobo; de sapor, sabor; corrópese también en u vocal, como de rapidus, raudo; de captivus, cautivo. La q, por ser, como dijimos, la misma letra que la c, corrópese como ella en z, como de laqueus, lazo; de coquo, cuezo; corrópese también en g, como de aquila, águila; de aqua, agua. El asperidad de la r pasa en la blandura de la l, como los latinos, que de Remo, hermano de Rómulo,

hicieron Lemures, por las ánimas de los muertos que andan entre nosotros, y de latín en romance, de practica, plática; y en el mismo castellano, por lo que los antiguos decían branca tabra, nosotros ahora decimos blanca tabla. La s corrómpese en c, como nosotros la pronunciamos cuando se siguen e, i, como de setaceum, cedazo; de sucus, zumo; corrómpese en nuestra j, como de sapo, jabón; de sepia, jibia. La t corrómpese en d, como de mutus, mudo; de lutum, lodo. La u vocal pasa en ue sueltas, como de nurus, nuera; de muria, salmuera; y, por el contrario, la ue vuélvese en o, como de nuevo, novedad; y de salmuera, salmorejo; corrómpese muchas veces en o, como de curro, corro; de lupus, lobo; de lucrum, logro. Corrómpese la v consonante en b, como de volo, buelo; de vivo, bivo; corrómpese eso mismo en u vocal, como de civitas, ciudad, por lo cual nuestros mayores escribían cibdad; y en el mismo castellano, de levadura, leudar; como los latinos hicieron de caveo, cautela; de avis, auceps, por el cazador de aves; y, por el contrario, de Juanes, Ivañes. La x, por ser, como dijimos, breviatura de cs, pasa en z, como entrambas ellas; y así, de lux decimos luz; de pax, paz. Y esto abasta para poner en camino a los que se quieren ejercitar en las letras, y conocer cómo tienen vecindad unas con otras.

Capítulo octavo, de la orden de las vocales cuando se cogen en diptongo

Hasta aquí habemos disputado de las figuras y fuerza que tienen las letras en nuestra lengua, síguese ahora de la orden que tienen entre sí; no como dice San Isidro de la orden del abc, que la a es primera, la b segunda, la c tercera; porque de esta orden no tiene que hacer el gramático, antes, como dice Quintiliano, daña a los que comienzan aprender las letras: que saben el abc por memoria, y no conocen las letras por sus figuras y fuerzas, mas diremos de las letras en qué manera se ordenan y cogen en una sílaba. Lo cual demostraremos primeramente en las vocales, cuando se ayuntan y cuajan entre sí por diptongo.

Diptongo llaman los griegos, cuando en una sílaba se arrebatan dos vocales, y llámase así, porque como quiera que sea una sílaba, hace en ella dos heridas. Y aunque, según Quintiliano, nunca en una sílaba se pueden cuajar más de dos vocales, en nuestra lengua hay algunas dicciones en que se pueden coger tres vocales, en cinco maneras: en la primera, iai, como diciendo: aiais, vaiais, espaciais; la segunda, iei, como diciendo ensuzieis, desmaieis, alivieis; la tercera, iue, como diciendo poiuelo, arroiuelo, hoiuelo; la cuarta, uai, como diciendo guai, aguaitar; la quinta, uei, como diciendo buei, bueitre. Así que será propio de nuestra lengua, lo cual otra ninguna tiene, que en una sílaba se pueden cuajar tres vocales. Tienen los griegos ocho diptongos de dos vocales; los latinos seis: tres griegos y tres latinos. Nuestra lengua tiene doce compuestos de dos vocales, y cinco de tres, como parece en aquellas dicciones que arriba pusimos, lo cual en esta manera se puede probar: cinco vocales tiene el castellano: a, e, i, o, u; de las cuales a, e, o, en ninguna manera se pueden cuajar entre sí ni coger en una herida; así que no será diptongo entre ae, ea, ao, oa, eo, oe, como en estas dicciones: saeta, leal, nao, loar, rodeo, poeta. La e, i, pueden coger en una sílaba entre sí, y con las otras tres; así que puede ser diptongo entre ai, au, ei, eu, ia, ie, io, iu, oi, ua, ue, ui. La u, con la o muy pocas veces se puede ayuntar por diptongo, y con diptongo, nunca.

Así que, como cinco vocales no pueden ayuntarse entre sí más de en veinte maneras, y en las ocho de ellas en ninguna manera se pueda cuajar diptongo, queda probado lo que dijimos: que los diptongos en el castellano son doce. Lo cual más distintamente se puede deducir en esta manera: cógese la a con la i, como en estas dicciones: gaita, baile; y puédesse desatar, como en estas: vaina, caída; cógese con la u, como en estas dicciones: causa, caudal; puédesse desatar, como en estas: laúd, ataúd. La e cógese con la i, como en estas dicciones: lei, pleito; puédesse desatar, como en estas: reir, leiste; cógese con la u, como en estas dicciones: deudor, reuma; puédesse desatar, como en estas: leudar, reuntar. La i cógese con la a, como en estas dicciones: justicia, malicia; puédesse desatar, como en estas: saya, día; cógese con la e, como en estas dicciones: miedo, viento; puédesse desatar, como en estas: fiel, riel; cógese con la o, como en estas dicciones: dios, precio; puédesse desatar, como en estas: río, mío; cógese con la u, como en estas dicciones: viuda, ciudad; puédesse desatar, como en estas: viuela, piuela. La o cógese con la i, como en estas dicciones: soy, doy; puédesse desatar, como en estas: oído, roído. La u cógese con la a, como en estas dicciones: agua, cuanto; puédesse desatar, como en estas: rúa, púa; cógese con la e,

como en estas dicciones: cuerpo, muerto; puédesse desatar muy pocas veces; cógese con la i, como en estas dicciones: cuidado, cuita; puédesse desatar, como en estas: huida, Luis.

Capítulo noveno, de la orden de las consonantes entre sí

En el capítulo pasado dijimos de la orden que las vocales tienen entre sí, síguese ahora de la orden de las consonantes, cosa muy necesaria, así para los que escriben, como para los que enseñan a leer, y para los que quieren leer las cifras. Para los escribanos, porque cuando han de cortar alguna palabra en fin de renglón, no saben cuáles de las letras dejarán en él, o cuáles llevarán a la línea siguiente, en el cual error por no caer Augusto César, según que cuenta Suetonio Tranquilo en su Vida, acostumbraba acabar siempre las dicciones en fin del renglón, no curando de emparejar el escritura por el lado de la mano derecha, como aún ahora lo hacen los judíos y moros. Para los que enseñan a leer, porque cuando vienen dos o más consonantes entre las vocales, no saben, deletreando, cuáles de ellas arrimarán a la vocal que precede, ni cuáles a la siguiente. Puede eso mismo aprovechar esta consideración para los que leen las cifras, arte no menos sutil que nuevamente hallada en nuestros días por maestro Martín de Toledo, varón en todo linaje de letras muy enseñado, el cual, si fuera en los tiempos de Julio César, y hubiera publicado esta su invención, mucho pudiera aprovechar a la República romana y estorbar los pensamientos de aquel, porque, como dice Suetonio, acostumbraba César, para comunicar los secretos con sus amigos, escribir lo que quería tomando la e por a, y la f por b, y la g por c, y así por orden las otras letras hasta venir a la d, la cual ponía por z.

Así que, puestos estos principios de la orden de las consonantes, lo que queda yo lo dejo y remito a la obra que de este negocio dejé escrita. Para introducción de lo cual tales reglas daremos: primeramente, que si en alguna dicción cayere una consonante entre dos vocales, siempre la arrimaremos a la vocal siguiente, salvo si aquella dicción es compuesta, porque entonces daremos la consonante a la vocal cuya era antes de la composición; como esta palabra enemigo es compuesta de en y amigo, es cierto que la n pertenece a la vocal primera y se desata de la siguiente, y así la tenemos de escribir, deletrear y pronunciar. En el latín, tres consonantes pueden silabarse con una vocal antes de ella, y otras tres después de ella, como en estas dicciones: scrobs, por el hoyo; stirps, por la planta. Mas, si tres preceden, no se pueden seguir más de dos; y por el contrario, si tres se siguen, no pueden preceder más de otras dos. En el castellano, nunca pueden estar antes de la vocal más de dos consonantes, y una después de ella, y, por consiguiente, nunca más de tres entre dos vocales. Y en tanto grado rehusa nuestra lengua silabar muchas consonantes con una vocal, que cuando volvemos de latín en romance las dicciones que comienzan en tres consonantes, y algunas veces las que tienen dos, anteponeamos e, por aliviar de una consonante la vocal que se sigue, como en estas dicciones: scribo, escribo; stratum, estrado; smaragdus, esmeralda. En dos consonantes ninguna dicción acaba, salvo si pronunciamos como algunos escriben, segund, por según; y cient, por ciento; grand, por grande. Así que diremos ahora cómo se ordenan entre sí dos o más consonantes: la b ante la c, en ninguna manera se sufre; ante la d pónese en algunas dicciones peregrinas, como bdelium, que es cierto árbol y género de goma; Abdera, que es ciudad de Tracia; ante la l, r, puédesse ayuntar, como en estas dicciones: blanco, brazo; ante las otras consonantes no se puede sufrir. La c puédesse juntar con la l, r, como en estas dicciones: claro, creo; y en las palabras peregrinas, con la m, n, t, como en Piracmon, nombre propio; aracne, por el araña; Ctesiphon, nombre propio; con las otras consonantes nunca se puede silabar. La d puédesse poner delante la r, y en las dicciones peregrinas con la l, m, n, como en estas dicciones: drago; Abodlas, nombre de un río; Admeto, nombre propio; Cidnus, nombre de un río; con las otras letras no se puede juntar. La f pónese delante la l, r, como en estas dicciones: flaco, franco; mas no se puede sufrir con ninguna de las otras consonantes. La g puédesse poner delante la l, r, y en las dicciones latinas delante la m, n, como en estas: gloria, gracia; agmen, por muchedumbre; agnosco, por reconocer; con las otras consonantes no se puede sufrir. La l nunca se pone delante de otra consonante, antes ella se puede seguir a las otras. La m nunca se puede poner delante de otra consonante, salvo delante la n en las dicciones peregrinas, como mna, por cierta moneda; amnis, por el río. La n nunca se pone delante otra consonante, mas ella se sigue a algunas de ellas. La p puédesse poner delante la l, r, y en las dicciones peregrinas delante la n, s, t, como en estas dicciones: plaza, prado; pneuma, por espíritu; psalmus, por canto; Ptolemeus, nombre propio. La q delante ninguna consonante se puede poner, porque siempre

después de ella se sigue u, en el latín floja; en el castellano vocal cuando se sigue a, muerta cuando se siguen e,i. La r delante de ninguna consonante se pone, antes ella se sigue a algunas de ellas. La s en el castellano en ninguna dicción se puede poner en el comienzo; con otra consonante en medio puédesse juntar con b, c, l, m, p, q, t. La t en el castellano nunca se pone sino delante la r; en las dicciones peregrinas puédesse poner delante la l, m, n, como en estas dicciones: trabajo; Tlepolemo, por un hijo de Hércules; Tmolo, por un nombre de Cilicia; Etna, por Mongibel, monte de Sicilia. La v consonante no se puede poner en el latín delante otra consonante, ni en el castellano, salvo ante la r en un solo verbo: habré, habrás, habría, habrías; lo cual hace nuestra lengua con mucha gana de hacer cortamiento en aquellos tiempos, como lo diremos más largamente abajo en su lugar. La x y z, delante ninguna consonante se pueden poner en el griego y latín, aunque en el castellano decimos lazado, por lazado.

Capítulo décimo, en que pone reglas generales del ortografía del castellano

De lo que hasta aquí habemos disputado, de la fuerza y orden de las letras, podemos inferir la primera regla del ortografía castellana: que así tenemos de escribir como pronunciamos, y pronunciar como escribimos; y que hasta que entrevenga el autoridad de vuestra Alteza, o el consentimiento de aquellos que pueden hacer uso, escribamos aquellas pronunciaciones para las cuales no tenemos figuras de letras en la manera que dijimos en el capítulo sexto, presuponiendo que adulteramos la fuerza de ellas.

La segunda regla sea: que, aunque la lengua griega y latina puedan doblar las consonantes en medio de la dicción, la lengua castellana no dobla sino la r y la s, porque todas las otras consonantes pronuncian sencillas, estas dos a las veces sencillas, a las veces dobladas: sencillas como coro, cosa; dobladas como corro, cosso. De aquí se convence el error de los que escriben en castellano illustre, síllaba, con doblada l, porque así se escriben estas dicciones en el latín; ni estorba lo que dijimos en el capítulo sexto: que podíamos usar de doblada l en algunas dicciones, como en estas: villa, silla, porque ya aquella l doblada no vale por l, sino por otra letra de las que faltan en nuestra lengua.

La tercera regla sea: que ninguna dicción ni sílaba, acabando la sílaba precedente en consonante, puede comenzar en dos letras de un especie, y menos acabar en ellas. De donde se convence el error de los que escriben con doblada r, rrey, en el comienzo; y en el medio, honrra; y en fin de la dicción, mill, con doblada l. Y si dices que porque en aquellas dicciones y otras semejantes suena mucho la r, por eso se debe doblar, si queremos escribir como pronunciamos, a esto decimos que propio es de las consonantes sonar más en el comienzo de las sílabas que en otro lugar, mas por esta causa no se han de doblar; no más que si quisieses escribir ssabio y conssejo con doblada s, porque en aquellos lugares suena mucho la s.

La cuarta regla sea que la n nunca puede ponerse delante la m, b, p, antes, en los tales lugares, siempre habemos de poner m en lugar de n, como en estas dicciones: hombre, emmudecer, emperador; lo cual acontece porque donde se forma la n, que es hiriendo el pico de la lengua en la parte delantera del paladar, hasta donde se forman aquellas tres letras, hay tanta distancia, que fue forzado pasarla en m, cuando alguna de ellas se sigue, por estar tan cerca de ellas en la pronunciacón. Lo cual siempre guardaron los griegos y latinos, y nosotros habemos de guardar, si queremos escribir como pronunciamos, porque en aquel lugar no puede sonar la n.

La quinta regla sea que la p, nunca puede estar entre m, n, como algunos de los malos gramáticos escribían sompnus, por el sueño, y contempno por menospreciar, con p ante n; y en nuestra lengua algunos, siguiendo el autoridad de las escrituras antiguas, escriben dampño, solemprnidad, con p delante la n.

La sexta regla sea que la g no puede estar delante n, salvo si le damos aquel son que damos ahora a la n con la tilde; en lo cual pecan los que escriben signo, dignidad, benigno, con g delante la n, pues que en aquestas dicciones no suenan con sus fuerzas.

Libro segundo, en que trata de la prosodia y sílaba

Capítulo primero, de los accidentes de la sílaba

Después que en el libro pasado disputamos de la letra, y cómo se había de escribir en el castellano cada una de las partes de la oración según la orden que pusimos en el comienzo de esta obra, síguese ahora de la sílaba, la cual, como dijimos, responde a la segunda parte de la gramática que los griegos llaman prosodia.

Sílaba es un ayuntamiento de letras que se pueden coger en una herida de la voz y debajo de un acento. Digo ayuntamiento de letras porque cuando las vocales suenan por sí, sin se mezclar con las consonantes, propiamente no son sílabas. Tiene la sílaba tres accidentes: número de letras, longura en tiempo, altura y bajura en acento. Así que puede tener la sílaba impropriamente así llamada una sola letra si es vocal, como 'a'; puede tener dos, como 'ra'; puede tener tres, como 'tra'; puede tener cuatro, como 'tras'; puede tener cinco si dos vocales se cogen en diptongo, como en la primera sílaba de 'treinta', de manera que una sílaba no puede tener más de tres consonantes, dos antes de la vocal, y una después de ella. El latín puede sufrir en una sílaba cinco consonantes con una vocal, y por consiguiente seis letras en una herida, como lo dijimos en la orden de las letras. Tiene eso mismo la sílaba longura de tiempo, porque unas son cortas y otras luengas, lo cual sienten la lengua griega y latina, y llaman sílabas cortas y breves a las que gastan un tiempo en su pronunciación; luengas, a las que gastan dos tiempos; como diciendo 'corpora', la primera sílaba es luenga, las dos siguientes, breves: así que tanto tiempo se gasta en pronunciar la primera sílaba como las dos siguientes. Mas el castellano no puede sentir esta diferencia, ni los que componen versos pueden distinguir las sílabas luengas de las breves, no más que la sentían los que compusieron algunas obras en verso latino en los siglos pasados; hasta que ahora no sé por qué providencia divina comienza este negocio a se despertar; y no desespero que otro tanto se haga en nuestra lengua, si este mi trabajo fuere favorecido de los hombres de nuestra nación. Y aún no parará aquí nuestro cuidado hasta que demostramos esto mismo en la lengua hebraica: porque, como escriben Orígenes, Eusebio y Jerónimo, y de los mismos judíos Flavio Josefo, gran parte de la Sagrada Escritura está compuesta en versos, por número, peso y medida de sílabas luengas y breves. Lo cual ninguno de cuantos judíos hoy viven siente ni conoce, sino cuanto ve, en muchos lugares de la Biblia, escritos en orden de verso. Tiene también la sílaba altura y bajura, porque de las sílabas, unas se pronuncian altas, y otras bajas. Lo cual está en razón del acento de que tenemos de tratar en el capítulo siguiente.

Capítulo segundo, de los acentos que tiene la lengua castellana

Prosodia, en griego, sacando palabra de palabra, quiere decir en latín acento; en castellano, casi canto. Porque, como dice Boecio en la Música, el que habla, que es oficio propio del hombre, y el que reza versos, que llamamos poeta, y el que canta, que decimos músico, todos cantan en su manera. Canta el poeta, no como el que habla, ni menos como el que canta, mas en una media manera; y así dijo Virgilio en el principio de su Eneida: Canto las armas y el varón; y nuestro Juan de Mena: Tus casos falaces, Fortuna, cantamos; y en otro lugar: Canta, tú, cristiana Musa; y así, el que habla, porque alza una sílaba y abaja otras, en alguna manera canta. Así, que hay en el castellano dos acentos simples: uno, por el cual la sílaba se alza, que llamamos agudo; otro, por el cual la sílaba se abaja, que llamamos grave. Como en esta dicción "señor", la primera sílaba es grave, y la segunda aguda, y, por consiguiente, la primera se pronuncia por acento grave y la segunda por acento agudo. Otros tres acentos tiene nuestra lengua compuestos, solamente en los diptongos: el primero, de agudo y grave, que podemos llamar deflejo, como en la primera sílaba de "causa"; el segundo, de grave y agudo, que podemos llamar inflejo, como en la primera sílaba de "viento"; el tercero, de grave, agudo y grave, que podemos llamar circunflejo, como en esta dicción de una sílaba "buey".

Así que sea la primera regla del acento simple: que cualquiera palabra, no solamente en nuestra lengua, mas en cualquiera otra que sea, tiene una sílaba alta, que se enseñoorea sobre las otras, la cual

pronunciamos por acento agudo, y que todas las otras se pronuncian por acento grave. De manera que si tiene una sílaba, aquella será aguda; si dos o más, la una de ellas; como en estas dicciones: sal, saber, sabidor, las últimas sílabas tienen acento agudo y todas las otras acento grave.

La segunda regla sea: que todas las palabras de nuestra lengua comúnmente tienen el acento agudo en la penúltima sílaba, y en las dicciones bárbaras o cortadas del latín, en la última sílaba muchas veces, y muy pocas en la tercera contando desde el fin; y en tanto grado rehúsa nuestra lengua el acento en este lugar que muchas veces nuestros poetas, pasando las palabras griegas y latinas al castellano, mudan el acento agudo en la penúltima, teniéndolo en la que está antes de aquella; como Juan de Mena: A la viuda Penelópe, Y al hijo de Liriópe; y en otro lugar: Con toda la otra mundana machina.

La tercera regla es de Quintiliano: que cuando alguna dicción tuviere el acento indiferente a grave y agudo, habemos de determinar esta confusión y causa de error, poniendo encima de la sílaba que ha de tener el acento agudo un resguito, que él llama ápice, el cual suba de la mano siniestra a la diestra, cual lo vemos señalado en los libros antiguamente escritos. Como diciendo "amo", esta palabra es indiferente a "yo ámo" y "alguno amó"; esta ambigüedad y confusión de tiempos y personas hase de distinguir por aquella señal, poniéndola sobre la primera sílaba de "ámo", cuando es de la primera persona del presente del indicativo, o en la última sílaba cuando es de la tercera persona del tiempo pasado acabado del mismo indicativo.

La cuarta regla es que si el acento está en sílaba compuesta de dos vocales por diptongo, y la final es i, u, la primera de ellas es aguda y la segunda grave, y, por consiguiente, tiene acento deflejo; como en estas dicciones: gaita, veinte, hoy, muy, causa, deudo, viuda; las primeras vocales del diptongo son agudas y las siguientes graves.

La quinta regla es que si el acento está en sílaba compuesta de dos vocales por diptongo, y la final es a, e, o, la primera de ellas es grave y la segunda aguda, y por consiguiente tiene acento inflejo; como en estas dicciones: codiciá, codicié, codició, cuándo, fuérte; las primeras del diptongo son graves y las segundas son agudas.

La sexta regla es que cuando el acento está en sílaba compuesta de tres vocales, si la de medio es a, e, la primera y última son graves y la de medio aguda, y por consiguiente tiene acento circunflejo, como en estas dicciones: desmaiáis, ensaiáis, desmaiéis, ensaiéis, guái, aguáitas, buéi, buéitre; mas si la final es e, agúzase aquella, y quedan las dos vocales primeras graves, y por consiguiente en toda la sílaba acento circunflejo, como en estas dicciones: poiuélo, arroiuélo.

Capítulo tercero, en que pone reglas particulares del acento del verbo

Los verbos de más de una sílaba en cualquier conjugación, modo, tiempo, número y persona tienen el acento agudo en la penúltima sílaba, como amo, amas; leo, lees; oio, oies. Sácase la primera y tercera persona del singular del pasado acabado del indicativo, porque pasan el acento agudo a la sílaba final, como diciendo yo amé, alguno amó; salvo los verbos que formaron este tiempo sin proporción alguna, como diremos en el capítulo sexto del quinto libro, como de andar, yo anduve, alguno anduvo; de traer, traje, alguno traje; de decir, dije, alguno dijo. Sácanse también la segunda persona del plural del presente del mismo indicativo, y del imperativo, y del futuro del optativo, y del presente del subjuntivo, y del presente del infinitivo cuando reciben cortamiento, como diciendo: vos amáis, vos amád o amá, vos améis, amár. Sácanse eso mismo la primera y segunda persona del plural del pasado no acabado del indicativo, y del presente y pasado del optativo, y del pasado no acabado, y del pasado más que acabado, y futuro del subjuntivo, porque pasan el acento agudo a la antepenúltima, como diciendo: nos amábamos, vos amábades, nos amásemos, vos amásedes, nos amáramos, vos amárades, nos amaríamos, vos amaríades, nos amáremos, vos amáredes. Pero cuando en este lugar hacemos cortamiento, queda el acento en la penúltima, como diciendo: cuando vos amardes, por amáredes.

Capítulo cuarto, en que pone reglas particulares de las otras partes de la oración

Como dijimos arriba, propio es de la lengua castellana tener el acento agudo en la penúltima sílaba, o en la última cuando las dicciones son bárbaras o cortadas del latín, y en la antepenúltima muy pocas veces, y aun comúnmente en las dicciones que traen consigo en aquel lugar el acento del latín. Mas porque esta regla general desea ser limitada por excepción, ponemos aquí algunas reglas particulares.

Las dicciones de más de una sílaba que acaban en a, tienen el acento agudo en la penúltima sílaba, como tierra, casa. Sácanse algunas dicciones peregrinas que tienen el acento en la última, como: alvalá, Alcalá, Alá, Cabalá, y de las nuestras: quizá, acá, allá, acullá. Muchas tienen el acento en la antepenúltima, como estas: pérdida, huésped, bóveda, búsqueda, Mérida, Ágreda, Úbeda, Águeda, pértiga, almáciga, alhóndiga, luciérnaga, Málaga, Córcega, águila, cítola, cédula, brújula, carátula, cávila, Ávila, gárgola, tórtola, peñola, opéndola, oropéndola, albórbola, lágrima, cáñama, jáquima, ánima, sábana, árguena, almádana, almojavana, Cártama, lámpara, píldora, cólera, pólvora, cántara, úlcera, cámara, alcándara, Alcántara, víspera, mandrágora, apóstata, cárcava, Játiva, alféreza.

En d, tienen el acento agudo en la última sílaba, como: virtud, bondad, enemistad; sácanse huésped y césped, los cuales tienen el acento agudo en la penúltima; en el plural de los cuales queda acento agudo asentado en la misma sílaba, y decimos huéspedes, céspedes.

En e, tienen el acento agudo en la penúltima, como linaje, toque; sácanse alquilé, rabé, que tienen acento agudo en la última, y en la antepenúltima aquestos: ánade, jénabe, adáreme.

En i, tienen el acento agudo en la última sílaba, como borceguí, maravedí, aljonjolí; y los que acaban en diptongo siguen las reglas que arriba dimos de las dicciones diptongadas, como lei, rei, buei.

En l, tienen el acento agudo en la última sílaba, como: animal, fiel, candil, alcohol, azul. Sácanse algunos que lo tienen en la penúltima, como estos: mármol, árbol, estiércol, mástil, dátil, ángel; los cuales en el plural guardan el acento en aquella misma sílaba, y así decimos: mármoles, árboles, estiércoles, mástiles, dátiles, ángeles.

En n, tienen el acento agudo en la última sílaba, como truhán, rehén, ruin, león, atún. Sácanse virgen, origen y orden, que tienen el acento agudo en la penúltima, y guárdanlo en aquel mismo lugar en el plural, y así decimos: orígenes, vírgenes, órdenes.

En o, tienen el acento agudo en la penúltima, como: libro, cielo, bueno. Sácanse algunos que lo tienen en la antepenúltima, como: filósofo, lógico, gramático, médico, arsénico, párpado, pórvido, úmido, hígado, ábrigo, canónigo, tártago, muérdago, galápago, espárrago, relámpago, piélago, arábigo, morciélago, idrópigo, alhóstigo, búfalo, cernícalo, título, séptimo, décimo, último, legítimo, préstamo, álamo, gerónimo, távano, rávano, huérfano, órgano, orégano, zángano, témpano, cópano, burdegano, peruétano, gálbano, término, almuédano, búzano, cántaro, miéspero, bárbaro, áspero, pájaro, género, Álvaro, Lázaro, hábito, gómito.

En r, tiene el acento agudo en la última sílaba, como: azar, mujer, amor; sácanse algunos que lo tienen en la penúltima, como: acíbar, aljófara, atíncara, açúcar, açófar, albéitar, ánsar, tíbar, alcáçar, alfámar, César; y retienen en el plural el acento en aquella misma sílaba, como diciendo: ánsares, alcáçares, alfámares, Césares.

En s, tienen el acento agudo en la última sílaba, como diciendo: compás, pavés, anís; sácanse: Hércules, miércoles, que lo tienen en la antepenúltima.

En x, todos tienen el acento agudo en la última sílaba, como: borra^x, balax, relo^x.

En z, tienen el acento agudo en la última sílaba, como: rapaz, Xerez, perdiz, Badajoz, andaluz; sácanse algunos que lo tienen en la penúltima, como: alférez, cáliz, Méndez, Díaz, Martínez, Fernández, Gómez, Cález, Túnez; y de estos, los que tienen plural retienen el acento en la misma sílaba, y así decimos: alféreces, cálices.

En b, c, f, g, h, m, p, t, u, ninguna palabra castellana acaba, y todas las que recibe son bárbaras, y tienen el acento en la última sílaba, como: Jacob, Melchisedec, Joseph, Magog, Abraham, ardit, ervatú.

Capítulo quinto, de los pies que miden los versos

Porque todo aquello que decimos, o está atado debajo de ciertas leyes, lo cual llamamos verso; o está suelto de ellas, lo cual llamamos prosa; veamos ahora qué es aquello que mide el verso y lo tiene dentro de ciertos fines, no dejándolo vagar por inciertas maneras. Para mayor conocimiento de lo cual habemos aquí de presuponer aquello de Aristóteles: que en cada un género de cosas hay una que mide todas las otras, y es la menor en aquel género; así como en los números es la unidad, por la cual se miden todas las cosas que se cuentan, porque no es otra cosa ciento sino cien unidades; y así en la música, lo que mide la distancia de las voces es tono o diesis; lo que mide las cantidades continuas es pie, o vara, o pasada; y por consiguiente, los que quisieron medir aquello que con mucha diligencia componían y razonaban, hicieronlo por una medida, la cual por semejanza llamaron pie, el cual es lo menor que puede medir el verso y la prosa. Y no se espante ninguno porque dije que la prosa tiene su medida, porque es cierto que la tiene, y aún por aventura muy más estrecha que la del verso, según que escriben Tulio y Quintiliano en los libros en que dieron preceptos de la Retórica; mas, de los números y medida de la prosa diremos en otro lugar, ahora digamos de los pies de los versos, no como los toman nuestros poetas, que llaman pies a los que habían de llamar versos, mas por aquello que los mide, los cuales son unos asientos o caídas que hace el verso en ciertos lugares; y así como la sílaba se compone de letras, así el pie se compone de sílabas. Mas porque la lengua griega y latina tienen diversidad de sílabas luengas o breves, multiplícanse en ellas los pies en esta manera: Si el pie es de dos sílabas, o entrambas son luengas, o entrambas son breves, o la primera luenga y la segunda breve, o la primera breve y la segunda luenga; y así por todos son cuatro pies de dos sílabas: spondeo, pirricheo, trocheo, iambo. Si el pie tiene tres sílabas, o todas tres son luengas, y llámase molosso; o todas tres son breves, y llámase tribraco; o las dos primeras luengas y la tercera breve, y llámase antibachio; o la primera luenga y las dos siguientes breves, y llámase dáctilo; o las dos primeras breves y la tercera luenga, y llámase anapesto; o la primera breve y las dos siguientes luengas, y llámase antipasto; o la primera y última breves y la de medio luenga, y llámase anfíbraco; o la primera y última luengas y la de medio breve, y llámase anfímacro, y así son por todos ocho pies de tres sílabas. Y por esta razón, se multiplican los pies de cuatro sílabas, que suben a dieciséis. Mas, porque nuestra lengua no distingue las sílabas luengas de las breves, y todos los géneros de los versos regulares se reducen a dos medidas, la una de dos sílabas, la otra de tres; osemos poner nombre a la primera espondeo, que es de dos sílabas luengas; a la segunda dáctilo, que tiene tres sílabas, la primera luenga y las dos siguientes breves; porque en nuestra lengua la medida de dos sílabas y de tres, tienen mucha semejanza con ellos. Ponen muchas veces los poetas una sílaba demasiada después de los pies enteros, la cual llaman medio pie o cesura, que quiere decir cortadura; mas nuestros poetas nunca usan de ella, sino en los comienzos de los versos, donde ponen fuera de cuento aquel medio pie, como más largamente diremos abajo.

Capítulo sexto, de los consonantes, y cuál y qué cosa es consonante en la copla

Los que compusieron versos en hebraico, griego y latín, hicieronlos por medida de sílabas luengas y breves; mas después que con todas las buenas artes se perdió la Gramática, y no supieron distinguir entre sílabas luengas y breves, desatáronse de aquella ley y pusieronse en otra necesidad: de cerrar

cierto número de sílabas debajo de consonantes. Tales fueron los que después de aquellos santos varones que echaron los cimientos de nuestra religión, compusieron himnos por consonantes, contando solamente las sílabas, no curando de la longura y tiempo de ellas; el cual yerro, con mucha ambición y gana, los nuestros arrebataron, y lo que todos los varones doctos con mucha diligencia habían y rehusaban por cosa viciosa, nosotros abrazamos como cosa de mucha elegancia y hermosura. Porque, como dice Aristóteles, por muchas razones habemos de huir los consonantes: la primera porque las palabras fueron halladas para decir lo que sentimos, y no por el contrario el sentido ha de servir a las palabras; lo cual hacen los que usan de consonantes en las cláusulas de los versos, que dicen lo que las palabras demandan, y no lo que ellos sienten. La segunda porque en habla no hay cosa que más ofenda las orejas, ni que mayor hastío nos traiga que la semejanza, la cual traen los consonantes entre sí; y aunque Tulio ponga entre los colores retóricos las cláusulas que acaban o caen en semejante manera, esto ha de ser pocas veces, y no de manera que sea más la salsa que el manjar. La tercera porque las palabras son para traspasar en las orejas del auditor aquello que nosotros sentimos teniéndolo atento en lo que queremos decir; mas usando de consonantes, el que oye no mira lo que se dice, antes está como suspenso esperando el consonante que se sigue; lo cual conociendo nuestros poetas, expienden en los primeros versos lo vano y ocioso, mientras que el auditor está como atónito, y guardan lo macizo y bueno para el último verso de la copla, porque los otros desvanecidos de la memoria, aquel sólo quede asentado en las orejas. Mas porque este error y vicio ya está consentido y recibido de todos los nuestros, veamos cuál y qué cosa es consonante. Tulio, en el cuarto libro de los Retóricos, dos maneras pone de consonantes: una, cuando dos palabras o muchas de un especie caen en una manera por declinación, como Juan de Mena:

*Las grandes hazañas de nuestros señores,
Dañadas de olvido por falta de autores;*

señores y autores caen en una manera, porque son consonantes en la declinación del nombre. Esta figura los gramáticos llaman homeóptoton, Tulio interpretóla semejante caída. La segunda manera de consonante es cuando dos o muchas palabras de diversas especies acaban en una manera, como el mismo autor:

*Estados de gentes que giras y trocas,
Tus muchas falacias, tus firmezas pocas;*

trocas y pocas son diversas partes de la oración, y acaban en una manera. A esta figura los gramáticos llaman homeotéleuton, Tulio interpretóla semejante deajo. Mas esta diferencia de consonantes no distinguen nuestros poetas, aunque entre sí tengan algún tanto de diversidad. Así que será el consonante caída o deajo, conforme de semejantes o diversas partes de la oración. Los latinos pueden hacer consonante desde la sílaba penúltima o de la antepenúltima, siendo la penúltima grave. Mas los nuestros nunca hacen el consonante, sino desde la vocal donde principalmente está el acento agudo, en la última o penúltima sílaba. Lo cual acontece porque, como diremos abajo, todos los versos de que nuestros poetas usan, o son yámbicos ionicos, o adónicos; en los cuales la penúltima es siempre aguda, o la última, cuando es aguda y vale por dos sílabas. Y si la sílaba de donde comienza ha de terminar el consonante es compuesta de dos vocales, o tres, cogidas por diptongo, abasta que se consiga la semejanza de letras desde la sílaba o vocal donde está el acento agudo. Así que no será consonante entre "treinta" y "tinta", mas será entre "tierra" y "guerra"; y aunque Juan de Mena en la Coronación hizo consonantes entre "proverbios" y "soberbios", puédese excusar por lo que dijimos de la vecindad que tienen entre sí la b con la u consonante. Nuestros mayores no eran tan ambiciosos en tasar los consonantes, y harto les parecía que bastaba la semejanza de las vocales, aunque no se consiguiese la de las consonantes; y así hacían consonar estas palabras: santa, morada, alba; como en aquel romance antiguo:

*Digas tú el ermitaño, que haces la vida santa:
Aquel ciervo del pie blanco ¿dónde hace su morada?
Por aquí pasó esta noche, un hora antes del alba.*

Capítulo séptimo, de la sinalefa y apretamiento de las vocales

Acontece muchas veces que cuando alguna palabra acaba en vocal, y si se sigue otra que comienza eso mismo en vocal, echamos fuera la primera de ellas, como Juan de Mena en el Laberinto:

Hasta que al tiempo de agora vengamos;

después de que y de síguese a, y echamos la e, pronunciando en esta manera: hasta qual tiempo dagora vengamos. A esta figura los griegos llaman sinalefa, los latinos comprensión, nosotros podémosla llamar ahogamiento de vocales. Los griegos ni escriben ni pronuncian la vocal que echan fuera, así en verso como en prosa; nuestra lengua, eso mismo con la griega, así en verso como en prosa, a las veces escribe y pronuncia aquella vocal, aunque se siga otra vocal, como Juan de Mena:

Al gran rei de España, al César novelo;

después de a síguese otra a, pero no tenemos necesidad de echar fuera la primera de ellas; y si en prosa dijeses "tú eres mi amigo", ni echamos fuera la u ni la i, aunque se siguieron e, a, vocales; a las veces ni escribimos ni pronunciamos aquella vocal, como Juan de Mena:

Después quel pintor del mundo,

por decir: después que el pintor del mundo; a las veces escribimosla y no la pronunciamos, como el mismo autor en el verso siguiente:

Paró nuestra vida ufana;

callamos la a, y decimos: paró nuestra vidufana. Y esto no solamente en la necesidad del verso, mas aun en la oración suelta, como si escribieses: nuestro amigo está aquí; puedes lo pronunciar como se escribe y por esta figura puedes lo pronunciar en esta manera: nuestramigo staquí. Los latinos, en prosa, siempre escriben y pronuncian la vocal en fin de la dicción, aunque después de ella se siga otra vocal; en verso, escríbenla y no la pronuncian, como Juvenal:

semper ego auditor tantum;

ego acaba en vocal, y síguese auditor, que comienza eso mismo en vocal; echamos fuera la o, y decimos pronunciando: semper egauditor tantum; mas si desatásemos el verso dejaríamos entrambas aquellas vocales, y pronunciaríamos "ego auditor tantum". Tienen también los latinos otra figura semejante a la sinalefa, la cual los griegos llaman etlipsi; nosotros podemos la llamar duro encuentro de letras; y es cuando alguna dicción acaba en m, y se sigue dicción que comienza en vocal; entonces, los latinos, por no hacer metacismo, que es fealdad de la pronunciación con la m, echan fuera aquella m con la vocal que está silabicada con ella, como Virgilio:

Venturum excidio Libyae,

donde pronunciamos "ventur excidio Libye". Mas esta manera de metacismo no la tienen los griegos ni nosotros, porque en la lengua griega y castellana ninguna dicción acaba en m; porque, como dice Plinio, en fin de las dicciones siempre suena un poco oscura.

Capítulo octavo, de los géneros de los versos que están en el uso de la lengua castellana, y primero de los versos yámbicos

Todos los versos, cuantos yo he visto en el buen uso de la lengua castellana, se pueden reducir a seis géneros; porque, o son monómetros, o dímetros, o compuestos de dímetros y monómetros, o trímetros, o tetrámetros, o adónicos sencillos, o adónicos doblados. Mas, antes que examinemos cada uno de aquestos seis géneros, habemos aquí de presuponer y tornar a la memoria lo que dijimos en el capítulo octavo del primero libro: que dos vocales, y aun algunas veces tres, se pueden coger en una sílaba. Eso mismo habemos aquí de presuponer lo que dijimos en el quinto capítulo de este libro: que en comienzo del verso podemos entrar con medio pie perdido, el cual no entra en el cuento y medida con los otros. También habemos de presuponer lo que dijimos en el capítulo pasado: que cuando alguna dicción acabare en vocal y se siguiere otra que comience eso mismo en vocal, echamos algunas veces la primera de ellas. El cuarto presupuesto sea que la sílaba aguda en fin del verso vale y se ha de contar por dos, porque comúnmente son cortadas del latín, como: amar, de amare; amad, de amate. Así que el verso que los latinos llaman monómetro, y nuestros poetas pie quebrado, regularmente tiene cuatro sílabas, y llámanle así porque tiene dos pies espondeos, y una medida o asiento; como el Marqués en los Proverbios:

*Hijo mío mucho amado,
Para mientes;
No contrastes a las gentes
Mal su grado.
Ama y serás amado,
Y podrás
Hacer lo que no harás
Desamado.*

Para mientes y Mal su grado son versos monómetros regulares, porque tienen cada cuatro sílabas; y aunque Para mientes parece tener cinco, aquellas no valen más de cuatro, porque ie es diptongo y vale por una, según el primero presupuesto. Puede este verso tener tres sílabas, si la final es aguda, como en la misma copla: Y podrás; aunque Y podrás no tiene más de tres sílabas, valen por cuatro, según el cuarto presupuesto. Puede entrar este verso con medio pie perdido, por el segundo presupuesto, y así puede tener cinco sílabas; como don Jorge Manrique:

*Un Constantino en la fe
Que mantenía;*

Que mantenía tiene cinco sílabas, las cuales valen por cuatro, porque la primera no entra en cuenta con las otras. Y por esta misma razón puede tener este pie cuatro sílabas, aunque la última sea aguda y valga por dos; como el Marqués en la misma obra:

*Sólo por aumentación
De humanidad;*

"De humanidad" tiene cuatro sílabas, o valor de ellas, porque entró con una perdida y echó fuera la e, por el tercero presupuesto, y la última vale por dos, según el cuarto. El dímetro yámbico, que los latinos llaman cuaternario, y nuestros poetas pie de arte menor, y algunos de arte real, regularmente tiene ocho sílabas y cuatro espondeos. Llamáronle dímetro, porque tiene dos asientos; cuaternario, porque tiene cuatro pies. Tales son aquellos versos, a los cuales arrimábamos los que nuestros poetas llaman pies quebrados, en aquella copla:

*Hijo mío mucho amado,
No contrastes a las gentes,
Ama y serás amado,
Hacer lo que no harás.*

"Hijo mío mucho amado" tiene valor de ocho sílabas, porque la o de esta partecilla "mucho" se pierde, por el tercero presupuesto. Eso mismo puede tener siete, si la final es aguda, porque aquella vale por dos según el último presupuesto, como en aquel verso "Hacer lo que no harás". Hacemos algunas veces versos compuestos de dímetros y monómetros, como en aquella pregunta:

*Pues tantos son los que siguen la pasión
Y sentimiento penado por amores,
A todos los enamorados trovadores
Presentando les demando tal quistión:
Que cada uno probando su entinción,
Me diga que cuál primero destos fue:
Si amor, o si esperanza, o si fe,
Fundando la su respuesta por razón.*

El trímetro yámbico, que los latinos llaman senario, regularmente tiene doce sílabas, y llamáronlo trímetro porque tiene tres asientos; senario, porque tiene seis espondeos. En el castellano este verso no tiene más de dos asientos, en cada tres pies uno, como en aquestos versos:

*No quiero negaros, señor, tal demanda,
Pues vuestro rogar me es quien me lo manda;
Mas quien sólo anda cual veis que io ando,
No puede, aunque quiere, cumplir vuestro mando.*

El tetrametro yámbico, que llaman los latinos octonario, y nuestros poetas pie de romances, tiene regularmente dieciséis sílabas; y llamáronlo tetrametro porque tiene cuatro asientos; octonario, porque tiene ocho pies; como en este romance antiguo:

*Digas tú el ermitaño, que haces la santa vida,
Aquel ciervo del pie blanco ¿dónde hace su manida?*

Puede tener este verso una sílaba menos, cuando la final es aguda, por el cuarto presupuesto, como en el otro romance:

*Morir se quiere Alexandre de dolor del corazón,
Embió por sus maestros cuantos en el mundo son.*

Los que lo cantan, porque hallan corto y escaso aquel último espondeo, suplen y rehacen lo que falta, por aquella figura que los gramáticos llaman paragoge, la cual, como diremos en otro lugar, es añadidura de sílaba en fin de la palabra, y por corazón y son, dicen coraçone y sone. Estos cuatro géneros de versos llámanse yámbicos, porque en el latín, en los lugares pares donde se hacen los asientos principales, por fuerza han de tener el pie que llamamos yambo; mas porque nosotros no tenemos sílabas luengas y breves, en lugar de los yambos pusimos espondeos. Y porque todas las penúltimas sílabas de nuestros versos yámbicos, o las últimas, cuando valen por dos, son agudas, y por consiguiente, luengas, llámanse estos versos iponácticos yámbicos, porque Ipponate, poeta griego, usó de ellos; como Archíloco, de los yámbicos, de que usaron los que antiguamente compusieron los himnos por medida, en los cuales siempre la penúltima es breve, y tiene acento agudo en la antepenúltima, como en aquel himno:

*Iam lucis orto sidere,
y en todos los otros de aquella medida.*

Capítulo nono, de los versos adónicos

Los versos adónicos se llamaron porque Adonis, poeta, usó mucho de ellos, o fue el primer inventor. Estos son compuestos de un dáctilo y un espondeo. Tienen regularmente cinco sílabas, y dos asientos: uno en el dáctilo y otro en el espondeo. Tiene muchas veces seis sílabas, cuando entramos con medio pie perdido, el cual, como dijimos arriba, no se cuenta con los otros. Puede eso mismo tener este verso cuatro sílabas, si es la última del verso aguda, por el cuarto presupuesto; puede también tener cinco, siendo la penúltima aguda, y entrando con medio pie perdido. En este género de verso está compuesto aquel rondel antiguo:

*Despide plazer
I pone tristura,
Crece en querer
Vuestra hermosura.*

El primero verso tiene cinco sílabas y valor de seis, porque se pierde la primera con que entramos, y la última vale por dos. El segundo verso tiene seis sílabas, porque pierde el medio pie en que comenzamos. El verso tercero tiene cuatro sílabas, que valen por cinco, porque la final es aguda y tiene valor de dos. El cuarto es semejante al segundo. El verso adónico doblado es compuesto de dos adónicos. Los nuestros llámanlo pie de arte mayor. Puede entrar cada uno de ellos con medio pie perdido o sin él; puede también cada uno de ellos acabar en sílaba aguda, la cual, como muchas veces habemos dicho, suple por dos, para henchir la medida del adónico. Así que puede este género de verso tener doce sílabas, o once, o diez, o nueve, o ocho. Puede tener doce sílabas en una sola manera: si entramos con medio pie en entramos los adónicos. Y porque más claramente parezca la diversidad de estos versos, pongamos ejemplo en uno que pone Juan de Mena en la definición de la prudencia, donde dice:

Sabia en lo bueno, sabida en maldad.

Del cual podemos hacer doce sílabas, y once, y diez, y nueve, y ocho, mudando algunas sílabas, y quedando la misma sentencia. Doce, en esta manera:

Sabida en lo bueno, sabida en maldades.

Puede tener este género de verso once sílabas en cuatro maneras: la primera, entrando sin medio pie en el primero adónico y con él en el segundo; la segunda, entrando con medio pie en el primer adónico y sin él en el segundo; la tercera, entrando con medio pie en entramos los adónicos y acabando el primero en sílaba aguda; la cuarta, entrando con medio pie en ambos los adónicos y acabando el segundo en sílaba aguda. Como en estos versos:

*Sabia en lo bueno, sabida en maldades,
Sabida en lo bueno, sabia en maldades,
Sabida en el bien, sabida en maldades,
Sabida en lo bueno, sabida en maldad.*

Puede tener este género de verso diez sílabas en seis maneras: la primera, entrando con medio pie en ambos los adónicos y acabando entramos en sílaba aguda; la segunda, entrando sin medio pie en ambos los adónicos; la tercera, entrando sin medio pie en el primero adónico y acabando el mismo en sílaba aguda; la cuarta, entrando el segundo adónico sin medio pie y acabando el mismo en sílaba aguda; la quinta, entrando el primero adónico con medio pie y el segundo sin él, y acabando el primero en sílaba aguda; la sexta, entrando el primer adónico sin medio pie y el segundo con él, acabando el mismo en sílaba aguda. Como en estos versos:

*Sabida en el bien, sabida en maldad,
Sabia en lo bueno, sabia en maldades,
Sabia en el bien, sabida en maldades,*

*Sabida en lo bueno, sabia en maldad,
Sabida en el bien, sabia en maldades,
Sabia en lo bueno, sabida en maldad.*

Puede tener este género de versos nueve sílabas en cuatro maneras: la primera, entrando sin medio pie en ambos los adónicos, y acabando el segundo en sílaba aguda; la segunda, entrando el primer adónico con medio pie y el segundo sin él, y acabando entrambos en sílaba aguda; la tercera, entrando ambos los adónicos sin medio pie y acabando el primero en sílaba aguda; la cuarta, entrando el primer adónico sin medio pie y el segundo con él, y acabando entrambos en sílaba aguda. Como en estos versos:

*Sabia en lo bueno, sabia en maldad,
Sabida en el bien, sabia en maldad,
Sabia en el bien, sabia en maldades,
Sabia en el bien, sabida en maldad.*

Puede tener este género de versos ocho sílabas en una sola manera: entrando sin medio pie en ambos los adónicos y acabando entrambos en sílaba aguda, como en estos versos:
Sabia en el bien, sabia en mal.

Capítulo décimo, de las coplas del castellano y cómo se componen los versos

Así como decíamos que de los pies se componen los versos, así decimos ahora que de los versos se hacen las coplas. Coplas llaman nuestros poetas un rodeo y ayuntamiento de versos en que se coge alguna notable sentencia. A éste los griegos llaman período, que quiere decir término; los latinos, circulus, que quiere decir rodeo; los nuestros llamaron la copla, porque en el latín "copula" quiere decir ayuntamiento. Así que los versos que componen la copla, o son todos uniformes, o son diformes. Cuando la copla se compone de versos uniformes, llámase monocola, que quiere decir unimembre, o de una manera. Tal es el Laberinto de Juan de Mena, porque todos los versos entre sí son adónicos doblados; o su Coronación, en la cual todos los versos entre sí son dímetros yámbicos. Si la copla se compone de versos diformes, en griego llámense dícolos, que quiere decir de dos maneras. Tales son los Proverbios del Marqués, la cual obra es compuesta de dímetros y monómetros yámbicos, que nuestros poetas llaman pies de arte real, y pies quebrados. Hacen eso mismo los pies tornada a los consonantes, y llámense distrophos, cuando el tercero verso consuena con el primero, como en el título del Laberinto:

*Al muy prepotente don Juan el segundo,
Aquél con quien Júpiter tuvo tal celo,
Que tanta de parte le hace en el mundo,
Cuanta a sí mismo se hace en el cielo.*

En estos versos, el tercero responde al primero, y el cuarto al segundo. Llámense los versos trístrophos, cuando el cuarto torna al primero, como en el segundo miembro de aquella misma copla:

*Al gran Rey de España, al César novelo,
Aquél con fortunas bien afortunado,
A él las rodillas hincadas por suelo.*

En estos versos, el cuarto responde al primero. No pienso que hay copla en que el quinto verso torne al primero, salvo mediante otro consonante de la misma caída; lo cual por ventura se deja de hacer, porque cuando viniese el consonante del quinto verso, ya sería desvanecido de la memoria del auditor el consonante del primero verso. El Latín tiene tal tornada de versos, y llámense tetrástrophos, que quiere decir que tornan después de cuatro. Mas si todos los versos caen debajo de un consonante llamarse han ástrophos, que quiere decir sin tornada; cuales son los tetrámetros en que dijimos que se componían

aquellos cantares que llaman romances. Cuando en el verso redunda y sobra una sílaba, llámase hipermetro: quiere decir que, allende lo justo del metro, sobra alguna cosa. Cuando falta algo llámase cataléctico: quiere decir que por quedar alguna cosa es escaso. Y en estas dos maneras los versos llámense cacómetros: quiere decir mal medidos. Mas si en los versos, ni sobra ni falta cosa alguna, llámense orthómetros: quiere decir bien medidos, justos y legítimos. Pudiera yo muy bien en aquesta parte con ajeno trabajo extender mi obra, y suplir lo que falta de un "Arte de poesía castellana", que con mucha copia y elegancia compuso un amigo nuestro, que ahora se entiende y en algún tiempo será nombrado, y por el amor y acatamiento que le tengo pudiera yo hacerlo así, según aquella ley que Pitágoras pone primera en el amistad: que las cosas de los amigos han de ser comunes, mayormente que, como dice el refrán de los griegos, la tal usura se pudiera tornar en caudal. Mas ni yo quiero fraudarlo de su gloria, ni mi pensamiento es hacerlo hecho; por eso el que quisiere ser en esta parte más informado, yo lo remito a aquella su obra.

Libro tercero, que es de la etimología y dicción

Capítulo primero, de las diez partes de la oración que tiene la lengua castellana

Síguese el tercero libro de la gramática, que es de la dicción, a la cual, como diximos en el comienzo desta obra, responde la etimología. Dicción se llama así porque se dize, como si más clara mente la quisiésemos llamar palabra, pues ya la palabra no es otra cosa sino parte de la oración. Los griegos común mente distinguen ocho partes de la oración: nombre, pronombre, artículo, verbo, participio, preposición, adverbio, conjunción. Los latinos no tienen artículo, mas distinguen la interjección del adverbio, y así hazen otras ocho partes de la oración: nombre, pronombre, verbo, participio, preposición, adverbio, conjunción, interjección.

Nosotros con los griegos no distinguiremos la interjección del adverbio, y añadiremos con el artículo el gerundio, el cual no tienen los griegos, y el nombre participial infinito, el cual no tienen los griegos ni latinos. Así que serán por todas diez partes de la oración en el castellano: nombre, pronombre, artículo, verbo, participio, gerundio, nombre participial infinito, preposición, adverbio, conjunción. De estas diez partes de la oración diremos ahora por orden en particular, y primeramente del nombre.

Capítulo segundo, del nombre

Nombre es una de las diez partes de la oración que se declina por casos, sin tiempos, y significa cuerpo o cosa; digo cuerpo como 'hombre', 'piedra', 'árbol'; digo cosa como 'dios', 'ánima', 'gramática'. LLámase nombre porque por él se nombran las cosas, y así como de 'onoma' en griego los latinos hicieron 'nomen', así de 'nomen' nosotros hicimos 'nombre'. Los accidentes del nombre son seis: calidad, especie, figura, género, número, declinación por casos. Calidad en el nombre es aquello por lo cual el nombre común se distingue del propio; propio nombre es aquel que conviene a uno solo, como 'César', 'Pompeyo'; común nombre es aquel que conviene a muchos particulares, que los latinos llaman apelativo, como 'hombre' es común a 'César' y 'Pompeyo'; 'ciudad' a 'Sevilla' y 'Córdoba'; 'rio' a 'Duero' y 'Guadiana'. Mas, porque muchos se pueden nombrar por un nombre propio, para los más distinguir y determinar entre sí, los latinos antepusieron otro nombre, que llamaron prenombre, porque se pone delante del nombre propio, el cual ponían en señal de honra e hidalguía en aquellos que por él se nombraban, y escribíanlo siempre por breviatura, como por una 'A' entre dos puntos 'Aulo'; por una '.C.', 'Cayo', y acostumbraron nunca anteponerlo al nombre propio de los siervos, antes quitarlos en señal de infamia a los que cometían algún crimen contra la majestad de su república. Nuestra lengua no tiene tales prenombrados, mas en lugar de ellos pone esta partecilla 'don', cortada de este nombre latino 'dominus', como los italianos 'ser' y 'miser', por mi señor; los franceses 'mosier'; los aragoneses 'mosén'; los moros 'abi', 'cid', 'mulei'. Así que será 'don' en nuestro lenguaje en lugar de prenombre, y aun débese escribir por breviatura, como los prenombrados latinos, o como lo escriben ahora los cortesanos en Roma,

que por lo que nosotros decimos 'don Juan', ellos escriben "do Joannes"; con nombre es aquel que se pone después del nombre propio, y es común a todos los de aquella familia, y llámase propiamente entre nosotros el apellido, como los 'Estúñigas', los 'Mendozas'; renombre es aquel que para más determinar el nombre propio se añade, y significa en él algún accidente o dignidad, como 'maestre'. Así que diciendo 'don Juan de Estúñiga, maestre'; 'don' es prenombre; 'Juan', nombre propio; 'Estúñiga', con nombre; 'maestre', renombre, y como quieren los latinos anombre.

Propio es de la lengua latina y de las que de ella descienden doblar y trasdoblar los nombres, lo cual dicen los autores que hubo origen de aquello que, cuando los sabinos se mezclaron con los romanos e hicieron con ellos un cuerpo de ciudad, tomaron los unos los nombres de los otros, en señal y prenda de amor. Los griegos, para determinar el nombre propio, añaden el nombre del padre, o de la tierra, o de algún accidente y calidad; como 'Sócrates, hijo de Sophronisco'; 'Platón Atheniense'; 'Eráclito Tenebroso', porque escribió de filosofía en estilo oscuro. Los judíos añaden el nombre del padre a los nombres propios, como 'Josue ben Nun', quiere decir hijo de Nun; 'Simón Barjona', quiere decir hijo de Jona; algunas veces añaden el nombre del lugar, como 'Joseph de Arimathía', 'Judas d'Escarioth'. Los moros eso mismo añaden el nombre del padre, como 'Alí aben Ragel', quiere decir hijo de Ragel; 'Aben Messué', hijo de Messué.

Calidad, eso mismo en el nombre, se puede llamar aquello por lo cual el adjetivo se distingue del sustantivo. Adjetivo se llama, porque siempre se arrima al sustantivo, como si le quisiésemos llamar arrimado; sustantivo se llama, porque está por sí mismo, y no se arrima a otro ninguno; como diciendo 'hombre bueno', hombre es sustantivo, porque puede estar por sí mismo; bueno, adjetivo, porque no puede estar por sí sin que se arrime al sustantivo. El nombre sustantivo es aquel con que se ayunta un artículo, como 'el hombre', 'la mujer', 'lo bueno'; o a lo más dos, como 'el infante', 'la infante', según el uso cortésano. Adjetivo es aquel con que se pueden ayuntar tres artículos, como 'el fuerte', 'la fuerte', 'lo fuerte'.

Podemos también llamar calidad aquello por que el relativo se distingue del antecedente. Antecedente se llama, porque se pone delante del relativo; relativo se llama, porque hace relación del antecedente, como 'el maestro lee, el cual enseña', 'maestro' es antecedente, 'el cual' es relativo. Y habemos de mirar que dos maneras hay de relativos: unos, que hacen relación de algún nombre sustantivo, y llámense relativos de substancia, y son dos: quien, que, y cual cuando se ayunta con artículo, como diciendo: 'yo leí el libro que me diste' o 'el cual me diste'. Relativos de accidente son los que hacen relación de algún nombre adjetivo, y son: 'tal', 'tanto', 'tamaño', 'cual', cuando se pone sin artículo, como diciendo: 'yo te envío el libro mentiroso, cual me lo diste, tal, tamaño, cuamaño me lo enviaste', porque 'tanto', 'cuanto', propiamente son relativos de cantidad discreta; 'tamaño', 'cuamaño', de cantidad continua, como 'yo tengo tantos libros cuantos tú', entiéndese cuanto al número; mas diciendo 'tamaños libros cuamaños tú', entiéndese cuanto a la grandeza; mas diciendo 'tales cuales', entiéndese cuanto a la calidad.

Capítulo tercero, de las especies del nombre

El segundo accidente del nombre es especie, la cual no es otra cosa sino aquello por que el nombre derivado se distingue del primogénito. Primogénito nombre es aquel que así es primero, que no tiene otro más antiguo de donde venga por derivación; como 'monte', así es primogénito y principal en nuestra lengua que no tiene en ella misma cosa primera de donde se saque y descienda, aunque venga de 'mons', 'montis' latino; porque si tal descendimiento llamásemos derivación, y a los nombres que se sacan de otra lengua, derivados, apenas se hallaría palabra en el castellano que no venga del latín o de alguna de las lenguas con que ha tenido conversación. Derivado nombre es aquel que se saca de otro primero y más antiguo, como de 'monte': montesino, montaña, montañés, montón, monterero, montería, montaraz. Nueve diferencias y formas hay de nombres derivados: patronímicos, posesivos, diminutivos, aumentativos, comparativos, denominativos, verbales, participiales, adverbiales. Patronímicos nombres son aquellos que significan hijo, o nieto, o alguno de los descendientes de aquel nombre de donde formamos el patronímico, cuales son aquellos que en nuestra lengua llamamos sobrenombres. Como Pérez, por hijo, o nieto, o alguno de los descendientes de Pedro, que en latín se podría decir 'Petrides', y

así de Álvaro, Álvarez, por lo que los latinos dirían 'Alvarides'. Otra forma de patronímicos yo no siento que tenga nuestra lengua. Posesivo nombre es aquel que vale tanto como el genitivo de su principal, y significa alguna cosa de las que se poseen, como de Sevilla, sevillano; de cielo, celestial. Diminutivo nombre es aquel que significa disminución del principal de donde se deriva, como de hombre: hombrecillo, que quiere decir 'pequeño hombre'; de mujer: mujercilla, 'pequeña mujer'. En este género de nombres, nuestra lengua sobra a la griega y latina, porque hace diminutivos de diminutivos, lo cual raras veces acontece en aquellas lenguas, como de hombre: hombrecillo, hombrecico, hombrecito; de mujer: mujercilla, mujercica, mujercita. Tiene eso mismo nuestra lengua otra forma de nombres contraria de estos, la cual no siente el griego, ni el latín, ni el hebraico; el arábigo en alguna manera la tiene. Y porque este género de nombres aún no tiene nombre, osémosle nombrar aumentativo, porque por él acrecentamos alguna cosa sobre el principal de donde se deriva, como de hombre: hombrazo; de mujer: mujeraza. De estos, a las veces usamos en señal de loor, como diciendo: 'es una mujeraza', porque abulta mucho; a las veces, en señal de vituperio, como diciendo: 'es un caballazo', porque tiene alguna cosa allende la hermosura natural y tamaño de caballo; porque, como dice Aristóteles, cada cosa en su especie tiene ciertos términos de cantidad, de los cuales, si sale, ya no está en aquella especie, o a lo menos no tiene hermosura en ella. Comparativo nombre se llama aquel que significa tanto como su positivo con este adverbio 'más'. Llamam los latinos positivo aquel nombre de donde se saca el comparativo. Mas, aunque el latín haga comparativos de todos los nombres adjetivos que reciben 'más' o 'menos' en su significación, nuestra lengua no los tiene sino en estos nombres: 'mejor', que quiere decir más bueno; 'peor', que quiere decir más malo; 'mayor', que quiere decir más grande; 'menor', que quiere decir más pequeño; 'más', que quiere decir 'más mucho', porque esta particilla 'más', o es adverbio, como diciendo: 'Pedro es más blanco que Juan', o es conjunción, como diciendo: 'yo quiero, mas tú no quieres', o es nombre comparativo, como diciendo: 'yo tengo más que tú', quiero decir 'más mucho que tú'. 'Prior' y 'senior', en el latín son comparativos, en nuestra lengua son como positivos, porque 'prior' en latín es primero entre dos, y en castellano no quiere decir sino primero de muchos; 'senior' quiere decir más anciano en latín, en nuestra lengua es nombre de honra. Superlativos no tiene el castellano sino estos dos: primero y postrimero. Todos los otros dice por rodeo de algún positivo y este adverbio 'muy', como dijimos que se hacían los comparativos con este adverbio 'más', como diciendo 'bueno', 'más bueno', 'muy más bueno'. Denominativo nombre es aquel que se deriva y desciende de otro nombre, y no tiene alguna especial significación de aquellas cinco que dijimos arriba, como de justo, 'justicia'; de mozo, 'mocedad'; de ánima, 'animal'. Verbal nombre es aquel que se deriva de algún verbo, como de amar, 'amor'; de labrar, 'labranza'. Participial nombre es aquel que se saca del participio, como de docto, 'doctor'; de leído, 'lección'; de oído, 'oidor'. Adverbial nombre es aquel que se deriva de adverbio, como de sobre, 'soberano', de iuso, 'iusano'.

Capítulo cuarto, de los nombres denominativos

Denominativos se pueden llamar todos los nombres que se derivan y descienden de otros nombres, y en esta manera los patronímicos, posesivos, diminutivos, aumentativos y comparativos se pueden llamar denominativos; más propiamente llamamos denominativos aquellos que no tienen alguna especial significación. Y porque estos tienen mucha semejanza con los posesivos y gentiles, diremos ahora juntamente de ellos. Gentiles nombres llaman los gramáticos aquellos que significan alguna gente, como 'español', 'andaluz', 'sevillano'; aunque Tulio, en el primero libro de los Oficios, hace diferencia entre gente, nación y naturaleza; porque la gente tiene debajo de sí muchas naciones, como España a Castilla, Aragón, Navarra, Portugal; la nación, muchas ciudades y lugares, que son tierra y naturaleza de cada uno; mas todos estos llamamos nombres gentiles, del nombre general que comprende a todos. Por la mayor parte salen estos nombres en esta terminación 'ano', como de Castilla, castellano; de Italia, italiano; de Toledo, toledano; de Sevilla, sevillano; de Valencia, valenciano, o valentin, como de Florencia, florentin; de Plazencia la de Italia, plazentin; de Plazencia la de España, plazenciano; y a semejanza de aquestos decimos: de palacio, palanciano, por palaciano; de corte, cortesano. Salen eso mismo los nombres gentiles muchas veces en 'es', como de Francia, francés; de Aragón, aragonés; de Portugal, portugués, por portugalés; de Córdoba, cordobés; de Burgos, burgalés, por burgués; y a esta semejanza, de corte, cortés. Salen a las veces estos nombres en 'eño', como de extremo, estremeño; de Cáceres, cacereño; de Alcántara, alcantareño, y a esta semejanza, de mármol, marmoleño; de seda, sedefío. De los lugares no tan principales no tenemos así en el uso estos nombres gentiles, pero

podemos los sacar por proporción y semejanza de los otros, en tal manera, que aquella formación no salga dura y áspera; aunque, como dice Tulio, en las palabras no hay cosa tan dura que usándola mucho no se pueda hacer blanda; como si a semejanza de Cáceres, cacereño, quisiésemos hacer Guadalupe, guadalupeño, y Mérida, merideño; aunque luego, en el comienzo, esta derivación parezca áspera, el uso la puede hacer blanda y suave. Salen algunas veces los nombres gentiles en 'isco', como de alemán, alemanisco; de moro, morisco; de Navarra, navarrisco; de Barbaria, barbarisco, y a esta semejanza, de mar, marisco; de piedra, pedrisco. Salen en 'esco', como de Flandes, flandesco; de Sardeña, sardesco, y de frío, fresco; de pariente, parentesco. Salen algunas veces en 'ego', como de cristiano, cristianego; de judío, judiego; de Grecia, griego; de Galicia, gallego, y así quiso salir de Arabia, arábigo, sino que mudó el acento y la 'e' en 'i'. Sin proporción ninguna salió de Andalucía, andaluz, como de capa, capuz. Salen los nombres denominativos en 'a', como de justo, justicia; de malo, malicia; de abad, abadía. Salen en 'd', como de bueno, bondad; de malo, maldad. Salen muchas veces en 'al', como de cuerpo, corporal; de asno, asnal, y muchos de los que significan lugar en que alguna cosa se contiene, como de rosa, rosal; de encina, encinal; de roble, robledal; de manzana, manzanal; de higuera, higueral; de pino, pinal; de guindo, guindal; de caña, cañaverl, por cañal, o porque los antiguos llaman 'cañavera' a la que ahora 'caña', o porque no concurriese 'cañal' con el cañal de pescar. Salen estos nombres también muchas veces en 'ar', como de oliva, olivar; de palma, palmar; de malva, malvar; de lino, linar, y así, de vaso, vasar; de colmena, colmenar. Salen en 'edo', como de olmo, olmedo; de acebo, acebedo; de roble, robredo; de viña, viñedo; de árbol, arboleda, por 'arboledo', que en latín se llama 'arboretum'. Salen los nombres denominativos muchas veces en 'oso', y significan hinchamiento de aquello que significa su principal, como de maravilla, maravilloso, por lleno de maravillas, y así deseoso, codicioso, amoroso, sarnoso, lleno de deseo, codicia, amor, sarna. Semejantes en significación son los que acaban en 'ento', como sangriento, soñoliento, hambriento, sediento, avariento, polvoriento, por lleno de sangre, sueño, hambre, sed, avaricia, polvo. Otros significan materia, como los que acaban en 'ado' o en 'azo', como de rosa, rosado; de viola, violado; de cebada, cebadazo; de trigo, trigazo; de mosto, mostaza; de lino, linaza. Salen algunas veces estos nombres en 'uno', como de cabrón, cabruno; de oveja, ovejuno; de vaca, vacuno; de ciervo, cervuno. Salen muchas veces los nombres denominativos en 'ero', y significan comúnmente oficios, como de barba, barbero; de zapato, zapatero; de oveja, ovejero; de hierro, herrero. Semejantes a estos son los que acaban en 'or', mas son por la mayor parte verbales, como de tundir, tundidor; de tejer, tejedor; de curtir, curtidor. Otros denominativos salen en 'ario', y significan lugar donde alguna cosa se pone y guarda, como sagrario, donde las cosas sagradas; armario, donde las armas; encensario, donde el encienso. Otros salen en otras muchas determinaciones, mas el que escribe preceptos del arte abasta que ponga en el camino al lector, la prudencia del cual, por semejanza de una cosa ha de buscar otra.

Capítulo quinto, de los nombres verbales

Verbales se llaman aquellos nombres que manifiestamente vienen de algunos verbos, y salen en diversas maneras. Porque unos se acaban en -anza, como de esperar, esperanza; de estar, estanza; de alabar, alabanza; de enseñar, enseñanza; de perdonar, perdonanza; de abastar, abastanza. Otros salen en -encia, como de doler, dolencia; de tener, tenencia; de correr, correnza; de creer, creencia; de querer, querencia, por amor, y así decimos que los ganados y fieras tienen con algún lugar querencia y amor, por lo que los rústicos dicen "creencia". Otros salen en -ura, como de andar, andadura; de cortar, cortadura; de hender, hendedura; de torcer, torcedura; de escribir, escritura. Otros salen en -enda, como de enmendar, enmienda; de leer, leyenda; de contender, contienda; de moler, molienda; de vivir, vivienda. Otros salen en -ida, como de correr, corrida; de beber, bebida; de medir, medida; de subir, subida; de herir, herida; de salir, salida. Otros salen en -on, como de perdonar, perdón; de tentar, tentación; de consolar, consolación; de ver, visión; de proveer, provisión; de leer, lección; de cavar, cavazón. Otros salen en -enta, como de vender, venta; de rentar, renta; de tormentar, tormenta; de contar, cuenta; de emprestar, emprenta. Otros salen en -e, precediendo diversas consonantes, como de tocar, toque; de convidar, convite; de escotar, escote; de traer, traje; de trotar, trote. Otros salen en -ento, como de pensar, pensamiento; de entender, entendimiento; de jurar, juramento; de ofrecer, ofrecimiento; de sentir, sentimiento. Otros salen en -do, como de abrazar, abrazado; de sentir, sentido; de oír, oído; del olvidar, olvido. En -or salen otros, como de amar, amor; de saber, sabor; de oler, olor; de doler, dolor; de

temblar, temblor; en esta terminación sale de cada verbo un nombre verbal que significa acción, y pertenece a machos, como de amar, amador; de leer, leedor, o como en el latín lector; de correr, corredor; de oír, oidor; de huir, huidor; estos se forman del infinitivo mudando la -r final en -dor, como de estos mismos se forman otros verbales añadiendo -a sobre la -r, los cuales también significan acción y pertenecen a hembras, como de amador, amadora; de enseñador, enseñadora; de leedor, leedora; de oidor, oidora; pero en estos algunas veces volvemos la -o final en -e, como de tejedor, tejedora; de vendedor, vendedora, y algunas veces en estos anteponeamos "n", como de labador, labandera; de curador, curandera; de labrador, labradora, aunque mudó algún tanto la significación, porque labrador no se dice sino el que labra el campo, y de allí labradora; labradora, cuanto a la voz, vino de labrador, mas cuanto a la significación vino de bostador o bordador. Eso mismo todos los presentes del infinitivo pueden ser nombres verbales, como diciendo: "el amar es dulce tormento", por decir "el amor", porque si amar no fuera nombre, no pudiera recibir este artículo "el", y menos podría juntarse con nombre adjetivo diciendo: "el mucho amar es dulce tormento", y como dijo Persio: "después que miré este nuestro triste vivir", por decir esta nuestra triste vida; y Gómez Manrique: "Pues este negro morir", por decir "pues esta negra muerte".

Capítulo sexto, de la figura, género, número, declinación y casos del nombre

El tercero accidente es figura, la cual no es otra cosa sino aquello por lo cual el nombre compuesto se distingue y aparta del sencillo. Sencillo nombre se llama aquel que no se compone de partes que signifiquen aquello que significa el entero, como "padre", aunque se componga de "pa", "dre", ninguna de estas partes significa por sí cosa alguna de lo que significa el entero. Compuesto nombre es aquel que se compone de partes, las cuales significan aquello mismo que significa el entero, como esta dicción "compadre", compónese de "con" y "padre", y significan estas dos partes lo que el entero, que es padre con otro. En esto tienen los griegos maravillosa facilidad y soltura, que hacen composición de muchas palabras, como aquel libro de Homero que se intitula "Vatracomyomachia", que quiere decir pelea de ranas y de ratones. Los latinos muchas veces hacen composición de dos palabras, de tres muy pocas, salvo con preposiciones. El castellano muchas veces compone dos palabras, mas tres pienso que nunca. Así que hace composición de dos nombres en uno, como "república", "arquivanco"; de verbo y nombre, como "torcecuello", "tirabraguero", "portacartas"; de dos verbos, como "vaiven", "alzaprime", "muerdehuie"; de verbo y adverbio, como "pujavante"; de preposición y nombre, como "perfil", "traspié", "trascor", "pordemás".

Género en el nombre es aquello por que el macho se distingue de la hembra y el neutro de entrambos, y son siete: géneros masculino, femenino, neutro, común de dos, común de tres, dudoso, mezclado. Masculino llamamos aquel con que se ayunta este artículo "el", como "el hombre", "el libro". Femenino llamamos aquel con que se ayunta este artículo "la", como "la mujer", "la carta". Neutro llamamos aquel con que se ayunta este artículo "lo", como "lo justo", "lo bueno". Común de dos es aquel con que se ayuntan estos dos artículos "el", "la", como "el infante", "la infante"; "el testigo", "la testigo". Común de tres es aquel con que se ayuntan estos tres artículos "el", "la", "lo", como "el fuerte", "la fuerte", "lo fuerte". Dudoso es aquel con que se puede ayuntar este artículo "el", o "la", como "el color", "la color"; "el fin", "la fin". Mezclado es aquel que debajo de este artículo "el", o "la", significa los animales machos y hembras, como "el ratón", "la comadreja", "el milano", "la paloma". Mas habemos aquí de mirar que cuando algún nombre femenino comienza en "a", porque no se encuentre una "a" con otra, y se haga fealdad en la pronunciación, en lugar de "la", ponemos "el", como "el agua", "el águila", "el alma", "el azada"; Si comienza en alguna de las otras vocales, por que no se hace tanta fealdad, indiferentemente ponemos "el" o "la", como "el enemiga", "la enemiga", pero en el plural siempre les damos el artículo de las hembras, como "las aguas", "las enemigas".

Número en el nombre es aquello por que se distingue uno de muchos. El número que significa uno llámase singular, como "el hombre", "la mujer". El número que significa muchos llámase plural, como "los hombres", "las mujeres".

Declinación del nombre no tiene la lengua castellana, salvo del número de uno al número de muchos; pero la significación de los casos distingue por preposiciones. Así que pueden reducirse todos los

nombres a tres formas de declinación: La primera de los que acaban el singular en -a, añadiendo 's', envían el plural en -as, como 'la tierra', 'las tierras'; sácense los que tienen acento agudo en la última sílaba, porque sobre el singular reciben esta terminación -es, como 'alvalá', 'alvalaes'; 'alcalá', 'alcalaes'; y así diremos: una a, dos aes; una ca, dos caes. La segunda, de los que acaban el número de uno en -o, y añadiendo 's', envían el número de muchos en 'os', como 'el cielo', 'los cielos'. La tercera, de los que acaban el número de uno en d, e, i, l, n, r, s, j, z; porque en las otras letras ningún nombre acaba, salvo si es bárbaro, como Jacob, Isaac; y envían todos el número de muchos en -es; y fórmanse del singular, añadiendo -es, si acaban en -i, o en alguna de las consonantes; o añadiendo solamente -s, si el singular acaba en -e, como 'la ciudad', 'las ciudades'; 'el hombre', 'los hombres'; 'el rey', 'los reyes'; 'el animal', 'los animales'; 'el pan', 'los panes'; 'el amor', 'los amores'; 'el compás', 'los compases'; 'el reloj', 'los relojes'; 'la paz', 'las paces'. Sácense los que acaban en -e aguda, porque sobre el singular reciben esta terminación -es, como 'el alquilé', 'los alquilees'; 'la fe', 'las fees', y así decimos: una b, dos bees; una d, dos dees. También se saca 'maravedí', que por aquesta regla había de hacer 'maravedies', y hace 'maravedís'. Eso mismo, en las palabras que acaban en -x, como 'relox', 'balax', mas parece que en el plural suena j consonante, que no x, como 'relox', 'relojes'; 'carcax', 'carcajes'.

Los casos en el castellano son cinco: El primero llaman los latinos nominativo, porque por él se nombran las cosas, y se pone quien alguna cosa hace, solamente con el artículo del género, como "el hombre". El segundo llaman genitivo, porque en aquel caso se pone el nombre del engendrador, y cuya es alguna cosa, con esta preposición "de", como "hijo del hombre". El tercero llaman dativo, porque en tal caso se pone a quien damos o a quien se sigue daño o provecho, con esta preposición a, como "yo doy los dineros a ti". El cuarto llaman acusativo, porque en tal caso ponemos a quien acusamos, y generalmente a quien padece por algún verbo, con esta preposición a, o sin ella, como "yo amo al prójimo" o "amo el prójimo". El quinto llaman vocativo, porque en aquel caso se pone a quien llamamos, con este adverbio o, sin artículo, como "¡oh hombre!". Sexto y séptimo caso no tiene nuestra lengua, pero redúcense a los otros cinco.

Capítulo séptimo, de los nombres que no tienen plural o singular

Dijimos en el capítulo pasado que los nombres tenían dos números: singular y plural; mas esto no es todavía, porque muchos nombres hay que no tienen plural, y por el contrario muchos que no tienen singular. No tienen número plural los nombres propios de los hombres, como Pedro, Juan, Juana, María; pero si decimos 'los Pedros', 'los Juanes', 'las Juanas', 'las Marías', ya no son propios, sino comunes. Y así, de los nombres propios de las ciudades, villas, aldeas y otros lugares, como Sevilla, Toledo, Medina; y las que de ellas se declinan en el plural, no tienen singular, como Burgos, Dueñas, Cáceres; y, por consiguiente, de los nombres propios de las islas, como Inglaterra, Sicilia, Cerdeña. 'Cález' más parece del número plural, porque en el latín 'Gades' es del número plural; y cuando decimos Mallorca, ya no es nombre propio, mas común a Mallorca y Menorca. Y otro tanto podemos decir de los nombres propios de los ríos, montes, caballos, bueyes, perros, y otras cosas a las cuales solemos poner nombres para distinguirlos en su especie. No tienen eso mismo plural las cosas úmidas que se miden y pesan, como: vino, mosto, vinagre, arrope, aceite, leche; de las cosas secas que se miden y pesan, algunas tienen singular y no plural, como: trigo, cebada, centeno, harina, cáñamo, lino, avena, arroz, mostaza, pimienta, azafrán, canela, jengibre, culantro, alcaravía; y por el contrario, otras tienen plural y no singular, como: garbanzos, habas, atramuzes, alholvas, arvejas, lentejas, cominos, salvados. No tienen tampoco plural éstos: sangre, cieno, limo, cólera, gloria, fama, polvo, ceniza, arena, leña, orégano, poleo, tierra, aire, fuego, salvo si quisiésemos demostrar partes de aquella cosa; como diciendo 'la tierra es seca y redonda', entiendo todo el elemento; mas diciendo 'yo tengo tres tierras', entiendo tres pedazos de ella; y así, diciendo 'vino', entiendo todo el linaje del vino; mas diciendo 'tengo muchos vinos', digo que tengo diversas especies de vino. Por el contrario, hay otros nombres que tienen plural y no singular, como: tijeras, escribanías, árquenas, alforjas, anguarillas, devanaderas, tenazas, parrillas, treudes, llares, grillos, esposas, guadafiones, puchas, manteles, exequias, primicias, décimas, livianos, pares de mujer, y todos los nombres por que contamos sobre uno, como: sendos, dos, tres, cuatro. Este nombre 'uno', o es para contar, y entonces no tiene plural, por cuanto repugna a su significación, salvo si se juntase con nombre que no tiene singular, como diciendo: unas tijeras, unas tenazas, unas alforjas, quiero decir un

par de tijeras, un par de tenazas, un par de alforjas; o es para demostrar alguna cosa particular, como los latinos tienen 'quidam', y entonces tómate por 'cierto', y puede tener plural, como diciendo: 'un hombre vino', 'unos hombres vinieron', quiero decir que 'vino cierto hombre', y 'vinieron ciertos hombres'.

Capítulo octavo, del pronombre

Pronombre es una de las diez partes de la oración, la cual se declina por casos, y tiene personas determinadas. Y llámase pronombre porque se pone en lugar de nombre propio; porque tanto vale 'yo' como 'Antonio', 'tú' como 'Hernando'. Los accidentes del pronombre son seis: especie, figura, género, número, persona, declinación por casos. Las especies del pronombre son dos, como dijimos del nombre: primogénita y derivada; de la especie primogénita son seis pronombres: yo, tú, sí, éste, ése, él; de la especie derivada son cinco: mío, tuyo, suyo, nuestro, vuestro; y tres cortados: de mío, mi; de tuyo, tu; de suyo, su. Las figuras del pronombre son dos, así como en el nombre: simple y compuesta; simple, como: este, ese, él; compuesta, como: aqueste, aqueste, aquel. Esta partecilla 'mismo' compónese con todos los otros pronombres, como: yo mismo, tú mismo, él mismo, sí mismo, este mismo, ese mismo, él mismo; 'mismo' no añade sino una expresión y hemencia que los griegos y gramáticos latinos llaman énfasis; y por esta figura decimos 'nosotros', 'vosotros'. Los géneros del pronombre son cuatro: masculino, como este; femenino, como esta; neutro, como esto; común de tres, como yo, mí. Los números del pronombre son dos, como en el nombre: singular, como yo; plural, como nos. Las personas del pronombre son tres: la primera, que habla de sí, como yo, nos; la segunda, a la cual habla la primera, como tú, vos; la tercera, de la cual habla la primera, como él, ellos. De la primera persona no hay sino un pronombre: yo, nos; mas de las cosas ayuntadas con ella son: mío, nuestro; esto, aquesto. De la segunda persona no hay sino otro pronombre: tú, vos, y todos los vocativos de las partes que se declinan por casos, por razón de este pronombre 'tú', que se entiende con ellos, porque tanto vale 'oh Juan, lee', como 'tú, lee'; de las cosas ayuntadas con la segunda persona: tuyo, vuestro; eso, aquezo. Todos los otros nombres y pronombres son de la tercera persona.

La declinación del pronombre, en parte se puede reducir a la del nombre, en parte es diferente de ella, y en alguna manera irregular; así que el esparcimiento de la declinación del pronombre guardarlo hemos para otro lugar, donde trataremos de las Introducciones para esta nuestra obra. Y porque en el tercer capítulo de este libro dijimos que tanto vale el nombre posesivo como el genitivo de su principal, esto no se puede decir de los pronombres, porque otra cosa es mío, que de mí; tuyo, que de ti; suyo, que de sí; nuestro, que de nos; vuestro, que de vos; porque mío, tuyo, suyo, nuestro, vuestro, significan acción; de mí, de ti, de sí, de nos, de vos, significan pasión. Como diciendo 'es mi opinión', quiero decir la opinión que yo tengo de alguna cosa; mas diciendo 'es la opinión de mí', quiero decir la opinión que otros de mí tienen; y así, diciendo 'yo tengo buena opinión de ti', quiero decir la que yo tengo de ti; 'tengo tu opinión', quiero decir la que tú tienes de alguna cosa; así mismo, diciendo 'es mi señor', quiero decir que yo lo tengo por señor; mas diciendo 'es señor de mí', quiero decir que él tiene el señorío y posesión de mí. De donde se convence el error de los que, apartándose de la común y propia manera de hablar, dicen 'suplico a la merced de vosotros', en lugar de decir 'suplico a vuestra merced'; porque diciendo 'suplico a la merced de vosotros', quiero decir que suplico a la misericordia que otros tienen de vos, lo cual es contrario de lo que ellos sienten; mas diciendo 'suplico a vuestra merced', dirían lo que quieren, que es: suplico a la misericordia de que acostumbráis usar; porque no es otra cosa 'merced', sino aquello que los latinos llaman 'misericordia', así que diciendo el Rey: 'es mi merced', quiere decir la misericordia de que suele usar; mas diciendo 'Señor, habe merced de mí', quiero decir, no la que yo tengo, sino la que el Señor tiene de mí.

Capítulo noveno, del artículo

Todas las lenguas, cuantas he oído, tienen una parte de la oración, la cual no siente ni conoce la lengua latina. Los griegos llamanla 'arazón'; los que la volvieron de griego en latín llamáronle artículo, que en nuestra lengua quiere decir artejo; el cual, en el castellano, no significa lo que algunos piensan: que es

una coyuntura o ñudo de los dedos; antes se han de llamar artejo aquellos huesos de que se componen los dedos; los cuales son unos pequeños miembros a semejanza de los cuales se llamaron aquellos artículos que añadimos al nombre para demostrar de qué género es. Y son los artículos tres: el, para el género masculino; la, para el género femenino; lo, para el género neutro, según que más largamente lo declaramos en otro lugar, cuando tratábamos del género del nombre.

Y ninguno se maraville que el, la, lo, pusimos aquí por artículo, pues que lo pusimos en el capítulo pasado por pronombre, porque la diversidad de las partes de la oración no está sino en la diversidad de la manera de significar; como diciendo 'es mi amo', 'amo' es nombre; mas diciendo 'amo a Dios', 'amo' es verbo. Y así, esta particilla el, la, lo, es para demostrar alguna cosa de las que arriba dijimos; como diciendo 'Pedro lee, y él enseña', 'él' es pronombre demostrativo o relativo; mas cuando añadimos esta particilla a algún nombre para demostrar de qué género es, ya no es pronombre, sino otra parte muy diversa de la oración que llamamos artículo. Y así lo hacen los griegos, que de una misma parte 'o', 'e', 'to', usan por pronombre y por artículo; entre los cuales y los latinos tuvo nuestra lengua tal medio y templanza que, siguiendo los griegos, puso artículos solamente a los nombres comunes, comoquiera que ellos también los pongan a los nombres propios, diciendo 'el Pedro ama la maría', y quitamos los artículos de los nombres propios, a imitación y semejanza de los latinos.

Lo cual nuestros mayores hicieron con más prudencia que los unos ni los otros; porque, ni los griegos tuvieron causa de anteponer artículos a los nombres propios, pues que en aquéllos por sí mismo el género se conoce; ni los latinos tuvieron razón de quitarlos a los nombres comunes, especialmente aquellos en que la naturaleza no demuestra diferencia entre machos y hembras por los miembros genitales, como el milano, la paloma, el cielo, la tierra, el entendimiento, la memoria. Y porque, como dijimos en el capítulo pasado, el pronombre se pone en lugar de nombre propio, también quitamos el artículo al uno como al otro; así que no diremos 'el yo', 'el tú'. Mas, porque en los pronombres derivados siempre se entiende algún nombre común, podemosles añadir artículo, como diciendo 'el mío', entendiéndose hombre; diciendo 'la mía', entendiéndose mujer; 'lo mío', entendiéndose cosa mía. Mas, como 'dios' sea común nombre, quitámosle el artículo, cuando se pone por el verdadero, que es uno; y porque la Sagrada Escritura hace mención de muchos dioses no verdaderos, usamos de este nombre como de común, diciendo 'el dios de Abraham', 'el dios de los dioses', y entonces así le damos artículo, como lo añadiríamos a los nombres propios, cuando los ponemos por comunes, como si dijésemos 'los Pedros son más que los Antonios'.

Capítulo décimo, del verbo

Verbo es una de las diez partes de la oración, el cual se declina por modos y tiempos, sin casos. Y llámase verbo, que en castellano quiere decir palabra, no porque las otras partes de la oración no sean palabras; mas porque las otras sin ésta no hacen sentencia alguna, ésta, por excelencia, llámóse palabra. Los accidentes del verbo son ocho: especie, figura, género, modo, tiempo, número, persona, conjugación. Las especies del verbo son dos, así como en el nombre: primogénita, como amar, derivada, como de armas, armar. Cuatro formas o diferencias hay de verbos derivados: aumentativos, diminutivos, denominativos, adverbiales. Aumentativos verbos son aquellos que significan continuo acrecentamiento de aquello que significan los verbos principales de donde se sacan, como de blanquear, blanquecer; de negrear, negreecer; de doler, adolecer. Diminutivos verbos son aquellos que significan disminución de los verbos principales de donde descienden por derivación, como de batir, baticar; de besar, besicar; de furtar, furgicar; y en esta misma figura sale de balar, balitar. Denominativos verbos se llaman aquellos que se derivan y descienden de nombres, como de cuchillo, acuchillar; de pleito, pleitear; de armas, armar. Adverbiales se llaman aquellos verbos que se sacan de los adverbios, como de sobre, sobrar; de encima, encimar; de abajo, abajar; porque las preposiciones, cuando no se ayuntan con sus casos, siempre se ponen por adverbios. Las figuras del verbo, así como en el nombre, son dos: sencilla, como amar; compuesta, como desamar. Género en el verbo es aquello por que se distingue el verbo activo del absoluto. Activo verbo es aquel que pasa en otra cosa, como diciendo 'yo amo a Dios', esta obra de amar pasa en Dios. Absoluto verbo es aquel que no pasa en otra cosa, como diciendo 'yo vivo', 'yo muero', esta obra de vivir y morir no pasa en otra cosa después de sí; salvo si figuradamente pasase en el

nombre que significa la cosa del verbo, como diciendo 'yo vivo vida alegre', 'tú mueres muerte santa'. Repátese el verbo en modos, el modo en tiempos, el tiempo en números, el número en personas.

El modo en el verbo, que Quintiliano llama calidad, es aquello por lo cual se distinguen ciertas maneras de significado en el verbo. Estos son cinco: indicativo, imperativo, optativo, subjuntivo, infinitivo. Indicativo modo es aquel por el cual demostramos lo que se hace, porque 'indicare' en el latín es demostrar; como diciendo 'yo amo a Dios'. Imperativo modo es aquel por el cual mandamos alguna cosa, porque imperar es mandar, como '¡oh Antonio!, ama a Dios'. Optativo modo es aquel por el cual deseamos alguna cosa, porque 'optare' es desear, como '¡oh, si amases a Dios!'. Subjuntivo modo es aquel por el cual juntamos un verbo con otro, porque 'subjungere' es ayuntar, como diciendo 'si tú amases a Dios, Él te amaría'. Infinitivo modo es aquel que no tiene números ni personas, y a menester otro verbo para lo determinar, porque infinitivo es indeterminado, como diciendo 'quiero amar a Dios'.

Los tiempos son cinco: presente, pasado no acabado, pasado acabado, pasado más que acabado, venidero. Presente tiempo se llama aquel en el cual alguna cosa se hace ahora, como diciendo 'yo amo'. Pasado no acabado se llama en el cual alguna cosa se hacía, como diciendo 'yo amaba'. Pasado acabado es aquel en el cual alguna cosa se hizo, como diciendo 'yo amé'. Pasado más que acabado es aquel en el cual alguna cosa se había hecho cuando algo se hizo, como 'yo te había amado, cuando tú me amaste'. Venidero se llama en el cual alguna cosa se ha de hacer, como diciendo 'yo amaré'. El indicativo y subjuntivo tienen todos cinco tiempos; el optativo y infinitivo, tres: presente, pasado, venidero; el imperativo sólo el presente. Los números en el verbo son dos, así como en el nombre: singular, como diciendo 'yo amo'; plural, como 'nos amamos'. Las personas del verbo son tres, como en el pronombre: primera, como 'yo amo'; segunda, como 'tú amas'; tercera, como 'alguno ama'. Las conjugaciones del verbo son tres: la primera, que acaba el presente del infinitivo en 'ar', como amar, enseñar; la segunda, que acaba el infinitivo en 'er', como leer, correr; la tercera, que acaba el infinitivo en 'ir', como oír, vivir.

Capítulo undécimo, de los circunloquios del verbo

Así como en muchas cosas la lengua castellana abunda sobre el latín, así por el contrario, la lengua latina sobra al castellano, como en esto de la conjugación. El latín tiene tres voces: activa, verbo impersonal, pasiva; el castellano no tiene sino sola el activa. El verbo impersonal súplelo por las terceras personas del plural del verbo activo del mismo tiempo y modo, o por las terceras personas del singular, haciendo en ellas reciprocación y retorno con este pronombre se; y así por lo que en el latín dicen "curritur", "currebatur", nosotros decimos corren, corrían, o córrase, corriase; y así por todo lo restante de la conjugación. La pasiva súplela por este verbo soy, eres y el participio del tiempo pasado de la pasiva misma, así como lo hace el latín en los tiempos que faltan en la misma pasiva; así que por lo que el latín dice "amor", "amabar", "amabor", nosotros decimos: yo soy amado, yo era amado, yo seré amado, por rodeo de este verbo soy, eres, y de este participio amado; y así de todos los otros tiempos. Dice eso mismo las terceras personas de la voz pasiva por las mismas personas de la voz activa, haciendo retorno con este pronombre se, como decíamos del verbo impersonal, diciendo: ámase Dios; ámanse las riquezas, por "es amado Dios", "son amadas las riquezas".

Tiene también el castellano en la voz activa menos tiempos que el latín, los cuales dice por rodeo de este verbo "he", "has", y del nombre verbal infinito, del cual diremos abajo en su lugar, y aun algunos tiempos de los que tiene propios dice también por rodeo. Así que dice el pasado acabado, por rodeo en dos maneras: una, por el presente del indicativo; y otra, por el mismo pasado acabado, diciendo: yo he amado y hube amado. El pasado más que acabado dice por rodeo del pasado no acabado, diciendo: yo había amado. El futuro dice por rodeo del infinitivo y del presente de este verbo "he", "has", diciendo: yo amaré, tú amarás, que vale tanto como: yo he de amar, tú has de amar. En esta manera dice por rodeo el pasado no acabado del subjuntivo, con el infinitivo y el pasado no acabado del indicativo de este verbo "he", "has", diciendo: yo amaría, yo leería, que vale tanto como: yo había de amar, yo había de leer. Y si alguno dijere que amaré, amaría, y leeré, leería, no son dichos por rodeo de este verbo "he", "has"; "ía", "ías", preguntármole, cuando decimos así: "el Virgilio que me diste leértelo he", y "leértelo ía si tú

quieres" o "si tú quisieses"; he, ía, ¿qué partes son de la oración?, es forzado que responda que es verbo. El pasado del optativo dicese por rodeo del presente del mismo optativo y del pasado del mismo optativo, diciendo: oh si amara y hubiese amado. El pasado no acabado del subjuntivo dicese, como dijimos, por rodeo del pasado no acabado del indicativo, antepuesto el infinitivo del verbo, cuyo tiempo queremos decir por rodeo, como diciendo: yo leería, si tú quisieses. El pasado acabado del subjuntivo dicese por rodeo del presente del mismo subjuntivo, diciendo: como yo haya amado. El pasado más que acabado del subjuntivo dicese por rodeo del pasado no acabado del mismo subjuntivo y del mismo tiempo, como diciendo: si yo hubiera leído y hubiese leído. El venidero del subjuntivo dicese por rodeo en tres maneras: por el venidero del indicativo; por el presente del subjuntivo; por el venidero del mismo subjuntivo, diciendo: como yo habré leído, haya leído, hubiere leído. El pasado del infinitivo dicese por rodeo del presente del mismo infinitivo, como diciendo: haber leído. El venidero del infinitivo dicese por rodeo del presente del mismo infinitivo y de algún verbo de los que significan que algo se hará en el tiempo venidero, como diciendo: espero leer, pienso oír.

Capítulo duodécimo, del gerundio del castellano

Gerundio en el castellano es una de las diez partes de la oración, la cual vale tanto como el presente del infinitivo del verbo de donde viene y esta preposición 'en'; porque tanto vale 'leyendo el Virgilio aprovecho', como 'en leer el Virgilio aprovecho'. Y dicese gerundio, de 'gero', 'geris', por traer, porque trae la significación del verbo de donde desciende. Los latinos tienen tres gerundios substantivos: el primero, del genitivo; el segundo, del ablativo; el tercero, del acusativo; los cuales no tienen los griegos, mas en lugar de ellos usan del presente del infinitivo con los artículos de aquellos casos; a semejanza de los cuales, también nosotros en el gerundio del genitivo, que no tenemos, ponemos el artículo del genitivo con el presente del infinitivo, y por lo que los latinos dicen 'amandi', nosotros decimos 'de amar'; también en lugar del gerundio del acusativo ponemos el mismo presente del infinitivo con esta preposición 'a', y por lo que los latinos dicen 'amandum', nosotros decimos 'a amar'.

Tienen eso mismo los latinos otra parte de la oración que ellos llaman supino, la cual no tiene el griego ni el castellano, ni otra lengua de cuantas yo he oído; mas cuando la volvemos de latín en castellano, en lugar del primero supino ponemos esta preposición 'a' con el presente del infinitivo, y por lo que en el latín decimos 'eo venatum', en castellano decimos 'voy a cazar'; por el segundo supino ponemos esta preposición 'de' con el presente del infinitivo de la pasiva, y por lo que en el latín se dice 'mirabile dictu', nosotros decimos 'cosa maravillosa de ser dicha'.

Capítulo decimotercero, del participio

Participio es una de las diez partes de la oración, que significa hacer y padecer en tiempo como verbo, y tiene casos como nombre, y de aquí se llamó participio, porque toma parte del nombre y parte del verbo. Los accidentes del participio son seis: tiempo, significación, género, número, figura, caso con declinación. Los tiempos del participio son tres: presente, pasado, venidero; mas, como diremos, el castellano apenas siente el participio del presente y del venidero, aunque algunos de los varones doctos introdujeron del latín algunos de ellos, como: doliente, paciente, bastante, sirviente, semejante, corriente, venidero, pasadero, hacedero, asadero; del tiempo pasado tiene nuestra lengua participios casi en todos los verbos, como: amado, leído, oído. Las significaciones del participio son dos: activa y pasiva. Los participios del presente todos significan acción, como: corriente, el que corre; sirviente, el que sirve. Los participios del tiempo pasado significan comúnmente pasión; mas algunas veces significan acción, como estos: callado, el que calla; hablado, el que habla; porfiado, el que porfía; osado, el que osa; atrevido, el que se atreve; derramado, el que derrama; encogido, el que se encoge; perdido, el que pierde; leído, el que lee; proveído, el que provee; conocido, el que conoce; comedido, el que come; recatado, el que recata; acostumbreado, el que acostumbra; agradecido, el que agradece; mirado, el que mira; jurado, el que jura; entendido, el que entiende; sentido, el que siente; sabido, el que sabe; esforzado, el que se esfuerza; ganado, que gana; crecido, que crece; dormido, que duerme; nacido, que nace; muerto, que

muere. Los participios del futuro, cuanto yo puedo sentir, aunque los usan los gramáticos que poco de nuestra lengua sienten, aún no los ha recibido el castellano; como quiera que ha comenzado a usar de alguno de ellos, y así decimos: tiempo venidero, que ha de venir; cosa matadera, que ha de matar; cosa hacedera, que ha de ser hecha; queso asadero, que ha de ser asado; mas aún hasta hoy ninguno dijo: amadero, enseñadero, leeder, oidero. Los géneros del participio son cuatro: masculino, como amado; femenino, como amada; neutro, como lo amado; común de tres, como el corriente, la corriente, lo corriente. Y así de todos los participios del presente, salvo algunos que se hallan substantivados en el género masculino, como el oriente, el occidente, el levante, el poniente; algunos en el género femenino, como la creciente, la menguante, la corriente; en el género neutro todos los participios se pueden substantivar. Las figuras del participio son dos, como en el nombre: sencilla, como amado; compuesta, como desamado. Los números del participio son dos, como en el nombre: singular, como amante, amado; plural, como amantes, amados. Los casos y declinación del participio en todo son semejantes y se reducen al nombre.

Capítulo decimocuarto, del nombre participial infinito

Una otra parte de la oración tiene nuestra lengua, la cual no se puede reducir a ninguna de las otras nueve, y menos la tiene el griego, latín, hebraico y arábigo. Y porque aún entre nosotros no tiene nombre, osémosla llamar nombre participial infinito: nombre, porque significa substancia y no tiene tiempos; participial, porque es semejante al participio del tiempo pasado; infinito, porque no tiene géneros, ni números, ni casos, ni personas determinadas. Esta parte fue hallada para que con ella y con este verbo, he, has, hube, se suplan algunos tiempos de los que falta el castellano del latín; y aún para decir por rodeo algunos de los que tienen, según que más largamente lo dijimos en el oncenno capítulo de este libro. Y porque dijimos que esta partecilla es semejante al participio, en muchas cosas difiere de él: porque ni tiene géneros, como participio, ni dirá la mujer: 'yo he amada', sino 'yo he amado', ni tiene tiempos, sino por razón del verbo con que se ayunta; ni significa pasión, como el participio del tiempo pasado, antes siempre significa acción con el verbo con que se ayunta; ni tiene números, ni personas, ni casos; porque no podemos decir 'nosotros habemos amados las mujeres', ni menos 'nosotros habemos amadas las mujeres', como dijo un amigo nuestro en comienzo de su obra:

Un grande tropel de coplas no coplas
Las cuales has hechas,

por decir 'las cuales has hecho'; aunque esta manera de decir está usada en las Siete Partidas; mas el uso echó de fuera aquella antigüedad. Y si esta parte quisiésemos reducir a una de las otras nueve, podíamosla llamar nombre, como dicen los gramáticos, significador de la cosa del verbo; el cual junto con este verbo 'he', 'has', 'hube', como cosa que padece, puesta en acusativo, dice por rodeo aquellos tiempos que dijimos. Mas a esto repugna la naturaleza de los verbos, los cuales no pueden juntarse con dos acusativos substantivos, sin conjunción, salvo en pocos verbos de cierta significación; y aun en aquellos apenas puede sufrir el castellano dos acusativos, lo cual se haría en todos los verbos activos, como diciendo 'yo he amado los libros', 'tú has leído el Virgilio', 'alguno ha oído el Oracio'. Y por esta causa pusimos esta parte de la oración distinta de las otras, por la manera de significar que tiene muy distinta de ellas.

Capítulo decimoquinto, de la preposición

Preposición es una de las diez partes de la oración, la cual se pone delante de las otras por ayuntamiento o por composición. Como diciendo 'yo voy a casa', 'a' es preposición y ayúntase con casa; mas diciendo 'yo apruebo tus obras', 'a' compónese con este verbo 'pruebo', y hace con él un cuerpo de palabra. Y llámase preposición porque siempre se antepone a las otras partes de la oración. Los accidentes de la preposición son tres: figura, orden y caso; mas porque en la lengua castellana siempre

se prepone y nunca se pospone, no ponemos la orden por accidente de la preposición. Así que serán las figuras dos, así como en el nombre: sencilla, como 'dentro'; compuesta, como 'dedentro'. Los casos con que se ayuntan las preposiciones son dos: genitivo y acusativo. Las preposiciones que se ayuntan con genitivo son estas: ante, delante, allende, aquende, bajo, debajo, cerca, después, dentro, fuera, lejos, encima, hondón, derredor, tras; como diciendo: bajo de la iglesia, debajo del cielo, ante de mediodía, delante del rey, allende de la mar, aquende de los montes, cerca de la ciudad, después de mediodía, dentro de casa, fuera de la cámara, lejos de la ciudad, encima de la cabeza, hondón del polo segundo, derredor de mí, tras de ti. Pueden algunas de estas preposiciones juntarse con acusativo, como diciendo: ante el juez, delante el rey, allende la mar, aquende los montes, y así de las otras casi todas. Las preposiciones que se ayuntan con acusativo son: a, contra, entre, por, según, hasta, hacia, de, sin, con, en, so, para; como diciendo: a la plaza, contra los enemigos, entre todos, por la calle, según san Lucas, hasta la puerta, hacia la villa, de la casa, sin dineros, con alegría, en la mula, so el portal, para mi.

Pueden las preposiciones componerse unas con otras, como diciendo: acerca, de dentro, adefuera. Los latinos abundan en preposiciones por las cuales distinguen muchas maneras de significar; y porque nuestra lengua tiene pocas es forzado que confunda los significados. Como esta preposición 'cerca', a las veces significa cercanía de lugar, como 'yo moro cerca de la iglesia'; a las veces cercanía de afección y amor, como 'yo estoy bien quisto cerca de ti'; a las veces, cercanía de señorío, como 'yo tengo dineros cerca de mí'; pero el latín tiene preposiciones distintas, y por lo primero dice 'apud'; por lo segundo, 'erga'; por lo tercero, 'penes'; eso mismo esta preposición 'por', o significa causa, como 'por amor de ti'; o significa lugar por donde, como 'por el campo'; por lo primero dice 'propter', por lo segundo 'per', o significa en lugar, como diciendo: 'téngolo por padre', por decir 'en lugar de padre', y por esto dice 'pro'. Sirven, como dijimos, las preposiciones para demostrar la diversidad de la significación de los casos, como 'de', para demostrar cuya es alguna cosa, que es el segundo caso; 'a', para demostrar a quién aprovechamos o empecemos, que es el tercero caso; 'a', eso mismo, para demostrar el cuarto caso en los nombres propios, y aún algunas veces en los comunes. Hay algunas preposiciones que nunca se hallan sino en composición, y son estas: con, des, re, como 'concordar', 'desacordar', 'recordar'.

Capítulo decimosexto, del adverbio

Adverbio es una de las diez partes de la oración. La cual añadida al verbo hinche o mengua o muda la significación de aquel, como diciendo: bien lee, mal lee, no lee; bien hinche, mal mengua; 'no' muda la significación de este verbo 'lee'. Y llámase adverbio porque comúnmente se junta y arrima al verbo para determinar alguna cualidad en él, así como el nombre adjetivo determina alguna cualidad en el nombre substantivo. Los accidentes del adverbio son tres: especie, figura, significación. Las especies del adverbio son dos, así como en el nombre: primogénita, como: luego, más; derivada, como: bien, de bueno; mal, de malo. Las figuras son dos, como en el nombre: sencilla, como 'ayer'; compuesta, como 'antier', de 'ante' y 'ayer'. Las significaciones de los adverbios son diversas: de lugar, como 'aquí', 'ahí', 'allí'; de tiempo, como 'ayer', 'hoy', 'mañana'; para negar, como 'no', 'ni'; para afirmar, como 'sí'; para dudar, como 'quizá'; para demostrar, como 'he'; para llamar, como 'o', 'a', 'ahao'; para desear, como 'osi', 'ojalá'; para ordenar, como 'item', 'después'; para preguntar, como 'por qué'; para ayuntar, como 'ensemble'; para apartar, como 'aparte'; para jurar, como 'pardiós', 'ciertamente'; para despertar, como 'ea'; para disminuir, como 'a escondidillas'; para semejar, como 'así', 'así como'; para cantidad, como 'mucho', 'poco'; para calidad, como 'bien', 'mal'.

Otras muchas maneras hay de adverbios, que se dicen en el castellano por rodeo, como para contar: 'una vez', 'dos veces', 'muchas veces', por rodeo de dos nombres; otros muchos adverbios de calidad, por rodeo de algún nombre adjetivo y este nombre 'miente' o 'mente', que significa ánimo o voluntad; y así decimos 'de buena miente', y 'para mientes', y 'vino se le mientes'; y de aquí decimos muchos adverbios, como 'justamente', 'sabiamente', 'neciamente'; otros decimos por rodeo de esta preposición 'a' y de algún nombre, como 'apenas', 'aosadas', 'asabiendas', 'adrede'.

Y porque los adverbios de lugar tienen muchas diferencias, diremos aquí de ellos más distintamente: porque o son de lugar, o a lugar, o por lugar, o en lugar. De lugar preguntamos por este adverbio 'de

dónde', como ¿de dónde vienes?, y respondemos por estos adverbios: 'de aquí donde yo estoy', 'de ahí donde tú estás', 'de allí donde alguno está', de acullá, de dentro, de fuera, de arriba, de abajo, de donde quiera. A lugar preguntamos por este adverbio 'adonde', como ¿a dónde vas?, y respondemos por estos adverbios: acá adonde yo estoy, allá donde tú estás, por allí o por acullá donde está alguno, adentro, afuera, arriba, abajo, adonde quiera. Por lugar preguntamos por este adverbio 'por donde', como ¿por dónde vas?, y respondemos por estos adverbios: por aquí por donde yo estoy, por ahí por donde tú estás, por allí o por acullá por donde está alguno, por dentro, por fuera, por arriba, por abajo, por donde quiera. En lugar preguntamos por este adverbio 'dónde', como ¿dónde estás?, y respondemos por estos adverbios: aquí donde yo estoy, ahí donde tú estas, allí o acullá donde alguno está, dentro, fuera, arriba, debajo, donde quier.

Los latinos, como dijimos en otro lugar, pusieron la interjección por parte de la oración distinta de las otras; pero nosotros, a imitación de los griegos, contámosla con los adverbios. Así que será interjección una de las significaciones del adverbio, la cual significa alguna pasión del ánimo con voz indeterminada, como 'ai', del que se duele; 'hahaha', del que se rie; 'tat tat', del que vieda; y así de las otras particillas por las cuales demostramos alguna pasión del ánimo.

Capítulo xvii. De la conjunción

Conjunción es una de las diez partes de la oración: la cual aiunta et ordena alguna sentencia. como diziendo io et tú oímos o leemos. esta partecilla. et. aiunta estos dos pronombres. io. tú. esso mesmo esta partezilla. o. aiunta estos dos verbos. oímos. leemos. et llama se conjunción: porque aiunta entre sí diversas partes de la oración. Los accidentes de la conjunción son dos. figura et significación. Las figuras de la conjunción son dos assí como en el nombre. Sencilla como que. ende. Compuesta como porque. porende. Las significaciones de la conjunción son diversas. Unas para aiuntar palabras et sentencias. como diziendo el maestro lee. et el dicípulo oie. esta conjunción. et. aiunta estas dos cláusulas quanto a las palabras et quanto a las sentencias. Otras son para aiuntar las palabras et desaiuntar las sentencias. como diziendo el maestro o el dicípulo aprovechan. esta conjunción. o. aiunta estas dos palabras maestro dicípulo: mas desaiunta la sentencia: porque el uno aprovecha et el otro no. Otras son para dar causa como diziendo io te enseñe porque sé. porque. da causa delo que dixo en la primera cláusula. Otras son para concluir. como diziendo después de muchas razones. porende vos otros bivid castamente. Otras son para continuar como diziendo. io leo mientras tú oies. io leeré cuando tú quisieres. tú lo harás como io lo quisiere. Estas conjunciones. mientras. cuando. como. continúan las cláusulas de arriba con las de abaxo: et en esta manera todas las conjunciones se pueden llamar continuativas.

Libro cuarto, que es de sintaxis y orden de las diez partes de la oración

Capítulo primero, de los preceptos naturales de la gramática

En el libro pasado dijimos apartadamente de cada una de las diez partes de la oración, ahora en este libro cuarto diremos cómo estas diez partes se han de ayuntar y concertar entre sí. La cual consideración, como dijimos en el comienzo de aquesta obra, los griegos llamaron sintaxis, nosotros podemos decir orden o ayuntamiento de partes.

Así que la primera concordia y concierto es entre un nombre con otro, y es cuando el nombre que significa algún accidente, que los gramáticos llaman adjetivo, se ayunta con el nombre que significa substancia, que llamamos substantivo, porque ha de concertar con él en tres cosas: en género, en

número, en caso; como diciendo 'el hombre bueno', bueno es adjetivo del género masculino, porque hombre, que es su sustantivo, es del género masculino; bueno es del número singular, porque hombre es del número singular; bueno es del primero caso, porque hombre es del primero caso, y en esta manera se ayuntan los pronombres y participios con el nombre sustantivo como el nombre adjetivo. Aunque hay diferencia en la orden, porque los pronombres demostrativos quieren siempre ponerse delante los nombres que demuestran; los adjetivos, aunque algunas veces se ponen, su naturaleza es de se posponer. Otra diferencia hay entre 'mío', 'mi'; 'tuyo', 'tu'; 'suyo', 'su': que 'mi', 'tu', 'su' siempre se anteponen al nombre sustantivo con que se ayuntan; 'mío', 'tuyo', 'suyo' siempre se posponen, como diciendo: 'mi hombre', 'hombre mío'; 'mi mujer', 'mujer mía'; 'tu libro', 'libro tuyo'; 'su vestido, vestido suyo'.

La segunda concordia es del nominativo con el verbo, porque han de concertar en número y en persona, como diciendo 'yo amo', amo es del número singular, porque yo es del número singular; amo es de la primera persona porque yo es de la primera persona.

La tercera concordia es del relativo con el antecedente, porque han de concertar en género, número y persona, como diciendo 'yo amo a Dios, el cual a merced de mí', el cual es del género masculino, porque Dios es del género masculino; el cual es del número singular, porque Dios es del número singular; el cual es de la tercera persona porque Dios es de la tercera persona.

Este concierto de las partes de la oración entre sí es natural a todas las naciones que hablan, porque todos conciertan el adjetivo con el sustantivo, y el nominativo con el verbo, y el relativo con el antecedente. Mas así como aquestos preceptos son a todos naturales, así la otra orden y concordia de las partes de la oración es diversa en cada lenguaje, como diremos en el capítulo siguiente.

Capítulo segundo, de la orden de las partes de la oración

Entre algunas partes de la oración hay cierta orden casi natural y muy conforme a la razón, en la cual las cosas que por naturaleza son primeras o de mayor dignidad se han de anteponer a las siguientes y menos dignas. Y por esto dice Quintiliano que diremos de oriente a occidente, y no por el contrario de occidente a oriente, porque según orden natural primero es oriente que el occidente, y así diremos por consiguiente 'el cielo y la tierra', 'el día y la noche', 'la luz y las tinieblas', y no por el contrario 'la tierra y el cielo', 'la noche y el día', 'las tinieblas y la luz'; mas aunque esta perturbación de orden en alguna manera sea tolerable, y se pueda excusar algunas veces por autoridad, aquello en ninguna manera se puede sufrir: que la orden natural de las personas se perturbe, como se hace comúnmente en nuestra lengua, que siguiendo una vana cortesía dicen 'el rey y tú y yo venimos', en lugar de decir 'yo y tú y el rey venimos'. Porque aquello en ninguna lengua puesta en artificio y razón se puede sufrir, que tal confusión de personas se haga. Y mucho menos lo que está en el uso, que hablando con uno usamos del número de muchos, diciendo 'vos venistes', por decir 'tú veniste', porque, como dice Donato en su Barbarismo, este es vicio no tolerable, el cual los griegos llaman solecismo, del cual trataremos abajo en su lugar; cuanto más que los que usan de tal asteísmo o cortesía no hacen lo que quieren, porque menor cortesía es dar a muchos lo que se hace, que a uno solo, y por esta causa hablando con Dios siempre usamos del número de uno, y aun veo que en los razonamientos antiguos que se enderezan a los reyes, nunca está en uso en número de muchos. Y aun más intolerable vicio sería diciendo "vos sois bueno", porque peca contra los preceptos naturales de la gramática, porque el adjetivo bueno no concuerda con el sustantivo vos, a lo menos en número. Y mucho menos tolerable sería si dijese "vuestra merced es bueno", porque no concuerdan en género el adjetivo con el sustantivo; pero a la fin, como dice Aristóteles, habemos de hablar como los más y sentir como los menos.

Capítulo tercero, de la construcción de los verbos después de sí

Síguese del caso con que se ayuntan los verbos después de sí, para lo cual primero habemos de saber que los verbos o son personales o impersonales; personales verbos son aquellos que tienen distintos números y personas, como 'amo, amas, ama, amamos, amáis, aman'; impersonales verbos son aquellos que no tienen distintos números y personas, como 'pésame, pésate, pésale, pésanos, pésavos, pésales'.

Los verbos personales o pasan en otra cosa o no pasan; los que pasan en otra cosa llámense transitivos, como diciendo 'yo amo a Dios', 'amo' es verbo transitivo porque su significación pasa en 'Dios'; los que no pasan en otra cosa llámense absolutos, como diciendo 'yo vivo', vivo es verbo absoluto, porque su significación no pasa en otra cosa.

Los que pasan en otra cosa, o pasan en el segundo caso, cuales son estos: Recuérdome de ti; Olvídome de Dios; Maravíllome de tus obras; Gózome de tus cosas; Carezco de libros; Uso de los bienes.

Otros pasan en dativo, cuales son estos: Obedezco a la iglesia; Sirvo a Dios; Empezco a los enemigos; Agrado a los amigos.

Otros pasan en acusativo, cuales son estos: Amo las virtudes; Aborrezco los vicios; Ensalzo la justicia; Oigo la gramática.

Otros verbos, allende del acusativo, demandan genitivo, cuales son estos: Hincho la casa de vino; Vacío la panera de trigo; He compasión de ti.

Otros verbos, allende del acusativo, demandan dativo, cuales son estos: Enseño la gramática al niño; Leo el Virgilio al discípulo; Escribo las letras a mi amigo; Doy los libros a todos.

Los que no pasan en otra cosa comúnmente hacen retorno con estos pronombres: me, te, se, nos, vos, se, como diciendo: Vóyme, vaste, vase; Ándome, ándaste, ándase; Calíentome, calíentaste, calíentase; Asiéntome, asiéntaste, asiéntase; Levántome, levántaste, levántase. De manera que esta es la mayor señal para distinguir los verbos absolutos de los transitivos: que los transitivos no reciben 'me', 'te', 'se', especialmente los que pasan en acusativo; los absolutos comúnmente las reciben. Pero si los transitivos no pasan en acusativo, porque ya son absolutos, pueden juntarse con 'me', 'te', 'se', como diciendo 'yo siento el dolor', 'siento' es verbo transitivo, mas diciendo 'yo me siento', 'siento' es verbo absoluto, y así 'yo ando el camino, yo me ando', 'yo vuelvo los ojos, yo me vuelvo'.

Los verbos impersonales todos son semejantes a las terceras personas del singular de los verbos personales, haciendo reciprocación sobre sí con este pronombre 'se', como diciendo 'córrese', 'éstase', 'vívase'. Pero hay otros verbos impersonales que no reciben este pronombre 'se', y constrúyense con los otros verbos en el infinitivo, como: Pláceme leer; Pésame escribir; Acontéceme oír; Conviéneme dormir; Agrádame enseñar; Embástiame comer; Desagrádame vivir; Desplázeme beber; Pertenéceme correr; Conténtame pasear; Cáleme huir.

'Antójaseme' pareció semejante a estos verbos sino que recibió este pronombre 'se', como aquellos que arriba dijimos.

Capítulo cuarto, de la construcción de los nombres después de sí

Todos los nombres substantivos de cualquier caso pueden regir genitivo, que significa cuya es aquella cosa, como diciendo: 'el siervo de Dios', 'del siervo de Dios', 'al siervo de Dios', 'el siervo de Dios', 'oh siervo de Dios'. Mas esto se entiende cuando el substativo que ha de regir el genitivo es común o apelativo, porque si es propio no se puede con él ordenar, salvo si se entendiese allí algún nombre común, como diciendo 'Isabel la de Pedro', entendemos madre o mujer, o hija, o sierva, y así 'María la de Santiago', entendemos madre; 'Pedro de Juan', entendemos hijo; 'Eusebio de Pánfilo', entendemos amigo, y esta es la significación general del genitivo, pero tiene otras muchas maneras de significar, que en alguna manera se puede reducir a aquella, como diciendo 'anillo de oro', 'pañó de ducado'.

Mas aquí no quiero disimular el error que se comete en nuestra lengua, y de allí pasó a la latina, diciendo: 'mes de enero'; 'día del martes'; 'hora de terciá'; 'ciudad de Sevilla'; 'villa de Medina'; 'río de Duero'; 'isla de Cález', porque el mes no es de enero, sino él mismo es enero; ni el día es de martes, sino

él es martes; ni la hora es de tercia, sino ella es tercia; ni la ciudad es de Sevilla, sino ella es Sevilla; ni la villa es de Medina, sino ella es Medina; ni el río es de Duero, sino él mismo es Duero; ni la isla es de Cádiz, sino ella misma es Cádiz. De donde se sigue que no es anfibología aquello en que solemos burlar en nuestra lengua diciendo: 'el asno de Sancho'; porque a la verdad no quiere ni puede decir que Sancho es asno, sino que el asno es de Sancho.

Hay eso mismo algunos nombres adjetivos de cierta significación que se pueden ordenar con los genitivos de los nombres substantivos, cuales son estos: 'entero de vida'; 'limpio de pecados'; 'pródigo de dineros'; 'escaso de tiempo'; 'avariento de libros'; 'dudoso del camino'; 'codicioso de honra'; 'deseoso de justicia'; 'manso de corazón'.

Hay otros nombres adjetivos que se ayuntan con dativos de substantivos, como: 'enojoso a los buenos'; 'triste a los virtuosos'; 'amargo a los extraños'; 'dulce a los suyos'; 'tratable a los amigos'; 'manso a los sujetos'; 'cruel a los rebeldes'; 'franco a los servidores'. Hay otros nombres adjetivos que se pueden ayuntar con genitivo y dativo de los nombres substantivos, cuales son estos: 'cercano de Pedro, y a Pedro'; 'vecino de Juan, y a Juan'; 'allegado a Antonio, y de Antonio'; 'semejante de su padre, y a su padre'. Aunque los latinos en este nombre hacen diferencia: porque 'semejante de su padre' es cuanto a las costumbres y cosas del ánimo; 'semejante a su padre' es cuanto a los lineamentos y trazos de los miembros del cuerpo. Puédese ayuntar el nombre adjetivo con acusativo del nombre substantivo, no propia, mas figuradamente, como diciendo: 'yo compré un negro, crespo los cabellos, blanco los dientes, hinchado los bezos'. Esta figura los gramáticos llaman sinécdoque, de la cual y de todas las otras diremos de aquí adelante.

Capítulo quinto, del barbarismo y solecismo

Todo el negocio de la Gramática, como arriba dijimos, o está en cada una de las partes de la oración, considerando de ellas apartadamente, o está en la orden y juntura de ellas. Si en alguna palabra no se comete vicio alguno, llámase lexis, que quiere decir perfecta dicción; si en la palabra se comete vicio que no se pueda sufrir, llámase barbarismo; si se comete pecado que por alguna razón se puede excusar, llámase metaplasmo. Eso mismo, si en el ayuntamiento de las partes de la oración no hay vicio alguno, llámase phrasis, que quiere decir perfecta habla; si se comete vicio intolerable, llámase solecismo; si hay vicio que por alguna razón se puede excusar, llámase schema. Así que entre barbarismo y lexis está metaplasmo; entre solecismo y phrasis está schema.

Barbarismo es vicio no tolerable en una parte de la oración, y llámase barbarismo porque los griegos llamaron bárbaros a todos los otros sacando a sí mismos, a cuya semejanza los latinos llamaron bárbaros a todas las otras naciones sacando a sí mismos y a los griegos. Y porque los peregrinos y extranjeros, que ellos llamaron bárbaros, corrompían su lengua cuando querían hablar en ella, llamaron barbarismo aquel vicio que cometían en una palabra. Nosotros podemos llamar bárbaros a todos los peregrinos de nuestra lengua sacando a los griegos y latinos, y a los mismos de nuestra lengua llamaremos bárbaros si cometen algún vicio en la lengua castellana. El barbarismo se comete o en escritura o en pronunciación, añadiendo o quitando o mudando o trasportando alguna letra o sílaba o acento en alguna palabra, como diciendo: "Peidro por Pedro", añadiendo esta letra "i"; "Pero por Pedro", quitando esta letra "d"; "Petro por Pedro", mudando la "d" en "t"; "Perdo por Pedro", trastrocada la "d" con la "r"; "Pedró", el acento agudo, por "Pedro", el acento grave en la última sílaba.

Solecismo es vicio que se comete en la juntura y orden de las partes de la oración contra los preceptos y reglas del Arte de la Gramática, como diciendo: "el hombre buena corres", buena descuerda con hombre en género, y corres con hombre en persona. Y llámase solecismo, de Solos, ciudad de Cilicia, la cual pobló Solón, uno de los siete sabios, que dió las leyes a los de Atenas, con los cuales, mezclándose otras naciones peregrinas, comenzaron a corromper la lengua griega, y de allí se llamó solecismo aquella corrupción de la lengua que se comete en la juntura de las partes de la oración. Asinio Polion, muy sutil juez de la lengua latina, llamólo imparilidad; otros, sribiligo, que en nuestra lengua quiere decir torcedura de la habla derecha y natural.

Capítulo sexto, del metaplasmo

Así como el barbarismo es vicio no tolerable en una parte de la oración, así el metaplasmo es mudanza de la acostumbrada manera de hablar en alguna palabra, que por alguna razón se puede sufrir. Y llámase en griego metaplasmo, que en nuestra lengua quiere decir transformación, porque se trasmuda alguna palabra de lo propio a lo figurado, y tiene catorce especies:

Prótesis, que es vicio cuando se añade alguna letra o sílaba en el comienzo de la dicción, como en todas las palabras que la lengua latina comienza en "s" con otra consonante, vueltas en nuestra lengua reciben esta letra "e" en el comienzo, así como "scribo", escribo; "spacium", espacio; "stamen", estambre; y llámase prótesis en griego, que quiere decir en nuestra lengua apostura.

Aféresis es cuando del comienzo de la palabra se quita alguna letra o sílaba, como quien dijese "es namorado", quitando del principio la "e", por decir "enamorado", y llámase aféresis en griego, que quiere decir cortamiento.

Epéntesis es cuando en medio de alguna dicción se añade letra o sílaba, como en esta palabra "redargüir", que se compone de "re" y "argüir", entrepónese la "d" por esta figura; y llámase epéntesis, que quiere decir entreposición.

Síncopa es cuando de medio de la palabra se corta alguna letra o sílaba, como diciendo "cornado" por "coronado", y llámase síncopa, que quiere decir cortamiento de medio.

Paragoge es cuando en fin de alguna palabra se añade letra o sílaba, como diciendo: "Morir se quiere Alejandro de dolor de corazone", por decir "corazón", y llámase paragoge, que quiere decir adición o añadimiento.

Apócopa es cuando del fin de la dicción se corta letra o sílaba, como diciendo "hidalgo" por "hijo dalgo", y Juan de Mena dijo: "Do fue bautizado el Fi de María", por "Hijo de María", y llámase apócopa, que quiere decir cortamiento del fin.

Éctasis es cuando la sílaba breve se hace larga, como Juan de Mena: "Con toda la otra mundana maquina", puso "maquina", la penúltima larga, por "máquina", la penúltima breve, y llámase éctasis, que quiere decir extendimiento de sílaba.

Sístole es cuando la sílaba larga se hace breve, como Juan de Mena: "Colgar de agudas escarpias, y bañarse las tres Arpias", por decir "Arpiás", la penúltima aguda, y llámase sístole en griego, que quiere decir acortamiento.

Diéresis es cuando una sílaba se parte en dos sílabas, como Juan de Mena: "Bellígero Mares, tú sufre que cante", por decir "Mars", y llámase diéresis, que quiere decir apartamiento.

Sinéresis es cuando dos sílabas o vocales se cogen en una, como Juan de Mena: "Estados de gentes que giras y trocas", por "truecas", y llámase sinéresis, que quiere decir congregación o ayuntamiento.

Sinalefa es cuando alguna palabra acaba en vocal y se sigue otra que comience eso mismo en vocal, echamos fuera la primera de ellas, como Juan de Mena: "Paró nuestra vida ufana", por "vidufana", y llámase sinalefa, que quiere decir apretamiento de letras.

Enclisis es cuando alguna palabra acaba en consonante, y se sigue otra palabra que comience en letra que haga fealdad en la pronunciación, y echamos fuera aquella consonante, como diciendo "sutil ladrón", no suena la primera "l", y llámase enclisis, que quiere decir escolamiento.

Antítesis es cuando una letra se pone por otra, como diciendo "yo gelo dije", por decir "yo se lo dije", y llámase antítesis, que quiere decir postura de una letra por otra.

Metátesis es cuando se trasportan las letras, como los que hablan en girigonza, diciendo por "Pedro vino", "drepo vino", y llámase metátesis, que quiere decir trasportación.

Capítulo séptimo, de las otras figuras

Solecismo, como dijimos, es vicio incomportable en la juntura de las partes de la oración, pero tal que se puede excusar por alguna razón, como por necesidad de verbo o por otra causa alguna, y entonces llámase figura, la cual, como decíamos, es media entre phrasis y solecismo. Así que están las figuras, o en la construcción, o en la palabra, o en la sentencia; las cuales son tantas que no se podrían contar. Mas diremos de algunas de ellas, especialmente de las que más están en uso.

Prolepsis es cuando alguna generalidad se parte en partes, como diciendo "salieron los reyes, uno de la ciudad y otro del real", y llámase prolepsis, que quiere decir anticipación.

Zeugma es cuando debajo de un verbo se cierran muchas cláusulas, como diciendo "Pedro, y Martín, y Antonio lee", por decir "Pedro lee, y Martín lee, y Antonio lee", y llámase zeugma, que quiere decir conjunción.

Hypozeusis es cuando, por el contrario de zeugma, damos diversos verbos a cada cláusula, con una persona misma, como diciendo "César vino a España, y venció a Afranio, y tornó contra Pompeyo", y llámase hypozeusis, que quiere decir ayuntamiento debajo.

Silepsis es cuando con un verbo o nombre adjetivo cogemos cláusulas de diversos números, o nombres substantivos de diversos géneros, o nombres y pronombres de diversas personas, como diciendo "el caballo y los hombres corren"; "el hombre y la mujer buenos"; "yo y tú y Antonio leemos", y llámase silepsis, que quiere decir concepción.

Aposición es cuando un nombre substantivo se añade a otro substantivo sin conjunción alguna, como diciendo "yo estuve en Toledo, ciudad de España", y llámase aposición, que quiere decir postura de una cosa a otra o sobre otra.

Síntesis es cuando el nombre del singular que significa muchedumbre, se ordena con el verbo del plural, o muchos nombres del singular ayuntados por conjunción, se ayuntan eso mismo con verbo del plural, como diciendo "de los hombres, parte leen y parte oyen", o diciendo "Marcos y Lucas escribieron Evangelio", y llámase esta figura síntesis, la cual en latín se dice composición.

Antíptosis es cuando un caso se pone por otro, como diciendo "del hombre que hablábamos viene ahora", por decir "el hombre de que hablábamos", y llámase antíptosis, quiere decir caso por caso.

Sinédoque es cuando lo que es de la parte se da al todo, como diciendo "el guineo, blanco los dientes, se enfría los pies", y llámase sinédoque, que quiere decir entendimiento, según Tulio la interpreta, porque entendemos allí alguna cosa.

Acirología es cuando alguna dicción se pone impropriadamente de lo que significa, como si dijésemos "espero daños", por decir "temo", porque propriadamente esperanza es del bien venidero, como temor del mal, y llámase acirología, que quiere decir impropiedad.

Cacóphaton, que otros llaman cacémphaton, es cuando del fin de una palabra y del comienzo de otra se hace alguna fea sentencia, o cuando alguna palabra puede significar cosa torpe, como en aquel cantar

en que burlaron los nuestros antiguos: "¿Qué haces, Pedro?..."; o si alguno dijese "pijar" por mear, y llámase cacóphaton, que es mal son.

Pleonasmo es cuando en la oración se añade alguna palabra del todo superflua, como en aquel romance: "De los sus ojos llorando, y de la su boca diciendo", porque ninguno llora sino con los ojos, ni habla sino con la boca, y por eso "ojos" y "boca" son palabras del todo ociosas, y llámase pleonasmo, que quiere decir superfluidad de palabras.

Perisología es cuando añadimos cláusulas demasiadas sin ninguna fuerza de sentencia, como Juan de Mena: "Y arder y ser ardido, A Jason con el marido", porque tanto vale arder como ser ardido, y llámase perisología, que quiere decir rodeo y superfluidad de razones.

Macrología es cuando se dice alguna luenga sentencia, que comprehende muchas razones no mucho necesarias, como diciendo: "después de idos los embajadores fueron a Cartago, de donde, no alcanzada la paz, tornáronse a donde habían partido", porque harto era decir "los embajadores fueron a Cartago, y no impetrada la paz, tornáronse", y llámase macrología, que quiere decir luengo rodeo de razones y palabras.

Tautología es cuando una misma palabra se repite, como diciendo "yo mismo me voy por el camino", porque tanto vale como "yo voy por el camino", y llámase tautología, que quiere decir repetición de la misma palabra.

Eclipsi es defecto de alguna palabra necesaria para hinchar la sentencia, como diciendo "buenos días", falta el verbo que allí se puede entender y suplir, el cual es "hayáis", o "vos dé Dios"; eso mismo se comete eclipsi y falta el verbo en todos los sobre escritos de las cartas mensajeras, donde se entiende "sean dadas"; también falta el verbo en la primera copla del Laberinto de Juan de Mena, que comienza: "Al muy prepotente don Juan el segundo, A él las rodillas hincadas por suelo", entiéndese este verbo "sean", y llámase eclipsi, que quiere decir desfallecimiento.

Tapinosis es cuando menos decimos y más entendemos, como cuando de dos negaciones inferimos una afirmación, diciendo "es hombre no injusto" por "hombre muy justo", y Juan de Mena: "Ya, pues, si debe en este gran lago, Guiarse la flota por dicho del sage", porque lago es poca agua, y pónese por la mar, por esta figura, aunque hácese tolerable la tapinosis por aquel nombre adjetivo que añadió, diciendo "gran lago", como Virgilio en el primero de la Eneida escribió "in gurgite vasto"; nuestra lengua en esto peca mucho, poniendo dos negaciones por una, como si dijésemos "no quiero nada", dices a la verdad que quieres algo, y llámase tapinosis, que quiere decir abatimiento.

Cacosyntheton es cuando hacemos dura composición, como Juan de Mena: "A la moderna volviendo me rueda", porque la buena orden es "volviéndome a la rueda moderna"; en esto erró mucho don Enrique de Villena, no sólo en la interpretación de Virgilio, donde mucho usó de esta figura, mas aun en otros lugares donde no tuvo tal necesidad, como en algunas cartas mensajeras, diciendo: "Una vuestra recibí letra", porque, aunque el griego y latín sufra tal composición, el castellano no la puede sufrir, no más que lo que dijo en el segundo de la Eneida: "Pues levántate, caro padre, y sobre míos cabalga hombros", y llámase cacosyntheton, que quiere decir mala composición.

Anfibología es cuando por unas mismas palabras se dicen diversas sentencias, como aquel que dijo en su testamento: "Yo mando que mi heredero dé a fulano diez tazas de plata, cuales él quisiere", era duda si las tazas habían de ser las que quisiere el heredero o el legatario, y llámase esta figura anfibología o anfibolia, que quiere decir duda de palabras.

Anadiplosis es cuando en la misma palabra que acaba el verso precedente comienza el siguiente, la cual figura nuestros poetas llaman deja prenda, como Alonso de Velasco: "Pues este vuestro amador, Amador vuestro se da, Amor que pone dolor, Dolor que nunca se va.", y llámase anadiplosis, que quiere decir redobladura.

Anáfora es cuando comenzamos muchos versos en una misma palabra, como Juan de Mena: "Aquel con quien Júpiter tuvo tal celo, Aquel con fortunas bien afortunado, Aquel en quien cabe virtud y reinado", y llámase anáfora, que quiere decir repetición de palabra.

Epanalepsis es cuando en la misma palabra que comienza algún verso en aquella acaba, como Juan de Mena: "Amores me dieron corona de amores", y llámase epanalepsis, que quiere decir tomamiento de un lugar para otro.

Epizeusis es cuando una misma palabra se repite sin medio alguno en un mismo verso, como Juan de Mena: "Ven, ven, venida de vira", y llámase epizeusis, que quiere decir subjunción.

Paronomasia es cuando un nombre se hace de otro en diversa significación, como diciendo: "no es orador, sino arador", y llámase paronomasia, que quiere decir denominación.

Schesisonómaton es cuando muchos nombres con sus adjetivos se ayuntan en la oración, como diciendo: "niño mudable, mozo goloso, viejo desvariado", y llámase schesisonómaton, que quiere decir confusión de nombres.

Parómeon es cuando muchas palabras comienzan en una misma letra, como Juan de Mena: "Ven, ven, venida de vira", y llámase parómeon, que quiere decir semejante comienzo.

Homeotéleuton es cuando muchas palabras acaban en semejante manera, no por declinación; como Juan de Mena: "Canta tú, cristiana musa, La más que civil batalla, Que entre voluntad se halla, E razón que nos acusa", y llámase homeotéleuton, que quiere decir semejante deho.

Homeóptoton es cuando muchas palabras acaban en una manera por declinación, como en la misma obra el mismo autor: "Del cual en forma de toro, Crinado de hebras de oro", y llámase homeóptoton, que quiere decir semejante caída.

Polyptoton es cuando muchos casos distintos por diversidad se ayuntan, como diciendo: "hombre de hombres", "amigo de amigos", "pariente de parientes", y llámase polyptoton, que quiere decir muchedumbre de casos.

Hyrmos es cuando se continúa algún largo razonamiento hasta el cabo, como en aquella copla: "Al muy prepotente don Juan el segundo", va suspensa la sentencia hasta el último verso de la copla, y llámase hyrmos, que quiere decir extendimiento.

Polysyntheton es cuando muchas palabras o cláusulas se ayuntan por conjunción, como diciendo: "Pedro, y Juan, y Antonio, y Martín leen", o "Pedro ama y Juan es amado, y Antonio oye, y Martín lee", y llámase polysyntheton, que quiere decir composición de muchos.

Diályton es cuando muchas palabras o cláusulas se ayuntan sin conjunción, como Juan de Mena: "Tus casos falaces, Fortuna, cantamos, Estados de gentes que giras y trocas, Tus muchas falacias, tus firmezas pocas", y llámase diályton, que quiere decir disolución; aunque Tulio, en los Retóricos, hace diferencia entre disolución y artículo, que disolución se dice cuando muchas cláusulas se ponen sin conjunción, y artículo cuando muchos nombres se ponen sin ella.

Metáphora es cuando por alguna propiedad semejante hacemos mudanza de una cosa a otra, como diciendo: "es un león", "es un Alexandre", "es un acero", por decir fuerte y recio; y llámase metáphora, que quiere decir transformación de una cosa a otra.

Catáchresis es cuando tomamos prestada la significación de alguna palabra, para decir algo que propiamente no se podría decir, como si dijésemos que el que mató a su padre es "omiziano", porque

"omiziano" es propiamente el que mató hombre, pero no tenemos palabra propia por matador de padre, y tomamos la común; y llámase catáchresis, que quiere decir abusión.

Metonymia es cuando ponemos el instrumento por la cosa que con él se hace, o la materia por la que se hace de ella, como Juan de Mena: "De hechos pasados codicia mi pluma", por decir "mi verso", y así decimos que alguno "murió a hierro", por "murió a cuchillo"; y llámase metonymia, que quiere decir transnominación.

Antonomasia es cuando ponemos algún nombre común por el propio, y esto por alguna excelencia que se halla en el propio más que en todos los de aquella especie, como diciendo "el Apostol", entendemos Pablo; "el Poeta", entendemos Virgilio, y Juan de Mena: "con los dos hijos de Leda", entendemos Castor y Polus; y llámase antonomasia, que quiere decir postura de nombre por nombre.

Epítheton es cuando al nombre propio añadimos algún adjetivo que significa alabanza o denuesto, como Juan de Mena: "A la viuda Penélope, Al perverso de Sinón"; y llámase epítheton, que quiere decir postura debajo del nombre.

Onomatopeia es cuando fingimos algún nombre del son que tiene alguna cosa, como Enio poeta llamó "taratantara" al son de las trompetas, y nosotros "bombarda" del son que hace cuando deslata; y llámase onomatopeia, que quiere decir fingimiento del nombre.

Períphrasis es cuando decimos alguna cosa por rodeo para más la amplificar, como Juan de Mena: "Después que el pintor del mundo paró nuestra vida ufana", por decir "el verano nos alegró"; y llámase períphrasis, que quiere decir circumlocución.

Anastrophia es cuando trasportamos solamente las palabras, como si dijésemos con don Enrique de Villena: "Unas vuestras recibí letras"; y llámase anastrophia, que quiere decir tornamiento atrás.

Parénthesis es cuando en alguna sentencia entreponemos palabras, como diciendo: "Sola la virtud, según dicen los estoicos, hace al hombre bueno y bienaventurado", entrepónese aquí "según dicen los estoicos"; y llámase parénthesis, que quiere decir entreposición.

Temesis es cuando en medio de alguna palabra entreponemos otra, como si dijese: "E los siete mira triones", por decir "mira los septentriones"; y llámase temesis, que quiere decir cortamiento de palabra.

Synchesis es cuando confundimos por todas partes las palabras con la sentencia, como si por decir "A ti mujer vimos del gran Mauseolo", dijésemos: "del gran Mauseolo a ti vimos mujer"; y llámase synchesis, que quiere decir confusión.

Hypérbole es cuando por acrecentar o menguar alguna cosa decimos algo que traspasa de la verdad, como si dijese: "daba voces que llegaban al cielo"; y llámase hypérbole, que quiere decir transcendimiento.

Alegoría es cuando una cosa decimos y otra entendemos, como aquello del Apóstol, donde dice que "Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre"; y llámase alegoría, que quiere decir ajena significación, y tiene estas siete especies:

Hironía es cuando por el contrario decimos lo que queremos ayudándolo con el gesto y pronunciación, como diciendo de alguno que hace desdones: ¡Mira qué donoso hombre!; o del mozo que se tardó, cuando viene: ¡Señor, en hora buena vengáis!, y llámase hironía, que quiere decir disimulación.

Antiphrasis es cuando en una palabra decimos lo contrario de lo que sentimos, como Juan de Mena: "Por un luco envejecido, Do nunca pensé salir", "luco" puso por bosque oscuro, aunque por derivación viene de "luceo, luces", por lucir; y llámase antiphrasis, que quiere decir contraria habla.

Enigma es cuando decimos alguna sentencia oscura por oscura semejanza de cosas, como el que dijo: "La madre puede nacer, De la hija ya difunta", por decir que del agua se engendra la nieve, y después, en torno de la nieve el agua; en esta figura juegan mucho nuestros poetas, y las mujeres y niños, diciendo: "¿Qué es cosa y cosa?"; y llámase enigma, que quiere decir oscura pregunta.

Cálepos es cuando cogemos alguna sentencia de sílabas y palabras que con mucha dificultad se pueden pronunciar; en este género de decir manda Quintiliano que se ejerciten los niños, porque después, cuando grandes, no haya cosa tan difícil que no la pronuncien sin alguna ofensión; tal es aquello en que solemos burlar: "Cabrón pardo paca en prado, Pardiós, pardas barbas ha".

Carientismos es cuando lo que se diría duramente decimos por otra manera más grata, como al que pregunta cómo estamos, habíamos de responder "bien o mal", y respondemos "a vuestro servicio", y llámase carientismos, que quiere decir graciosidad.

Libro quinto. De las introducciones de la lengua castellana para los que de estraña lengua querrán deprender

Prólogo al libro quinto

Como diximos en el prólogo desta obra: para tres géneros de ombres se compuso el Arte del Castellano. Primera mente para los que quieren reduzir en artificio e razón la lengua que por luengo uso desde niños deprendieron. Después para aquellos que por la lengua castellana querrán venir al conocimiento de la latina: lo cual pueden más ligera mente hazer: si una vez supieren el artificio sobre la lengua que ellos sienten. I para estos tales se escribieron los quatro libros passados. en los cuales siguiendo la orden natural de la grammática: tratamos primero de la letra e sílaba: después de las diciones e orden de las partes de la oración. Agora en este libro quinto siguiendo la orden de la doctrina daremos introducciones de la lengua castellana para el tercero género de ombres: los cuales de alguna lengua peregrina querrán venir al conocimiento de la nuestra. I por que como dize Quintiliano los niños an de començar el artificio de la lengua: por la declinación del nombre e del verbo: pareció nos después de un breve y confuso conocimiento de las letras e sílabas e partes de la oración: poner ciertos nombres e verbos por proporción y semejança de los cuales todos los otros que caen debaxo de regla se pueden declinar. Lo cual esso mesmo hezimos por exemplo de los que escribieron los primeros rudimentos e principios de la gramática griega e latina. Assí que primero pusimos la declinación del nombre: ala cual aiuntamos la del pronombre: e después la del verbo con sus formaciones e irregularidades.

Capítulo primero. de las letras. sílabas e diciones

Las figuras de las letras que la lengua castellana tomó prestadas del latín para representar veinte e seis pronunciaciones que tiene: son aquestas veinte e tres. a. b. c. d. e. f. g. h. i. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. x. y. z. Destas por sí mismas nos sirven doze. a. b. d. e. f. m. o. p. r. s. t. z. Por sí mismas e por otras seis. c. g. i. l. n. u. Por otras e no por sí mismas estas cinco. h. k. q. x. y. Las xxvj pronunciaciones de la lengua castellana se representan e escriben assí. a. b. c. ç. ch. d. e. f. g. h. i. j. l. ll. m. n. gn. o. p. r. s. t. v. u. x. z. Las letras que ningún uso tienen en el castellano son estas. k. q. y griega. De aquellas veinte e

seis pronunciaciones las cinco son vocales: a. e. i. o. u. llamadas así por que suenan por sí mismas. todas las otras son consonantes por que no pueden sonar sin herir alguna de las vocales.

Los diphthongos de la lengua castellana que se componen de dos vocales son doze: ai. au. ei. eu. ia. ie. io. iu. oi. ua. ue. ui. como en estas palabras: fraile. causa. pleito. deudo. iusticia. miedo. precio. ciudad. oi. agua. cuerpo. cuidado. Los diphthongos compuestos de tres vocales son estos cinco: iai. como desmaíais. iei. como desmaíéis. iue. como hoiuelo. uai. como guai: uei, como buei.

De las letras se componen las sílabas: como de. a. n. an. De las sílabas se compone la palabra. como de an. to. nio. antonio. De las palabras se compone la oración. como 'Antonio escribe el libro'. Las partes de la oración en el castellano son diez: nombre. como ombre. dios. grammática. pronombre como io. tú. aquel. artículo como el. la. lo. cuando se anteponen a los nombres para demostrar de qué género son. Verbo como amo. leo. oio. Participio como amado. leído. oído. gerundio como amando. leyendo. oiendo. nombre infinito como amado. leído. oído. cuando se aiunta con este verbo. e. as. uve. preposición como a. de. con. adverbio como aquí. allí. aier. conjunción como i. o. ni.

Capítulo segundo, de la declinación del nombre

Las declinaciones del nombre son tres: la primera, de los que acaban el número de uno en 'a', y envían el número de muchos en 'as', como 'la tierra, las tierras'; la segunda, de los que acaban el número de uno en 'o', y envían el número de muchos en 'os', como 'el cielo, los cielos'; la tercera, de los que acaban el número de uno en 'd, e, i, l, n, r, s, x, z', y envían el número de muchos en 's', como 'la ciudad, las ciudades; el hombre, los hombres; el rey, los reyes; el animal, los animales; el pan, los panes; el señor, los señores; el compás, los compases; el reloj, los relojes; la paz, las paces'. Ninguna de las otras letras puede ser final en palabra castellana. Los casos de nombre son cinco: el primero, por el cual las cosas se nombran, o hacen y padecen, el cual los latinos llaman nominativo; el segundo, por el cual decimos cuya es alguna cosa, el cual los gramáticos llaman genitivo; el tercero, en el cual ponemos a quien se sigue daño o provecho, el cual los latinos llaman dativo; el cuarto, en el cual ponemos lo que padece, el cual los latinos llaman acusativo; el quinto, por el cual llamamos alguna cosa, a éste los latinos llaman vocativo. El primero caso se pone con solo el artículo del nombre, como 'el hombre'; el segundo se pone con esta preposición 'de' y el mismo artículo, como 'del hombre'; el tercero se pone con esta preposición 'a' y el mismo artículo, como 'a el hombre'; el cuarto se pone con esta preposición 'a' o con solo el artículo, como 'a el hombre' o 'el hombre'; el quinto se pone con este adverbio 'oh' sin artículo alguno, como '¡oh hombre!'. Los artículos del nombre son tres: 'el' para los machos, como 'el hombre, el cielo'; 'la' para las hembras, como 'la mujer, la tierra'; 'lo' para los neutros, como 'lo justo, lo fuerte'. Los números del nombre son dos: singular, que habla de uno, como 'el cielo'; plural, que habla de muchos, como 'los cielos'.

Primera declinación		
	En el número de uno	En el número de muchos
primero caso	la tierra	las tierras
segundo	de la tierra	de las tierras
tercero	a la tierra	a las tierras
cuarto	la tierra o a la tierra	las tierras o a las tierras
quinto	oh tierra	oh tierras
Segunda declinación		
	En el número de uno	En el número de muchos

primero caso	el cielo	los cielos
segundo	del cielo	de los cielos
tercero	al cielo	a los cielos
cuarto	el cielo o al cielo	los cielos o a los cielos
quinto	o cielo	o cielos

Tercera declinación

	En el número de uno	En el número de muchos
primero caso	la ciudad	las ciudades
segundo	de la ciudad	de las ciudades
tercero	a la ciudad	a las ciudades
cuarto	la ciudad o a la ciudad	las ciudades o a las ciudades
quinto	o ciudad	o ciudades

Adjetivo de la primera y segunda

	En el número de uno	En el número de muchos
primero caso	el bueno, la buena, lo bueno	los buenos, las buenas
segundo	del bueno, de la buena, de lo bueno	de los buenos, de las buenas
tercero	al bueno, a la buena, a lo bueno	a los buenos, a las buenas
cuarto	el bueno, la buena, lo bueno	los buenos, las buenas
quinto	o bueno, o buena, o bueno	o buenos, o buenas

Adjetivo de la tercera

	En el número de uno	En el número de muchos
primero caso	el fuerte, la fuerte, lo fuerte	los fuertes, las fuertes
segundo	del fuerte, de la fuerte, de lo fuerte	de los fuertes, de las fuertes
tercero	al fuerte, a la fuerte, a lo fuerte	a los fuertes, a las fuertes
cuarto	el fuerte, la fuerte, lo fuerte	los fuertes, las fuertes
quinto	o fuerte	o fuertes

Relativo

	En el número de uno	En el número de muchos
primero caso	¿quién?, el que, la que, lo que, ¿qué?	los que, las que
segundo	¿de quién?, del que, de la que, de lo que, ¿de qué?	de los que, de las que
tercero	¿a quién?, al que, a la que, a lo que, ¿a qué?	a los que, a las que
cuarto	¿a quién?, al que, a la que, a lo que, ¿a qué?	a los que, a las que
quinto	no tiene	no tiene

Otro relativo

	En el número de uno	En el número de muchos
primero caso	el cual, la cual, lo cual	los cuales, las cuales
segundo	del cual, de la cual, de lo cual	de los cuales, de las cuales
tercero	al cual, a la cual, a lo cual	a los cuales, a las cuales
cuarto	al cual, a la cual, a lo cual	a los cuales, a las cuales
quinto	no tiene	no tiene

Este mismo nombre puesto sin artículo es relativo de accidente. Este nombre 'algún' o 'alguno', 'alguna' tiene para el género neutro 'algo', y para los hombres y mujeres solamente los antiguos decían 'alguien' por alguno y alguna, como 'quien'. Este nombre 'al' no tiene sino el género neutro y por eso nunca lo juntamos sino con el artículo del neutro, y así decimos 'lo al' por 'lo otro'.

Capítulo tercero, de la declinación del pronombre

Declinación del pronombre		
	En el número de uno	En el número de muchos
primero caso	io	nos
segundo	de mí	de nos
tercero	me o a mí	nos y a nos
cuarto	me o a mí	nos y a nos
quinto	no tiene	no tiene
	En el número de uno	En el número de muchos
primero caso	tú	vos
segundo	de ti	de vos
tercero	te o a ti	vos o a vos
cuarto	te o a ti	vos o a vos
quinto	o tú	o vos
	En el número de uno	En el número de muchos
segundo caso	de sí	de sí
tercero	se o a sí	se o a sí
cuarto	se o a sí	se o a sí
primero y quinto	no tiene	no tiene
	En el número de uno	En el número de muchos
primero caso	este, esta, esto	estos, estas
segundo	de este, de esta, de esto	de estos, de estas
tercero	a este, a esta, a esto	a estos, a estas

cuarto	a este, a esta, a esto	a estos, a estas
quinto	no tiene	no tiene
	En el número de uno	
primero caso	esse, essa, esso	
primero caso	él, ella, ello	
primero caso	aquel, aquella, aquello	
primero caso	lo, la, lo	
primero caso	mío, mía, lo mío	
primero caso	tuyo, tuya, lo tuyo	
primero caso	suyo, suya, lo suyo	
primero caso	nuestro, nuestra, lo nuestro	
primero caso	vuestro, vuestra, lo vuestro	

Todos los otros casos se declinan por proporción de aquel pronombre este. esta. esto. salvo que él. la. lo tiene sola mente en el caso tercero del singular e plural le e les comunes de tres géneros. e en el cuarto caso lo. la. los. las. e común de tres géneros le e les. Decimos también en el número de uno para machos e hembras e neutros. mi. tu. su. e en el número de muchos. mis. tus. sus.

Declinación del artículo		
	En el número de uno	En el número de muchos
primero caso	el, la, lo	los, las
segundo	de el, de la, de lo	de los, de las
tercero	a el, a la, a lo	a los, a las
cuarto	el, la, lo	los, las
quinto caso	no tiene	no tiene

Avemos aquí de notar que los nombres e pronombres e artículo del género neutro no tienen el número de muchos

Capítulo cuarto, de la conjugación del verbo

Las conjugaciones del verbo son tres: la primera, que echa el infinitivo en -ar, como 'amo', amar; 'enseño', enseñar; la segunda, que echa el infinitivo en -er, como 'leo', leer; 'corro', correr; la tercera, que echa el infinitivo en -ir, como 'oigo', oír; 'huyo', huir. El verbo se declina por modos y tiempos y números y personas. Los modos son cinco: indicativo, para demostrar; imperativo, para mandar; optativo, para desear; subjuntivo, para ayuntar; infinitivo, que no tiene números ni personas, y a menester otro verbo para lo determinar. Los tiempos son cinco: presente, por el cual demostramos lo que ahora se hace; pasado no acabado, por el cual demostramos lo que se hacía y no se acabó; pasado acabado, por el cual demostramos lo que se hizo y acabó; pasado más que acabado, por el cual demostramos que

alguna cosa se hizo sobre el tiempo pasado; venidero, por el cual demostramos que alguna cosa se ha de hacer. Los números son dos: singular, que habla de uno; plural, que habla de muchos. Las personas son tres: primera, que habla de sí; segunda, a la cual habla la primera; tercera, de la cual habla la primera.

Indicativo

En el tiempo presente:

amo, amas, ama, amamos, amáis, aman.
leo, lees, lee, leemos, leéis, leen.
oio, oies, oie, oimos, oís, oien.
vo, vas, va, vamos, vais, van.
so, eres, es, somos, sois, son.
e, as, a, avemos, avéis, an.

En el pasado no acabado:

amava, amavas, amava, amávamos, amávades, amavan.
leía, leías, leía, leíamos, leíades, leían.
oía, oías, oía, oíamos, oíades, oían.
iva, ivas, iva, ívamos, ívades, ivan.
era, eras, era, éramos, érades, eran.
avía, avías, avía, avíamos, avíades, avían.

En el pasado acabado:

amé, amaste, amó, amamos, amastes, amaron.
leí, leíste, leió, leímos, leístes, leieron.
oí, oíste, oió, oímos, oístes, oieron.
fue, fueste, fue, fuemos, fuistes, fueron.
fue, fueste, fue, fuemos, fuistes, fueron.
uve, uviste, uvo, uvimos, uvistes, uvieron.

En el mismo tiempo por rodeo:

e amado, as amado, a amado, avemos amado, avéis amado, an amado.
e leído, as leído, a leído, avemos leído, avéis leído, an leído.
e oído, as oído, a oído, avemos oído, avéis oído, an oído.
e ido, as ido, a ido, avemos ido, avéis ido, an ido.
e sido, as sido, a sido, avemos sido, avéis sido, an sido.
e avido, as avido, a avido, avemos avido, avéis avido, an avido.

En el mismo tiempo por rodeo en otra manera:

ove amado, oviste amado, ovo amado, ovimos amado, ovistes amado, ovieron amado.
ove leído, oviste leído, ovo leído, ovimos leído, ovistes leído, ovieron leído.
ove oído, oviste oído, ovo oído, ovimos oído, ovistes oído, ovieron oído.
ove ido, oviste ido, ovo ido, ovimos ido, ovistes ido, ovieron ido.
ove sido, oviste sido, ovo sido, ovimos sido, ovistes sido, ovieron sido.
ove avido, oviste avido, ovo avido, ovimos avido, ovistes avido, ovieron avido.

En el pasado más que acabado por rodeo:

avía amado, avías amado, avía amado, avíamos amado, avíades amado, avían amado.
avía leído, avías leído, avía leído, avíamos leído, avíades leído, avían leído.
avía oído, avías oído, avía oído, avíamos oído, avíades oído, avían oído.
avía ido, avías ido, avía ido, avíamos ido, avíades ido, avían ido.
avía sido, avías sido, avía sido, avíamos sido, avíades sido, avían sido.
avía avido, avías avido, avía avido, avíamos avido, avíades avido, avían avido.

En el tiempo venidero por rodeo:

amaré, amarás, amará, amaremos, amaréis, amarán.
leeré, leerás, leerá, leeremos, leeréis, leerán.
oiré, oirás, oirá, oiremos, oiréis, oirán.
iré, irás, irá, iremos, iréis, irán.
seré, serás, será, seremos, seréis, serán.

avré, avrás, avrá, avremos, avréis, avrán.

Imperativo

En el presente:

ama tú, ame alguno, amemos, amad, amen.
lee tú, lea alguno, leamos, leed, lean.
oie tú, oia alguno, oiamos, oid, oian.
ve tú, vaia alguno, vaiamos, id, vaian.
sé tú, sea alguno, seamos, sed, sean.
ave tú, aia alguno, aiamos, aved, aian.

Optativo

En el tiempo presente:

o si amase, amases, amase, amásemos, amásedes, amasen.
o si leiesse, leiesse, leiesse, leiésemos, leiéssedes, leiessen.
o si oiesse, oiesse, oiesse, oiésemos, oiéssedes, oiessen.
o si fuese, fuesse, fuese, fuésemos, fuéssedes, fuessen.
o si uviese, uviese, uviese, uviésemos, uviéssedes, uviesen.

En el tiempo pasado:

o si amara, amaras, amara, amáramos, amárades, amaran.
o si leiera, leieras, leiera, leiéramos, leiérades, leieran.
o si oiera, oieras, oiera, oiéramos, oiérades, oieran.
o si fuera, fueras, fuera, fuéramos, fuérades, fueran.
o si fuera, fueras, fuera, fuéramos, fuérades, fueran.
o si oviera, ovieras, oviera, oviéramos, oviérades, ovieran.

En el mismo tiempo por rodeo:

o si oviera amado, ovieras amado, oviera amado, oviéramos amado.
o si oviera leído, ovieras leído, oviera leído, oviéramos leído.
o si oviera oído, ovieras oído, oviera oído, oviéramos oído.
o si oviera ido, ovieras ido, oviera ido, oviéramos ido.
o si oviera sido, ovieras sido, oviera sido, oviéramos sido.
o si oviera avido, ovieras avido, oviera avido, oviéramos avido.

En el mismo tiempo por rodeo en otra manera:

o si oviese amado, ovieses amado, oviese amado, oviésemos amado.
o si oviese leído, ovieses leído, oviese leído, oviésemos leído.
o si oviese oído, ovieses oído, oviese oído, oviésemos oído.
o si oviese ido, ovieses ido, oviese ido, oviésemos ido.
o si oviese sido, ovieses sido, oviese sido, oviésemos sido.
o si oviese avido, ovieses avido, oviese avido, oviésemos avido.

En el tiempo venidero:

ojalá ame, ames, ame, amemos, améis, amen.
ojalá lea, leas, lea, leamos, leáis, lean.
ojalá oia, oias, oia, oiamos, oiais, oian.
ojalá vaia, vaias, vaia, vaiamos, vaiáis, vaian.
ojalá sea, seas, sea, seamos, seáis, sean.
ojalá aia, aias, aia, aiamos, aiais, aian.

Subjuntivo

En el tiempo presente:

como ame, ames, ame, amemos, améis, amen.
como lea, leas, lea, leamos, leáis, lean.
como oia, oias, oia, oiamos, oiais, oian.

como vaia, vaias, vaia, vaiamos, vaiáis, vaian.
como sea, seas, sea, seamos, seáis, sean.
como aia, aias, aia, aiamos, aiáis, aian.

En el pasado no acabado:

como amasse, amasses, amasse, amássemos, amásseades, amassen.
como leiesse, leiesse, leiesse, leiéssemos, leiéssedes, leiessen.
como oiesse, oiesse, oiesse, oiéssemos, oiéssedes, oiessen.
como fuesse, fuesse, fuesse, fuéssemos, fuéssedes, fuessen.
como fuesse, fuesse, fuesse, fuéssemos, fuéssedes, fuessen.
como oviesse, oviesse, oviesse, oviéssemos, oviéssedes, oviessen.

En el mismo tiempo por rodeo:

como amaría, amarías, amaría, amaríamos, amaríades, amarían.
como leería, leerías, leería, leeríamos, leeríades, leerían.
como oiría, oirías, oiría, oiríamos, oiríades, oirían.
como iría, irías, iría, iríamos, iríades, irían.
como sería, serías, sería, seríamos, seriades, serían.
como avría, avrías, avría, avríamos, avríades, avrían.

En el mismo tiempo por rodeo en otra manera:

como aia amado, aias amado, aia amado, aiamos amado.
como aia leído, aias leído, aia leído, aiamos leído.
como aia oído, aias oído, aia oído, aiamos oído.
como aia ido, aias ido, aia,ido, aiamos ido.
como aia sido, aias sido, aia sido, aiamos sido.
como aia avido, aias avido, aia avido, aiamos avido.

En el pasado más que acabado:

como amara, amaras, amara, amáramos, amárades, amaran.
como leiera, leieras, leiera, leiéramos, leiérades, leieran.
como oiera, oieras, oiera, oiéramos, oiérades, oieran.
como fuera, fueras, fuera, fuéramos, fuérades, fueran.
como fuera, fueras, fuera, fuéramos, fuérades, fueran.
como oviera, ovieras, oviera, oviéramos, oviérades, ovieran.

En el mismo tiempo por rodeo:

como avría amado, avrías amado, avría amado, avríamos amado
como avría leído, avrías leído, avría leído, avríamos leído
como avría oído, avrías oído, avría oído, avríamos oído
como avría ido, avrías ido, avría ido, avríamos ido
como avría sido, avrías sido, avría sido, avríamos sido
como avría avido, avrías avido, avría avido, avríamos avido

En el mismo tiempo por rodeo en otra manera:

como oviera amado, ovieras amado, oviera amado, oviéramos amado.
como oviera leído, ovieras leído, oviera leído, oviéramos leído.
como oviera oído, ovieras oído, oviera oído, oviéramos oído.
como oviera ido, ovieras ido, oviera ido, oviéramos ido.
como oviera sido, ovieras sido, oviera sido, oviéramos sido.
como oviera avido, ovieras avido, oviera avido, oviéramos avido.

En el mismo tiempo por rodeo en otra manera:

como oviese amado, ovieses amado, oviese amado, oviésemos amado.
como oviese leído, ovieses leído, oviese leído, oviésemos leído.
como oviese oído, ovieses oído, oviese oído, oviésemos oído.
como oviese ido, ovieses ido, oviese ido, oviésemos ido.
como oviese sido, ovieses sido, oviese sido, oviésemos sido.
como oviese avido, ovieses avido, oviese avido, oviésemos avido.

En el tiempo venidero:

como amare, amares, amare, amáremos, amáredes, amaren.
como leiere, leieres, leiere, leiéremos, leiéredes, leieren.
como oiere, oieres, oiere, oiéremos, oiéredes, oieren.

como fuere, fueres, fuere, fuéremos, fuéredes, fueren.
como fuere, fueres, fuere, fuéremos, fuéredes, fueren.
como oviere, ovieres, oviere, oviéremos, oviéredes, ovieren.

En el tiempo pasado por rodeo:

como aia amado, aias amado, aia amado, aiamos amado.
como aia leído, aias leído, aia leído, aiamos leído.
como aia oído, aias oído, aia oído, aiamos oído.
como aia ido, aias ido, aia ido, aiamos ido.
como aia sido, aias sido, aia sido, aiamos sido, aiais sido.
como aia avido, aias avido, aia avido, aiamos avido, aiais avido.

En el mismo tiempo por rodeo en otra manera:

como avré amado, avrás amado, avrá amado, avremos amado.
como avré leído, avrás leído, avrá leído, avremos leído.
como avré oído, avrás oído, avrá oído, avremos oído.
como avré ido, avrás ido, avrá ido, avremos ido.
como avré sido, avrás sido, avrá sido, avremos sido.
como avré avido, avrás avido, avrá avido, avremos avido.

En el mismo tiempo por rodeo en otra manera:

como oviere amado, ovieres amado, oviere amado, oviéremos amado.
como oviere leído, ovieres leído, oviere leído, oviéremos leído.
como oviere oído, ovieres oído, oviere oído, oviéremos oído.
como oviere ido, ovieres ido, oviere ido, oviéremos ido.
como oviere sido, ovieres sido, oviere sido, oviéremos sido.
como oviere avido, ovieres avido, oviere avido, oviéremos avido.

Infinitivo

En el presente:

amar, leer, oír, ir, ser, aver.

En el pasado por rodeo:

aver amado, aver leído, aver oído, aver ido, aver sido, aver avido.

En el venidero por rodeo:

aver de amar, de leer, de oír, de ir, de ser, de aver.

Los gerundios:

amando, leyendo, oiendo, iendo, siendo, aviendo.

Los participios:

amado, leído, oído, ido, sido, avido.

Los nombres participiales infinitos:

amado, leído, oído, ido, sido, avido.

Capítulo quinto, de la formación del verbo, reglas generales

La mayor dificultad de la gramática, no solamente castellana, mas aun griega y latina, y de otro cualquier lenguaje que se hubiese de reducir en artificio, está en la conjugación del verbo, y en cómo se podrá traer por todos los modos, tiempos, números y personas. Para instrucción de lo cual es menester primeramente que pongamos alguna cosa firme de donde demos toda la diversidad que puede acontecer en el verbo. Y pareciónos que éste principalmente debía ser el presente del infinitivo, al cual otros llamaron nombre infinito. Lo primero, porque éste tiene mayor proporción y conformidad con toda la conjugación; después, porque lo primero que del verbo se ofrece a los que de otra lengua vienen a deprender la nuestra, es el presente del infinitivo; lo tercero, porque, como dijimos, de este mismo tiempo se toma la diversidad de las tres conjugaciones que tiene el castellano. Para el segundo fundamento de la conjugación ponemos la primera persona del singular del presente del indicativo, la cual podemos llamar primera posición del verbo, así como la primera posición del nombre es el nominativo. Estos dos fundamentos así presupuestos, daremos primeramente algunas reglas generales de la formación, las

cuales limitaremos después en sus propios lugares. La primera regla sea que muchos verbos de los que tienen esta letra 'e' en la penúltima sílaba del presente del infinitivo la vuelven en 'ie' diptongo, y algunas veces en 'i' en ciertos lugares, como de perder 'pierdo'. La segunda regla sea que los verbos de la tercera conjugación que tienen 'e' en la penúltima sílaba del presente del infinitivo y la vuelven en 'i' en la primera posición del verbo, cuando en la conjugación se sigue otra 'i', volvemos la 'i' primera en 'e', como de pedir 'pido', 'pedimos'. La tercera regla sea que muchos verbos de los que tienen esta letra 'o' en la penúltima sílaba del presente del infinitivo, la vuelven en 'ue', sueltas y cogidas en una sílaba por diptongo, y algunas veces en esta letra 'u'. La cuarta regla sea que todos los verbos de la primera conjugación que acaban en 'co' o en 'go' la primera posición, cuando conjugando se sigue esta letra 'e', en lugar de la 'c' ponemos 'qu', y en lugar de la 'g', 'gu', como 'peco', 'pequé'; 'ruego', 'rogué'. La quinta regla sea que todos los verbos de la segunda conjugación que acaban en 'co' y tienen 'z' ante la 'co', cuando por razón de la conjugación la 'o' final se muda en 'e' o en 'i', echamos fuera la 'z', como 'crezco', 'creces', 'crecí'. La sexta regla sea que todos los verbos de la tercera conjugación que acaban en 'go', pierden la 'g' en todos los otros lugares, salvo en aquellos tiempos que se forman del presente del indicativo, como 'vengo', 'venía', 'vine'.

Capítulo sexto, de la formación del indicativo

La primera persona del singular del presente del indicativo acaba en 'o' en cualquier de las tres conjugaciones, y fórmase del presente del infinitivo, mudando -ar, -er, -ir, en 'o', como de amar, enseñar, 'amo', 'enseño'; de leer, correr, 'leo', 'corro'; de subir, escribir, 'subo', 'escribo'. Sácanse dos verbos, los cuales solos echaron esta persona en 'e': saber, 'sé'; haber, 'he', 'has', y los verbos de una sílaba, que, por ser tan cortos, algunas veces por hermosura añadimos 'i' sobre la 'o', como diciendo 'do', doy; 'vo', voy; 'so', soy; 'esto', estoy. Pero todos los verbos de la segunda y tercera conjugación que acaban en 'go', no siguen la proporción del infinitivo, mas antes salen en otra manera muy diversa, como de traer, 'traigo', 'traes'; de tener, 'tengo', 'tienes'; de poner, 'pongo', 'pones'; de hacer, 'hago', 'haces'; de valer, 'valgo', 'vales'; de yacer, 'yago', 'yaces'; de decir, 'digo', 'dices'; de venir, 'vengo', 'vienes'; de salir, 'salgo', 'sales'. Este verbo 'sigo', 'sigues', 'seguir', sigue la proporción regular de los otros; 'finjo' y 'rijo' y los otros de esta manera, derechamente salen de fingir y regir, sino que por la falta de las letras que dijimos en otro lugar, la 'i' consonante y la 'g' se corrompen algunas veces la una en la otra, como la 'c' en la 'qu' y la 'g', 'gu'. Eso mismo, los verbos de la tercera conjugación que tienen vocal ante de la -ir en el presente del infinitivo, forman la primera persona del presente del indicativo, mudando la 'r' final en 'o', como de embair, 'embayo'; de oír, 'oigo'; de huir, 'huyo'. Pero los que tienen 'e' ante de la -ir, perdieron la 'e' y retuvieron la 'i', como de reír, 'río'; de freír, 'frío'; de desleír, 'deslío'. Los verbos de la segunda conjugación que acabaron el presente del infinitivo en -ecer, como dijimos, forman la primera posición del verbo recibiendo 'z' ante de la 'c', como de obedecer, 'obedezco'; de crecer, 'crezco'; de agradecer, 'agradezco'. Y esto abasta para formar del infinitivo la primera posición del verbo, cuanto a la última sílaba. La penúltima, como dijimos en la primera y segunda regla, muchas veces se vuelve de 'e' en 'ie', como de pensar, 'pienso'; de perder, 'pierdo'; de sentir, 'siento'. Muchas veces se vuelve la 'e' en 'i' en los verbos de la tercera conjugación, como de pedir, 'pido'; de vestir, 'visto'; de gemir, 'gimo'. Eso mismo se vuelve en este lugar la 'o' en 'ue' diptongo, como de trocar, 'trueco'; de poder, 'puedo'; de morir, 'muero'. Vuélvese algunas veces la 'o' en 'u', como de mollir, 'mullo'; de polir, 'pulo'; de sofrir, 'sufro', y la 'u' en 'ue' diptongo, como de jugar, 'juego'. Todas las otras personas de este tiempo siguen la proporción de aquellos tres verbos que pusimos arriba por muestra de la conjugación regular. Mas habemos aquí de mirar que los verbos que mudaron la 'e' en 'ie' diptongo o en 'i', y los que mudaron la 'o' en 'ue' diptongo o en 'u', siguen la primera persona en la segunda y en la tercera persona del singular, y en la tercera persona del plural; mas en la primera y segunda persona del plural siguen la razón del infinitivo, como de pensar, 'pienso, piensas, piensa, pensamos, pensáis, piensan'; de perder, 'pierdo, pierdes, pierde, perdemos, perdéis, pierden'; de sentir, 'siento, sientes, siente, sentimor, sentís, sienten'; de pedir, 'pido, pides, pide, pedimos, pedís, piden'; de trocar, 'trueco, truecas, trueca, trocamos, trocáis, truecan', aunque Juan de Mena, siguiendo la proporción del infinitivo, dijo en el principio de su Laberinto: 'Estados de gentes que giras y trocas, tus muchas falacias, tus firmezas pocas'; de poder, 'puedo, puedes, puede, podemos, podéis, pueden'; de morir, 'muero, mueres, muere, morimos, morís, mueren'; de mollir, 'mullo, mulles, mulle, mollimos, mollís, mullen'. Eso mismo habemos de notar que en la segunda persona del

plural las más veces hacemos síncope, y por lo que habíamos de decir 'amades', 'leedes', 'oídes', decimos 'amáis', 'leéis', 'oís'. El pasado no acabado del indicativo en la primera conjugación echa la primera persona en -aba, y fórmase del presente del infinitivo, mudando la 'r' final en 'ba', como de amar, 'amaba'; de enseñar, 'enseñaba'. En la segunda, mudando la 'er' final en 'ia', como de leer, 'leía'; de correr, 'corría'. En la tercera, mudando la 'r' final en 'a', como de oír, 'oía'; de sentir, 'sentía'. Sácanse dos irregulares: ser, 'era'; ir, 'iba'. Todas las otras personas siguen la proporción de los verbos regulares. El pasado acabado del indicativo en la primera conjugación echa la primera persona en 'e', y fórmase del presente del infinitivo, mudando la -ar final en 'e', como de amar, 'amé'; de enseñar, 'enseñé'. Sácanse andar, que hace 'anduve', y estar, que hace 'estuve', y dar, que hace 'di', el cual solo verbo de la primera conjugación salió en 'i'. En la segunda conjugación echa la primera persona en 'i', y fórmase del presente del infinitivo, mudando la -er final en 'i', como de leer, 'leí'; de correr, 'corrí'. Sácanse algunos que salen en 'e', como de caber, 'cupe'; de saber, 'supe'; de poder, 'pude'; de hacer, 'hice'; de poner, 'puse'; de tener, 'tuve'; de traer, 'traje'; de querer, 'quise'; de ser, 'fue'; de placer, 'plague'; de haber, 'hube'. En la tercera conjugación echa la primera persona en 'i', y fórmase del presente del infinitivo, quitando la -r final, como de oír, 'oí'; de huir, 'huí'; sácanse algunos que salen en 'e', como de venir, 'vine'; de decir, 'dije'; de ir, 'fue'. Todas las otras personas siguen la proporción de los tres verbos regulares, sacando 'anduve', 'anduviste', 'estuve', 'estuviste', 'di', 'diste', los cuales siguen la proporción de los verbos de la segunda y tercera conjugación. Eso mismo 'fue', 'fueste', que es pasado acabado común de 'ir' y 'ser', el cual solo, ni tiene 'a', como los de la primera conjugación, ni 'i', como los de la segunda y tercera. Este mismo tiempo dicese por rodeo en dos maneras: la una, con el presente del indicativo de este verbo 'he', 'has' y con el nombre participial infinito; la otra, con el pasado acabado de este mismo verbo 'he', 'has' y con el mismo nombre participial infinito, y así decimos 'yo he amado', 'yo hube amado'. El pasado más que acabado dicese por rodeo del pasado no acabado de este verbo 'he', 'has' y del nombre participial infinito; y así decimos 'yo había amado'. El venidero del indicativo dicese por rodeo del presente del infinitivo y del presente del indicativo de este verbo 'he', 'has'; y así decimos 'yo amaré', como si dijésemos 'yo he de amar'. Mas habemos aquí de notar que algunas veces hacemos cortamiento de letras o transportación de ellas en este tiempo, como de saber, 'sabré', por 'saberé'; de caber, 'cabré', por 'caberé'; de poder, 'podré', por 'poderé'; de tener, 'terné', por 'teneré'; de hacer, 'haré', por 'haceré'; de querer, 'querré', por 'quereré'; de valer, 'valdré', por 'valeré'; de salir, 'saldré', por 'saliré'; de haber, 'habré', por 'haberé'; de venir, 'vendré', por 'veniré'; de decir, 'diré', por 'deciré'; de morir, 'morré', por 'moriré'. Reciben eso mismo cortamiento en la segunda persona del plural, como decíamos que lo recibía el presente, y así decimos 'amaréis vos', por 'amaredes vos'.

Capítulo séptimo, del imperativo

El imperativo no tiene primera persona del singular, y forma la segunda persona del presente del singular, quitando la 's' final de la segunda persona del singular del presente del indicativo, como de amas, 'ama'; de lees, 'lee'; de oyes, 'oye'. Pero algunos verbos hacen cortamiento y apócope del fin, como estos: pongo, pones, pon, por 'pone'; hago, haces, haz, por 'hace'; tengo, tienes, ten, por 'tiene'; valgo, vales, val, por 'vale'; digo, dices, di, por 'dice'; salgo, sales, sal, por 'sale'; vengo, vienes, ven, por 'viene'. Voy, vas, hacemos 've', y siguiendo la proporción 'vai', añadiendo 'i', por la razón que dijimos en la primera persona del singular del presente del indicativo; y así de soy, eres, 'sé', añadiendo algunas veces 'i', por la misma razón. Las terceras personas del singular, y las primeras y terceras del plural, son semejantes a aquellas mismas en el tiempo venidero del optativo. Las segundas personas del plural fórmanse mudando la 'r' final del infinitivo en 'd', como de amar, 'amad'; de leer, 'leed'; de oír, 'oíd'. Mas algunas veces, hacemos cortamiento de aquella 'd', diciendo 'amá', 'leé', 'oí'.

Capítulo octavo, del optativo

El presente del optativo en los verbos de la primera conjugación fórmase del pasado acabado del indicativo, mudando la 'e' final en 'ase', como de amé, amase; de enseñé, enseñase. Sácanse anduve, que hace anduviese; y estuve, estuviese; y di, diese. Los de la segunda y tercera conjugación que acabaron el pasado acabado en 'i', reciben sobre la 'i', 'ese', como de leí, 'leyese'; de oí, 'oyese'. Pero los

que hicieron en 'e', mudan aquella 'e' final en 'iese', como de supe, 'supiese'; de dije, 'dijiese', o 'dijese', como de fue hicimos 'fuese', quizá porque no se encontrase con el presente del optativo de este verbo 'huyo', 'huyese'. Todas las otras personas siguen la proporción de los verbos regulares. El pasado del optativo en la primera conjugación fórmase del pasado acabado del indicativo, mudando la 'e' final en 'ara', como de amé, 'amara'; de enseñé, 'enseñara'. Sácanse anduve, que hace 'anduviera'; y estuve, 'estuviera'; y di, 'diera'. En la segunda y tercera conjugación, los que acabaron el pasado acabado en 'i', reciben sobre la 'i', 'era', como de leí, 'leyera'; de corrí, 'corriera'. Pero los que hicieron en 'e', mudando aquella 'e' final en 'iera', como de supe, 'supiera'; de dije, 'dijiera', o 'dijera', como de 'fue' hicimos 'fuera'. Todas las otras personas siguen la proporción de los verbos regulares. Este mismo tiempo dicese por rodeo en dos maneras: la primera, con el mismo tiempo pasado de este verbo 'he', 'has' y el nombre participial infinito; la segunda, con el presente del mismo optativo y el nombre participial infinito; y así decimos 'oh si hubiera, hubiese amado'. El venidero del optativo en la primera conjugación fórmase mudando la 'o' final del presente del indicativo en 'e', como de amo, 'ame'; de enseñó, 'enseñe'. En la segunda y tercera conjugación, mudando la 'o' final en 'a', como de leo, 'lea'; de oigo, 'oiga'. Sácanse: de sé, 'sepa'; de cabo, 'quepa'; de soy, 'sea'; de he, 'haya'; de plago, 'plega'; de voy, 'vaya'. Eso mismo tenemos aquí de mirar que los verbos de la tercera conjugación, mudan la 'ie' en 'i', en la primera y segunda persona del plural; y así decimos de sienta, 'sientas', 'sienta', 'sintamos', 'sintáis', 'sientan'. Todas las otras personas siguen la proporción de los verbos regulares.

Capítulo noveno, del subjuntivo

El presente del subjuntivo en todas las cosas es semejante al futuro del optativo. El pasado no acabado del subjuntivo tiene semejanza con el presente del optativo en el segundo seso. Mas el primero dicese por rodeo del presente del infinitivo y del pasado no acabado del indicativo de este verbo 'he', 'has', como 'amaría', 'leería', 'oiría'. Mas tenemos aquí de notar que hacemos en este tiempo cortamiento o trasportación de letras en aquellos mismos verbos en que los hacíamos en el tiempo venidero del indicativo, como de saber, 'sabría', por 'sabería'; de caber, 'cabría', por 'cabería'; de poder, 'podría', por 'podería'; de tener, 'ternía', por 'tenería'; de hacer, 'haría', por 'hacería'; de querer, 'querría', por 'querería'; de valer, 'valdría', por 'valería'; de haber, 'habría', por 'habería'; de salir, 'saldría', por 'saliría'; de venir, 'vernía', por 'veniría'; de decir, 'diría', por 'deciría'; de morir, 'moría', por 'moriría'. Reciben eso mismo algunas veces cortamiento de esta letra 'a' en la segunda persona del plural, y así decimos 'amarides', por 'amaríades'; 'leerides', por 'leeríades'; 'oirides', por 'oiríades'. Todas las otras personas siguen la proporción de los verbos regulares. El pasado acabado del subjuntivo dicese por rodeo del presente del mismo subjuntivo de este verbo 'he', 'has' y del nombre participial infinito, y así decimos 'como haya amado'. El pasado más que acabado del subjuntivo en todo es semejante al pasado del optativo, y allende puédesse decir en otra manera, por rodeo del pasado no acabado del mismo subjuntivo de este verbo 'he', 'has' y el nombre participial infinito, y así decimos 'como yo amara, hubiera, hubiese, habría amado'. El venidero del subjuntivo en los verbos de la primera conjugación fórmase del pasado acabado del indicativo, mudando la 'e' final en 'are', como de amé, 'amaré'; de enseñé, 'enseñaré'. Sácase anduve, que hace 'anduviere'; estuve, que hace 'estuviere'; di, que hace 'diere'. Los de la segunda y tercera conjugación, que acabaron el pasado acabado en 'i', como de leí, 'leyere'; de oí, 'oyere'. Pero los que hicieron en 'e', mudan aquella 'e' en 'iere', como de supe, 'supiere'; de dije, 'dijiere' o 'dijere', como de fue dijimos 'fuere'. La segunda persona del plural puede recibir cortamiento de esta letra 'e', que por 'amáredes', 'leyéredes', 'oyéredes', decimos 'amardes', 'leyerdes', 'oyerdes'. Todas las otras personas siguen la proporción de los verbos regulares. Dicese este mismo tiempo por rodeo en tres maneras: por el venidero del indicativo de este verbo 'he', 'has', y por el presente y venidero del mismo subjuntivo de este verbo 'ha', 'has', y así decimos: como yo amare, habré amado, haya amado, hubiere amado.

Capítulo décimo, del infinitivo

Así como del infinitivo formábamos la primera posición del verbo, así ahora, por el contrario, de la primera posición del verbo enseñemos a formar el infinitivo. Así que en la primera conjugación fórmase de la primera persona del singular del presente del indicativo, mudando la 'o' final en 'ar'; en la segunda,

la 'o' final en 'er'; en la tercera, la 'o' final en 'ir', como de amo, 'amar'; de leo, 'leer'; de abro, 'abrir'. Pero esta regla ha de limitarse, haciendo excepción de los verbos que sacamos cuando dábamos regla de formar el presente del indicativo. El pasado del infinitivo dicese por rodeo del presente del mismo infinitivo de este verbo 'he', 'has', y del nombre participial infinitivo, y así decimos: haber amado, haber leído, haber oído. El venidero del infinitivo dicese por rodeo de algún verbo que signifique esperanza o deliberación, y del presente del mismo infinitivo, y así decimos: espero amar, pienso leer, entiendo oír.

Capítulo undécimo, del gerundio, participio y nombre participial infinito

El gerundio, en la primera conjugación fórmase del presente del infinitivo, mudando la 'r' final en 'n', y añadiendo 'do', como de amar, 'amando'; de enseñar, 'enseñando'. En la segunda conjugación, mudando la 'er' final en 'iendo', como de leer, 'leyendo'; de correr, 'corriendo'. En la tercera conjugación, mudando la 'r' final en 'endo', como de oír, 'oyendo'; de sentir, 'sintiendo'. El participio del presente fórmase en la primera conjugación, mudando la 'r' final en 'n', y añadiendo 'te', como de amar, 'amante'; de enseñar, 'enseñante'. En la segunda conjugación, mudando la 'er' final en 'iente', como de leer, 'leyente'; de correr, 'corriente'. En la tercera, mudando la 'r' final en 'iente', como de oír, 'oyente'; de vivir, 'viviente'. El participio del tiempo pasado en la primera y tercera conjugación fórmase del presente del infinitivo, mudando la 'r' final en 'do', como de amar, 'amado'; de oír, 'oído'. En la segunda conjugación, mudando la 'er' final en 'ido', como de leer, 'leído'; de correr, 'corrido'. El participio del tiempo venidero, en todas las conjugaciones fórmase del presente del infinitivo, mudando la 'r' final en 'dero', como de pasar, 'pasadero'; de hacer, 'hacedero'; de venir, 'venidero'. El nombre participial infinito es semejante al participio del tiempo pasado substantivado en esta terminación 'do', sino que no tiene géneros, ni números, ni casos, ni personas. Pero pocos verbos echan el participio del tiempo pasado y el nombre participial infinito en otra manera, como de poner, 'puesto'; de hacer, 'hecho'; de decir, 'dicho'; de morir, 'muerto'; de ver, 'visto', aunque su compuesto 'proveer' no hizo 'provisto', sino 'proveído'; de escribir, 'escrito'.

DEO GRACIAS

Acabose este tratado de gramática que nueva mente hizo el maestro Antonio de Lebrija sobre la lengua castellana. En el año del Salvador de mil e ccccxcij. a xvij de agosto. Empresso en la mui noble ciudad de Salamanca.